

MEMORIA DE CHILE / CIUDADES

VALPARAISO

navega en el tiempo

Franklin Quevedo Rojas





FRANKLIN QUEVEDO ROJAS no nació en Valparaíso, sino en una pequeña localidad de los alrededores de Linares, en 1919, pero su familia se instaló en el puerto cuando él tenía sólo seis años, y vivió allí toda su infancia y juventud. Quedó marcado para siempre con las vivencias porteñas, que estarán desde entonces presentes en toda su obra literaria.

Fue originalmente profesor normalista, profesión que ejerció durante casi una década, y, posteriormente, se hizo periodista, trabajando durante largos años en los diarios *El Imparcial*, *El Debate*, *Clarín*, hoy desaparecidos, y sobre todo en *La Nación*, donde se

FRANKLIN QUEVEDO ROJAS

VALPARAÍSO
navega en el tiempo

PLANETA
Memoria de Chile/Guadalupe

FRANKLIN QUEVEDO ROJAS

VALPARAÍSO navega en el tiempo

PLANETA

Memoria de Chile/Ciudades

FRANKLIN QUEVEDO ROJAS

VALPARAISO

navega en el tiempo

© Franklin Quevedo

Inscripción N° 115.991 (2000)

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Santa Lucía 360 - 7° piso

© Grupo Editorial Planeta

ISBN: 956-247-261-2

Diseño de cubierta de José Bórquez

Fotos del Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile

Composición: Salgó Ltda.

Impreso en Chile por
Andros Ltda.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

"Quisiera que me nombraran
Cónsul de Chile en Valparaíso"

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

que una vez más me he puesto a leer y a escribir, como
de cuando un letrado acogedor "Bar los Tres Antigos". Y el poema
lo preserva en Xilotea Internet con los otros tres amigos.

Porque la parte inerte de Valparaíso es sólo aparente, sus
habitantes la han humanizado y a su vez ella los ha penetrado y
lo llevarán por siempre, en sus huesos, en su sangre, en su alma,
así estén anclados en Yokohama o en Batavia, o bien por el
Mississippi, o simplemente por el Atlántico.

Y añaden, al final del capítulo, luego a respecto al momento
nacido de Flaya Aocha para subrayar a la vez parte de lo
inerte, que los atrae con misteriosa fuerza, el ruido de los bu-
ques, de los botes, del dique, del puerto, de las sirenas, de los bar-
cos, de los cerros y sus infinitas escaleas y ascensores, de los cines
y cinematillos, y de sus familiares, pero siempre acompañados por
el viento.

Quién les quita el bañado, literalmente lo bañado, en el



El puerto de Valparaíso a fines del siglo XIX

Fotos del Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile.

Composición: Saigó Ltda.

Impreso en Chile por
Andros Ltda.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

COMO UN GRAN ARRECIFE de coral, Valparaíso florece en inverosímiles direcciones. Por entre sus miles de callejas, escaleras, cuestras, casas en equilibrio imposible, circulan niños, perros, gatos, mujeres, burros, hombres y el viento con sus mensajes amarillos, mientras las golondrinas con sus vuelos rasantes unen los cerros con hilos invisibles y las mariposas se extinguen por escasez de flores.

Los humanos son aficionados a otorgar sensaciones, sentimientos a cosas inanimadas que los emocionan. Valparaíso entero nos conmueve. Es como si una mano barnizara, otorgando esplendor, a una vieja esquina, a una escala de peldaños gastados que trepa cuesta arriba junto a una muralla azul y amarilla, donde cuelga un letrero acogedor: "Bar los Tres Amigos". Y el barniz lo preserva en nuestra memoria. ¿Quiénes serían los tres amigos?

Porque la parte inerte de Valparaíso es sólo apariencia, sus habitantes la han humanizado y a su vez ella los ha penetrado y la llevarán por siempre, en sus huesos, en su sangre, en su alma, así estén anclados en Yokohama o en Estocolmo, o bajen por el Mississippi, o remonten por el Amazonas.

Y anhelarán, al final del camino, llegar a reposar al cementerio marino de Playa Ancha para integrarse a lo más inerte de lo inerte, que los atrae con misteriosa fuerza, olvidados de los buques, de los botes, del dique, del molo, de las sirenas, de los barcos, de los cerros y sus infinitas escaleras y ascensores, de los cités y conventillos, y de sus familiares, pero siempre acariciados por el viento.

Quién les quita lo bailado, literalmente lo bailado, en el

Zeppelin en el *Scandinavia*, en el *American Bar*, "su casa", o los buenos tragos bebidos en los bares que rodean la Plaza Echaurren conversando de tanta vida con las prostitutas que calientan el cuerpo con un vaso de vino antes de iniciar su nocturno trabajo. Y las parrandas con los amigos y los asados en el club de rayuela donde la carne navegaba en un mar de tinto. Y las muchachas de hermosas pantorrillas de tanto subir las cuestas, algunas ariscas, otras amorosas como novias.

También están los trabajos, donde se sintieron mal pagados, humillados, estrujados, adoloridos de los brazos y la espalda, pero al fin la conciliadora nostalgia hará que los recuerden con un sutil aire dulce-amargo.

Así navega Valparaíso, empavesado de vida hacia la eternidad.

PRIMERA PARTE

LOS DORADOS

El dorado es un pez sabroso que todavía se consume, pero su historia culinaria tiene larga data. Se le llamó dorado por la semejanza con un pez de agua dulce en Europa.

En 1543, Pedro de Valdivia pasó en Valparaíso 50 mil indios de los que antes que tanto fueron muy valiosos. Se cuenta que Valdivia había que desear a los indios a los que había traído a bordo de su barco y se dirigía al Perú en busca de riquezas y esclavos. Finalmente los que se ordenaron fueron los que consideraban haber hecho ya la América. Habían a bordo con ellos un capotán. Luego Valdivia ofreció en forma ambivalente de dar

Se gozaban el Sombrioso, en el American Bar, "su casa", o los buenos tragos botados en los bares que rodean la Plaza Echagüe en un mundo de tanta vida con las prostitutas que calentaban el



Vista parcial de la bahía (1861)

EL BAUTIZO

Aunque no tenían limones, los indios changos gozaban comiendo mariscos, en las costas de Aliamapa, "país quemado" en su idioma, como una premonición, pues allí se fundaría Valparaíso, que bien podría llamarse "la ciudad de los incendios".

Hasta las primeras décadas de este siglo, era posible encontrar en los roqueríos de Valparaíso, abundancia de locos, lapas y erizos. Éstos fueron los primeros en desaparecer pues eran los preferidos de los varones; se decía que otorgaban vigor sexual. Tal vez por su parecido con todos los labios femeninos, fueron precursores del Viagra.

El capitán Juan de Saavedra, de las huestes de Diego de Almagro, quien bajó por tierra a encontrarse con el *Santiago*, fue quien bautizó a esta ensenada de las costas de Aliamapa como Valparaíso, pues la encontró parecida por los cerros que la rodeaban a su "Valparaíso" natal, situado cerca de Cuenca, en España.

Según Vicuña Mackenna: "El descubridor castellano debió descender a la playa de Valparaíso en los primeros días del mes de septiembre de 1536, cuando sus colinas y bosques vírgenes todavía del hacha de la civilización, se ostentaban en todo el esplendor de una temprana primavera."

LOS DORADOS

El dorado es un pez sabroso que todavía se consume, pero su historial culinario tiene larga data. Se le llamó dorado por la semejanza con un pez de igual nombre en España.

En 1543, Pedro de Valdivia pescó en Valparaíso 80 mil dorados. Las redes que tendió fueron muy originales: proclamó que todo español que deseara volver a la madre patria, podría embarcarse con él, que se dirigía al Perú en busca de tropas y pertrechos. Precisamente los que se embarcaron fueron los que consideraron haber hecho ya la América. Subieron a bordo con todas sus riquezas. Luego Valdivia ofreció en tierra un banquete de des-

pedida a la que concurrieron los pasajeros. Pretextando una diligencia en el barco, subió, levó anclas y velas llevándose todas las riquezas calculadas en 80 mil monedas de oro. Los de tierra gritaban, amenazaban, lloraban, uno se volvió loco y otro se colgó de un árbol.

FUNDACIÓN

En la segunda visita que hizo Pedro de Valdivia a la caleta del valle de Quintil, efectuó la fundación oficial de Valparaíso.

Dice Vicuña Mackenna: "Verificó Valdivia en aquella ocasión, en efecto, el primer acto de autoridad de que haya quedado constancia en los archivos, declarando oficialmente a Valparaíso el puerto de Santiago y expidiendo en aquel sitio el nombramiento de su lugarteniente del mar a la persona del ilustre marino genovés: "En el puerto de Valparaíso (dice aquel curioso documento, verdadera acta de fundación de esta ciudad) que es en este valle de Quintil, términos y jurisdicción de la ciudad de Santiago a tres días del mes de Septiembre de 1544: ahora de nuevo nombro y señalo este puerto de Valparaíso para el trato de esta tierra y ciudad de Santiago", siguiendo después el nombramiento de Pastene y las cláusulas de la comisión que al propio tiempo le confiara para explorar el océano la extensión acordada a sus dominios."

INQUINA CONTRA VALPARAÍSO

Pedro de Valdivia le tenía inquina a Valparaíso. Con el crecimiento y su transformación en ciudad y su tráfico que necesitaba de una aduana, se precisaba dictar las ordenanzas correspondientes, pero Valdivia le otorgó estos privilegios a Quillota, con las consiguientes caravanas de caballos y carretas hasta esa ciudad.

Una posible explicación de esta actitud de Valdivia, es que

Quillota, en ese entonces, era paso obligatorio entre Santiago y Valparaíso y que era costumbre cotidiana hacer grandes distancias a caballo. Piénsese en los numerosos viajes que Valdivia realizó al sur de Chile, precisamente hasta la ciudad que lleva su nombre. Viajar en automóvil de Santiago a esa ciudad fluvial es agotador. Don Pedro lo hacía a caballo, sin caminos, de vez en cuando por algún sendero, entre bosques y flechazos de los indios.

Vicuña Mackenna anota:

“El alma, el corazón, la ambición, la gloria de Valdivia estaba toda en el Sur, allende el Bío-Bío, allende el Imperial, allende el Calle-Calle, y por tanto todo lo que no fuera las comarcas donde había medido con ojos insaciables su marquesado de Arauco, era para él indiferente o enojoso.”

Agrega el historiador: “Valdivia ordenó que los buques donde venían sus refuerzos pasasen, si era posible, sin avistar siquiera las cumbres de Valparaíso, con rumbo a la antigua Concepción.” Comenzó desde ese día y data de esta providencia el esplendor de aquella ciudad del mediodía.(...) “Duró aquella prepotencia comercial y política por más de dos siglos, por manera que mientras Penco era la corte y el emporio comercial de la colonia, Valparaíso no salía de su condición servil, reducido a un simple depósito veraniego de los productos de la tierra, oscuro suburbio de Santiago, o más propiamente de Quillota, bajo la dependencia de cuyo teniente de corregidor se mantuvo durante más de ciento cincuenta años.”

LA BAHÍA DE QUINTIL

En estas costas de Aliamapa, Aliamapu o Alimapu se encuentra una bahía muy abierta a los vientos del norte, llamada Quintil por los changos, pero que ya en 1559 era bastante conocida como Valparaíso. En ese año se inicia la construcción de una capilla “pajiza y miserable” en el lugar que hoy ocupa la Matriz. “Dieciocho años más tarde había ya un grupo de nueve o diez habi-

taciones en derredor de esta capilla y allí se abrigaban permanentemente otras tantas familias pobres y criollas." (VICUÑA MACKENNA).

Un gran criador de potros, Rodrigo Marmolejo, que además era sacerdote y se decía obispo, pasó por Valparaíso en viaje a Lima, donde sería consagrado como tal. Fue él quien impulsó la construcción de ese misérrimo templo.

Ese puñado de habitantes se dedicaba a la pesca, cuyo producto era enviado a Santiago, luego de dejar una porción para su propio consumo. Asimismo se ocupaban de la carga y descarga de un par de buques que llegaban al año, provenientes del Callao, con mercaderías europeas, traídas al Pacífico cruzando por tierra el istmo de Panamá. A su retorno llevaban oro en polvo y principalmente botijas de vino. Llama la atención que en época tan temprana este buen elixir ya se exportaba.

LA REINA ISABEL PRUEBA EL VINO CHILENO

En la mañana del 4 de diciembre de 1578 estaba anclado en la rada de Valparaíso un buque español. La mayoría de sus tripulantes descansaban, cuando el vigía anunció que por el norte se acercaba una vela. Todos se pusieron muy alegres, aprestándose a recibir a colegas que, como ellos, navegaban por estos mares tan alejados de Europa. El barco se aproximó, echó un bote al agua tripulado por marineros y soldados. Los españoles los saludaban con gritos y tocaron el tambor en señal de honor y bienvenida, desaferraron la escala al costado del barco, los ayudaron a subir y en grandes vasos les sirvieron del generoso tinto del país. Los visitantes los vaciaron como si vinieran del desierto. Luego el que hacía de jefe hizo una señal y gritando en inglés: "¡Abajo perros!" se lanzó contra los desprevenidos españoles. Hubo muertos y heridos. El autor de esta hazaña era el famoso Francis Drake, terror de los mares, el primer inglés que cruzó el Estrecho de Magallanes, y además dio la vuelta al mundo en mucho menos tiempo que Sebastián Elcano, quien tomó el mando de la expedi-

ción de Magallanes cuando éste fue asesinado por los nativos de unos islotes de las Filipinas.

Los ingleses se apoderaron del polvo de oro, monedas y cuanto objeto valioso encontraron en el buque, bajaron a tierra y tomaron, entre las cosas de valor, las botijas de vino de las dos bodegas que existían en el puerto, y hasta la vinajera de la Iglesia de la Matriz.

Cuando la Reina Isabel fue a esperar en persona a Drake al puerto de Plymouth, éste le regaló muchas de las cosas obtenidas de sus viajes, y por supuesto vasijas de vino chileno. Lo que no se sabe es si la Reina le dio el título de Sir, antes o después de probar el vino procedente de Valparaíso.

OTROS PIRATAS NOS VISITAN

Sir John Hawkins pertenecía a la nobleza de Inglaterra, pero estaba arruinado, y deslumbrado por las riquezas conquistadas por Drake, decidió emprender sus propias correrías. Llegó a Valparaíso en abril de 1594, capturando a tres navíos. Trató a sus prisioneros sin crueldad.

Veintidós años después de Drake aparece un pirata holandés, Oliverio Noort. Éste sólo divisó una ramada, ya que después del desembarco de Drake, por mucho tiempo Valparaíso no volvió a existir como pueblo.

El 12 de junio de 1615 una escuadra holandesa de seis veleros, al mando de Joris Spilbergen, llegó a Valparaíso, e inmediatamente rompió fuegos contra la población, reduciendo a escombros y cenizas las bodegas y las casas. Desembarcaron 200 hombres y se trabaron en combate con los españoles en medio de una espesa niebla. Al llegar la noche, Spilbergen se retiró con sus tropas a los barcos. Recaló en Quintero, donde se aprovisionó de alimentos y agua, abandonando luego nuestras costas.

Pocos años después, Valparaíso ya contaba con dos miserables iglesias y unas cuantas casas —que sería más propio llamar chozas— desparramadas por el entorno.

Es por esta época, a mediados del siglo XVII, cuando aparece el pirata Tomás Cavendish, lo que pronto se sabe en Santiago. Se formaron dos compañías de milicias que se trasladaron a Valparaíso para combatir al enemigo. Como se trataba de una guerra contra herejes, el provisor del Obispado, don Francisco Pastene, reunió a todos los clérigos que había en la capital, que eran cuarenta, y con ellos armó una tercera compañía, a cuya cabeza se puso para marchar también a Valparaíso.

UN SIGLO DE EXISTENCIA

Al cumplirse cien años de la fundación de Valparaíso, Vicuña Mackenna escribe este desolado comentario:

“Ese siglo había sido una leyenda de dolor.

“Ajusticiados sus dos descubridores, inmolado su fundador; saqueada una vez (...); quemada otras, pasadas sus tripulaciones a cuchillo en diversos casos, y por último, bombardeadas sus alturas por el hierro de tenaces enemigos, todo lo que puede contarse de los primeros cien años de la vida civil de Valparaíso, aseméjase a esas lúgubres tradiciones del desierto, recogidas por los afanosos viajeros que cruzan su arena escuchando sólo los episodios lastimeros de los que les precedieron en la tormentosa ruta”.

LA IGLESIA PONE NOMBRE A VALPARAÍSO

La iglesia católica, que ya tenía dos templos en la ciudad, decidió bautizarla y no seguir llamándola por el nombre puesto por un gentil. Así fue como decidió designarla como “Nuestra Señora de la Merced de Puerto Claro”. Nombre que no pegó para nada, no porque ya hubiera muchos herejes en el puerto, sino porque era muy largo. Los herejes ingleses y alemanes empezarían a llegar dos siglos más tarde.

LA BENDICIÓN DE LA GUERRA

En la segunda mitad del siglo XVII, Valparaíso continuaba siendo una extensión de Santiago. Todo el comercio que se hacía entre Santiago y Lima, por razones de distancia, pasaba por Valparaíso, no por Coquimbo o Concepción, que eran puertos que se mantenían aletargados. Pero este comercio era magro, sólo de vez en cuando llegaban los veleros con mercancías.

Ocurría que el puerto renacía, cobraban animación su comercio y su población, cuando arreciaba la guerra contra los araucanos o en el mar con los piratas, especialmente holandeses.

Hay que señalar que éstos eran especialmente crueles, como una forma de desquitarse de los tiempos de Carlos V y de Felipe II, cuando las tropas españolas cometieron toda clase de tropelías en los Países Bajos.

Llegaban a Valparaíso los barcos repletos de marineros, soldados y emigrantes, que además traían "el real situado" enviado por el Virrey de Lima. Este era el dinero con que se debía pagar a los soldados en Chile. Por supuesto, también acudían los comerciantes al olor de las monedas.

Acota Vicuña Mackenna: "La paz era para Valparaíso una especie de sepulcro. La guerra era una resurrección".

Por otra parte, Valparaíso no percibía derechos de aduana por la importación de libros ya sea en latín o en castellano, encuadernados o por encuadernar. Tampoco se paga almozarifazgo¹ por las pinturas porque este arte es poesía muda y armonía silenciosa.

Qué hermosos tiempos, cuán lejos del IVA actual que grava la cultura y el arte.

1. Almozarifazgo (Almojarifazgo): Derecho que se pagaba por las mercancías que salían de España, por las que se importaban o por aquellas que se comerciaban de un puerto a otro dentro de España.

VALPARAÍSO EN LLAMAS

A lo largo de su historia Valparaíso ha sido presa de grandes incendios. El primero registrado por los cronistas fue el de noviembre de 1683, en que se quemaron las bodegas donde se almacenaba trigo, cebo y manila para su exportación, produciendo un gran quebranto económico a comerciantes de Santiago y locales.

El 15 de marzo de 1843 se quemaron las bodegas del puerto con más de tres mil bultos de mercadería, quince casas, varios establecimientos comerciales e industriales y la imprenta *El Mercurio*, recientemente adquirida por Santos Tornero.

El 15 de diciembre de 1850, Valparaíso fue devastado por las llamas. El fuego empezó en una cigarrería, pronto se propagó a las construcciones de los dos lados de la calle El Cabo, hoy Esmeralda. Fueron consumidas once casas de dos pisos, otras dos de un piso, una cigarrería, dos relojerías, once tiendas, una tapicería, una colchonería, cuatro carpinterías, una bodega particular y dos almacenes de aduana en que habían depositado 1.471 bultos.

A raíz de estos siniestros se fundó el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Valparaíso. Se adquirieron dos bombas de palanca, en Estados Unidos. Los voluntarios estaban agrupados en la Compañía N°1 o Inglesa, y la Compañía N°2 o Alemana. Pronto se formó una compañía de guardia de propiedades y otra de hachas, ganchos y escaleras.

El 13 de noviembre de 1858, un incendio consumió cuatro cuadras del centro de Valparaíso. El fuego se inició en una chimenea del Club de la Unión, consumiendo las tiendas vecinas, la imprenta *El Mercurio*, algunas carpinterías, farmacias y sombrererías.

El 31 de marzo de 1866 la escuadra española bombardeó Valparaíso provocando también grandes incendios.

En diciembre del mismo año, un incendio en el barrio Almendral quemó una manzana completa de edificios, bodegas con artículos navales, vinos, aceites, alquitrán, carbón, petróleo y barras de madera. Duró toda la noche hasta el medio día siguiente.

El 24 de febrero de 1869 se inició un incendio en una casa particular y rápidamente se propagó a las colindantes. Se redu-

jeron a ruinas humeantes decenas de negocios entre almacenes, litografías, cervecerías y negocios varios. Fallecieron tres bomberos, un civil y un marinero francés, junto con muchos otros tripulantes de los barcos extranjeros surtos en la bahía que desembarcaron para ayudar a contener el fuego.

FUEGO EN EL SIGLO VEINTE

A consecuencia de la guerra civil de 1891, en Valparaíso, la noche del 28 de agosto, los soldados de las tropas antibalmacedistas provocaron grandes incendios, los que unidos al saqueo de las casas, negocios de licores y otros establecimientos, dejaron grandes devastaciones y pérdidas en vidas y materiales. Un almirante alemán calculó que los muertos fueron 300; otros los hicieron llegar a 500.

El 8 de abril de 1903 se originó un incendio en el pasaje Quillota, dejando sin hogar a 800 personas de escasos recursos. En pocos momentos el fuego, que se inició en un baratillo, tomó tales proporciones, que las llamas iluminaron toda la noche la ciudad.

A la media noche del 4 de mayo de 1914, un voraz incendio consumió las casas del pasaje Ross. El fuego arrasó con una manzana entera de edificios, haciendo peligrar el hermoso y antiguo Palacio Astoreca, al que se le alcanzaron a quemar algunas piezas.

Hubo luto en el puerto, el siniestro arrojó un saldo de 50 muertos y más de 100 heridos, entre ellos varios bomberos y marineros que concurrían a dominar el siniestro.

En la noche del 27 de noviembre de 1924 se produjo otro incendio que dejó varios bomberos lesionados. El fuego se inició en una bodega de papeles en la calle Freire, la que se quemó totalmente. También fueron arrasados por las llamas los cuarteles de la Cuarta y Novena Compañía de Bomberos y las bodegas de la firma Saavedra Benard y Cía., donde había tubos de oxígeno, ácido carbónico y sulfúrico. Estos estallaron haciendo saltar piedras, ladrillos, fierros en todas direcciones y produciendo la quebra-

zón de vidrios en los edificios de varias cuadras a la redonda. El fuego no pudo ser dominado hasta el día siguiente. El humo cubrió todo el sector hasta los cerros, el calor impidió acercarse, incluso tuvo que interrumpirse el servicio de tranvías.

La imprenta Universo de Valparaíso, que llegó a ser la más grande de Chile, se incendió el 3 de octubre de 1934. El fuego se inició al estallar una botella de barniz que manipulaba un operario, que milagrosamente quedó con vida aunque con quemaduras de gravedad. Se consumieron tres edificios de los seis que constituían la empresa. Quedaron reducidos a escombros y fierros retorcidos la totalidad de las máquinas, los laboratorios, los grandes fardos de papel y numerosos vehículos. Alrededor de 400 obreros perdieron su trabajo.

Cuantiosas mercaderías se volatilizaron el último día del año de 1941 cuando en el recinto de la Aduana surgieron las llamas, arrasando con grandes partidas de té, algodón, automóviles, maquinarias y cajones con repuestos.

El siniestro se inició en el recinto cuatro del Malecón. Para algunos, éste se produjo debido a las chispas que saltaron de la locomotora que se movilizaba en el mismo lugar; para otros, el incendio fue intencional. Después de siete días, aún era necesario echar agua a las rumas de algodón que seguían quemándose.

Un nuevo incendio ocurre en la zona aduanera el 10 de abril de 1948, convirtiendo en cenizas bodegas, edificios y galpones. El fuego empezó alrededor de las ocho de la noche, en el casino social de la Asociación de Movilizadores de Aduana "Mariano Valenzuela". Entonces faltó el agua debido a que el estanque del Cerro La Cárcel estaba seco y los grifos en el plan no tuvieron presión. Dirigentes del Cuerpo de Bomberos declararon que cinco días antes del siniestro habían advertido al alcalde que el estanque del Cerro La Cárcel estaba vacío y que había que llenarlo cuanto antes, por el peligro que existía si estallaba un incendio. Se quemaron la Segunda Comisaría de Carabineros de Aduana, la Cooperativa Portuaria, el cuartel de Boy Scouts del Mar, el laboratorio químico de Aduana, bodegas con mercaderías de numerosas firmas comerciales y la maestranza de servi-

cios portuarios. Asimismo, cuatro mil sacos de cemento destinados a la pavimentación del puerto quedaron inutilizados por la acción del agua. Veinte horas demoraron los bomberos en extinguir el incendio.

PESADILLA EN LOS AÑOS CINCUENTA

En los primeros días de octubre de 1951 ardieron mil toneladas de materias inflamables, acumuladas en la avenida Costanera; se destruyeron las instalaciones aduaneras, 22 vagones, una grúa, cinco carros de carga, la línea férrea se transformó en un hacinamiento de fierros retorcidos.

Se informó, posteriormente, que el incendio fue causado por una chispa de locomotora que cayó sobre un carro cargado de parafina en pasta. Otro carro ferroviario venía con un cargamento de cajas de fósforos y otros con diversos tipos de materiales inflamables. Muchos tambores con soda cáustica se derramaron y al contacto con el agua formaron una lejía concentrada, por esta razón el número de voluntarios heridos alcanzó a 103, muchos de gravedad.

En la madrugada del primero de enero de 1953, que debió ser el fin de una noche plena de alegría, Valparaíso se transformó en escenario de pesadilla y horror. 51 muertos, de los cuales 31 eran bomberos, 300 heridos y cuantiosas pérdidas materiales fue el balance del incendio que se inició por un petardo, de los últimos disparados esa noche de Año Nuevo, que cayó en una barraca y prendió en la madera cuyas llamas se propagaron a una bodega que almacenaba explosivos, en pleno centro de la ciudad, Avenida Brasil esquina de Freire. Los voluntarios ya casi habían extinguido las llamas cuando se produjo una explosión que se sintió en todo Valparaíso.

El fuego se había iniciado minutos después de la una de la madrugada del día de Año Nuevo y hacia las tres de la mañana explotaron la pólvora, la dinamita y los fulminantes que se almacenaban en una bodega del edificio de la Dirección General de

Caminos que estaba ubicada al lado de la barraca. Miles de curiosos se habían agolpado en las calles circundantes.

Hubo dos explosiones, la primera fue la que prácticamente desintegró a los voluntarios de las dos compañías que atacaban el fuego, encaramados en las murallas de la barraca, del almacenamiento de explosivos y de la Maestranza Chile. La segunda explosión, mucho más fuerte y destructora, se produjo en el aire, a cien o doscientos metros del suelo. Esta fue la que hizo saltar los vidrios de los edificios de alrededores, derrumbó puertas, agrietó murallas, quemó las palmeras de la Avenida Brasil, que ardieron como teas, desencadenando una serie de incendios que destruyeron hombres, casas, máquinas y mercaderías. Convirtió en tizones la barraca donde se inició el fuego, el edificio de la Dirección General de Caminos, la Maestranza Chile, los cuarteles y bodegas de materiales de cuatro compañías de bomberos, los establecimientos de numerosas firmas comerciales, negocios vitivinícolas, más un gran número de casas del sector.

Al clarear el día se encontraron a más de un kilómetro de distancia, restos humanos, tambores, zapatos y trozos de palmeras.

Los bomberos hicieron una declaración pública señalando que no tenían conocimiento de la existencia del polvorín "clandestino" que enlutó al Puerto. En éste había almacenados 30 cajones de dinamita, 20 de pólvora, 10 mil fulminantes, gran cantidad de guías en rollos, bencina, parafina y petróleo.

En tres funerales separados fueron sepultadas las víctimas. Más de cien mil personas formaron los cortejos.

UN TESTIMONIO PERSONAL

Yo estaba en el Hotel España, cuando esa violentísima explosión y el movimiento del edificio me despertaron. Me vestí y concurrí al sitio del siniestro. No se podía llegar no porque lo impidieran los policías, sino porque la cantidad de trozos retorcidos de hierro que estaban al rojo-blanco despedían un calor insoportable.

BOSQUES QUEMADOS

Diecisiete años antes, en los primeros días de enero de 1936, se incendiaron los bosques en la parte alta de los cerros de Valparaíso y Viña del Mar, cosa que ocurre prácticamente todos los veranos, pero en esta oportunidad fue con características catastróficas, se elevó la temperatura y una lluvia de cenizas cubrió ambas ciudades. Se vieron afectados un sanatorio del Servicio Nacional de Salud, un refugio de la Caja de Previsión de Carabineros y otro del Banco del Estado, ubicados en Quebrada Verde. Bomberos, carabineros y fuerzas armadas, tras quince horas de trabajo, lograron extinguir los incendios.

En los últimos días del mismo mes se produjo un incendio en la Avenida Costanera, quemándose gran cantidad de parafina en pasta, junto a rumas de sacos con negro de humo, que se emplea en la fabricación de neumáticos.

La humareda que se levantó daba la impresión de que ardían enteros Valparaíso y Viña del Mar.

El 27 de julio de 1971 se produjo un incendio entre las calles Morris, Yungay y Avenida Brasil, que consumió bodegas plataneras, depósitos de productos químicos, un hotel, viviendas particulares y pequeños negocios. Hubo más de 200 damnificados.

Pero el incendio ocurrido al año siguiente superó a su precedente, los damnificados fueron 1.035, muchos heridos, 1.114 hectáreas de árboles quemados, amén de postes de electricidad y telefónicos. Estallaron 80 mil botellas de bebidas de la fábrica de productos Nobis. El incendio avanzó desde los bosques en lo alto de los cerros hacia las ciudades de Valparaíso y Viña del Mar. Hubo que desplegar bomberos, carabineros, fuerzas armadas y voluntarios de la Defensa Civil para poder detener las llamas. El siniestro elevó la temperatura en 10 grados en ambas ciudades.

El 24 de enero de 1974 estalló un incendio en vagones ferroviarios en los patios de la estación Barón. Explotaron trotil, soda cáustica, acetona y balones de gas. Dejó once heridos y más de tres millones de dólares en pérdida. El maquinista, con peligro de su vida, desenganchó los carros que comenzaron a incendiarse. A

lo menos hubo 50 explosiones, se quebraron los vidrios a seis cuardras a la redonda. Más de ocho horas demoraron 600 hombres en aislar el sector y en extinguir el siniestro. Colaboraron bomberos de todas las compañías de Valparaíso, personal del Ejército y la Armada. El remolcador *Águila* se atracó a la costa tratando de colaborar, pero tuvo que retirarse ya que el calor era insoportable y peligroso para la nave misma; los aviones cisternas no tuvieron mejor suerte, pues las esquirlas de las explosiones los sobrepasaban en altura; lo mismo sucedió con quince camiones cisternas de la Dirección de Obras Sanitarias. El mar quedó contaminado en todo el sector, miles y miles de peces muertos fueron arrastrados hacia la orilla. Se prohibió la pesca en la zona y se suspendió por varios días la venta de productos del mar.

Sólo en noviembre de 1991, mes en que comienzan los incendios forestales, y fines de enero de 1992, es decir, en tres meses se produjeron 703 siniestros en la V Región, cuya capital es Valparaíso.

50 MUERTOS EN LA ESCALERA

Recuerdo que en mi infancia hubo un horrible incendio en un edificio de tres pisos, el primero estaba abarrotado de películas, porque su propietario era distribuidor de filmes. Los moradores no podían huir por la escalera principal, que era de madera y estaba ardiendo. Trataron entonces de escapar por la de emergencia pero estaba cerrada con un gran candado. Al otro día entre los escombros aún humeantes encontraron cincuenta cadáveres en el lugar donde estuvo la escalera.

Augusto D'Halmar contaba que cuando se fue a Europa, pocos meses después del terremoto de 1906, Valparaíso humeaba y cuando regresó un año después, seguía humeando.

Joaquín Edwards Bello escribió en su libro *Valparaíso, ciudad del Viento*: "Ese viento concupiscente que levanta las polleras a las muchachas y a las no tan jovencitas, empieza a perder su gracia cuando hace llover de través y da vuelta los paraguas. Y si se enoja,

es un enemigo terrible, que bota árboles, vuela techos y hunde barcos en la bahía. Además sopla las llamas y alienta los grandes incendios de Valparaíso, otrora llamado la Perla del Pacífico”.

CERRO CONCEPCIÓN

Retomemos el hilo histórico de nuestro relato. En 1698 los españoles erigieron en el cerro Concepción, un castillo artillado para defender el puerto de los piratas. Sus cañones no dispararon nunca. “El viento, ese viento mitológico de Valparaíso, borró poco a poco sus bastiones de adobe. (...) El cerro se adelantaba aquí en un cabo que se precipitaba sobre los roqueríos, cerrando el paso. Se le llamó el Pequeño Cabo de Hornos, por ser el lugar que todos los veleros elegían para naufragar.” (LUKAS, RENZO PECCHENINO)

LOS BARCOS TAMBIÉN PUEDEN SER EXCOMULGADOS

Aproximadamente desde 1650, cada buque que zarpaba de Valparaíso debía pagar al cura de Casablanca veinte pesos; suma bastante sustanciosa en aquellos tiempos. Pero en noviembre de 1703, don Juan Velázquez de Covarrubias, capitán del velero *Buen Jesús*, ya listo para zarpar, se negó a pagar, aduciendo que el cura de Casablanca ya no venía a Valparaíso, pues en este puerto existían sacerdotes de diversas órdenes, y que, por otra parte, algunos de los mismos buques tenían sus propios capellanes. Pero el reverendo no cedió, y como además era Comisario del Santo Oficio para Valparaíso, lanzó sobre el capitán, sus oficiales, marinearía, el casco, las velas, el timón, una solemne excomunión mayor, cuyas consecuencias eran aterradoras. Ni siquiera el sacerdote tomó en cuenta que el buque se llamaba el *Buen Jesús*. Manso como un cordero el capitán, entregó los veinte duros. “El cura levantó en el acto su excomunión, y el buque, vuelto al gremio de los cristianos, lanzóse libre a las olas.” (VICUÑA MACKENNA)

LA RUTINA SIGUE

El aspecto, las costumbres, los placeres, los dolores y esperanzas de la pobre caleta del valle de Quintil, habían cambiado levemente, en el siglo XVIII; el vecindario continuaba siendo profundamente devoto. Era un lugarejo copado por templos y frailes. "El área de sus claustros, tomada en conjunto, medía dos o tres veces más espacio que las de sus microscópicas habitaciones civiles. Todos sus puntos de mira terminaban en campanarios. Todas sus prácticas, además de la siesta y de la cena, eran profundamente místicas (...) sus buques habían de tener forzosamente apellidos del cielo, mientras que los cañones de sus baterías eran conocidos sólo por el nombre de los santos. Apenas amanecía, todas las campanas llamaban a misa en sus siete iglesias, y desde las oraciones no se oía sino el toque de la "escuela de Cristo" que dirigiera en La Matriz, hasta la víspera de la revolución (la Independencia en 1810), el digno cura Palomera, o los rezos y campanas de la iglesia de San Francisco (...) al paso que en la bahía los capellanes de todos los barcos entonaban en alta voz el vespertino rosario, oyéndose desde tierra el coro de aquellas rudas gargantas ejercitadas en luchar en pujanza con los vientos." (VICUÑA MACKENNA)

SURGE EL TURISMO

Barbinais Le Gentil fue el primer francés que dio la vuelta al mundo. No lo hizo como explorador, navegante-descubridor, sino como turista. En esa calidad arribó a Valparaíso el 19 de marzo de 1714. "A falta de máquina fotográfica hizo un dibujo muy curioso de Valparaíso, que hace aparecer a nuestro puerto como un lago redondo y al fondo su pequeño caserío sobre la colina.(...) Este turista fue corresponsal en viaje, pues mandaba sus impresiones por correspondencia a Francia, su país natal, y exageraba la fantasía y extravagancia de lo que veía", según cuenta el cronista Hernán Navarrete Rojas.

Pero antes que este turista, había sentado plaza en Valparaíso,

aunque transitoria, otro francés, el padre franciscano Luis Fevillee, que además era botánico y astrónomo.

Desde Valparaíso realiza sus primeras observaciones. Tuvo la suerte de presenciar un eclipse de sol, de cuya aparición los astrónomos no tenían noticias. Este eclipse le sirvió para calcular la distancia entre Valparaíso y París, sus estimaciones sólo difieren en un segundo de longitud, de las actuales.

Por esos años Valparaíso contaba con 30 familias de blancos y el resto 150, de indios, negros y mestizos. Más bien era una fortaleza a cuyo alrededor había esparcidas algunas cabañas que semejaban las tiendas y ramadas provisorias de un campamento militar. Refiriéndose a aquella época Vicuña Mackenna califica a Valparaíso como "ninfa en harapos que no tenía de verdaderamente bello sino su nombre y su horizonte."

Otro francés, M. Frezier, que visita Valparaíso en 1714, escribe: "Pero después de todo, esta rada no vale nada en invierno porque los vientos del norte, que entran sin resistencia por la boca, ponen el mar tan bravo, que muchas veces se ha visto arrojar buques a la costa. Los vientos del sur no son menos fuertes en verano, pero como vienen de tierra no hay mar y en caso de hacer desanclar a los buques, éstos sólo pueden ser arrojados mar adentro."

POBLACIÓN Y REPOBLACIÓN

A mediados del siglo XVIII, señalan las crónicas, Valparaíso sufría dos fuertes oscilaciones anuales en su población.

En invierno, prácticamente la rada del puerto está vacía de barcos porque los innumerables naufragios han tornado temerosos a comerciantes y armadores. Pero en el verano los buques forman verdaderos bosques de mástiles. Es entonces cuando llegan de Santiago y de ciudades aledañas como Quillota y Casablanca, gran número de comerciantes y de particulares que desean comprar directamente, sin pasar por intermediarios. Pero cuando el invierno presenta sus primeros indicios, y aún antes, los más pre-

cavidos, que observan el viento porteño haciendo remolino de hojas amarillas, regresan a Santiago y la marea de capitalinos cesa. Valparaíso se despuebla, sus actividades se aletargan y el invierno es más invierno aún.

NO TODO ERAN REZOS

La noche del 28 de junio de 1718 el gobernador de Valparaíso, Tobar del Campo, realizó una ronda nocturna. Al pasar por la quebrada de San Agustín, escuchó ruidos extraños en el fondo de una pulpería de que era propietaria una viuda, doña Lorenza Padilla. Penetró de súbito en el aposento y extrajo de debajo de una cama a un hombre que estaba sólo en camisa y resultó ser un grumete del navío *La Trinidad*, surto en el puerto, llamado Juan de los Angeles. "Irritado el gobernador por aquel desacato, y olvidadizo de que por haberlo el mismo cometido (...) condenó a los dos culpables, esto es a la viuda y al grumete, a dos años de destierro fuera de su jurisdicción y al embargo de sus trastos. (...) Apelaron los infelices amantes de tan inusitado castigo al mismo Presidente Cano, y éste, que siempre fue benigno con todas las culpas en que presidía amor (...), revocó el auto, por haber omitido el gobernador respecto de la viuda las tres moniciones que estaban dispuestas por bando público, a fin de que las pulperas y las viudas se abstuviesen de recibir tales visitas" (VICUÑA MACKENNA).

NACE UNA ESCUELA

La primera escuela con que contó Valparaíso se fundó en 1724, por Fray Antonio María Fanelli y el Padre Antonio Salvá, para lo cual adecuaron un rancho, el que se les hizo chico desde el primer día.

Los padres o las madres o ambos, fueron a dejar a sus hijos a manos de los sacerdotes, encareciéndoles la mano dura con ellos.

PANORÁMICA SEGÚN VICUÑA MACKENNA (1700-1730)

“Para el que llegaba por mar, allá en los primeros años del pasado siglo, las áridas lomas a cuyos pies moría el histórico valle de Quintil, ofrecían un aspecto agradable y casi pintoresco. Un centenar de casas, o más propiamente chozas, esparcidas caprichosamente en los declives, en las gargantas y en los atrevidos espolones de las montañas que el mar azotaba en sus creces y el viento en los huracanes; puentes rústicos echados sobre los cauces de las quebradas; densas arboledas esparcidas en grupos, sombríos o brillantes según la hora de la luz y de la sombra o el matiz de sus follajes; allí una higuera coposa dando sombra a un cortijo; más allá un grupo de agrestes almendros; en los perfiles lejanos alguna palma real, respetada todavía en esos años por el hacha, y en todas partes el aromático culén y el delicioso floripondio, esos dos príncipes indígenas de la flora valparadisea, que lloran hoy su injusto olvido y su perdido cetro, en el fondo de algún plebeyo jardín, o en el soto escondido de aristocráticas quintas.

“Dominaba, por otra parte, la perspectiva, que la abundancia de las vertientes hacía entonces tan risueña como hoy es triste y monótona, los tres macizos que se habían edificado durante el transcurso de un siglo, las fortalezas que cubrían el caserío y el puerto con sus fuegos (...) mientras que en el estrecho plano del caserío alzaban sus modestas torrecillas los claustros de San Francisco y San Agustín (...) No había sido por tanto una galantería de mal gusto entre la gente de mar ofrecer a aquel sitio el nombre, juzgado histórico hasta hoy, de Valle del Paraíso.

“Pero una vez puesto el pie en tierra, todo el encanto desaparecía, como una ilusión de las olas. Una aldea sucia, pajiza, desigual, esparcida a lo largo del declive, y un grupo de tétricas bodegas, separadas entre sí por estrechos pasadizos (...) no había calles ni veredas, ni empedrados. Menos había policía, aseo en las

cauces, faroles en las lóbregas noches, nada, en fin, de lo que hoy constituye una villa de mediano porte." (VICUÑA MACKENNA).

EL OCÉANO HACE DE LAS SUYAS

No sólo el fuego con sus radiantes estandartes, aflige y destruye a Valparaíso; su elemento contrario, el agua, también hace lo suyo.

El 8 de julio de 1730 se produce en Valparaíso un terrible maremoto que fue precedido por tres terremotos. El agua inundó la mayor parte del terreno llano. Arrasó la parte principal del nuevo templo de La Merced, "forzó sus puertas fronterizas a la playa, tronchando sus cerraduras, derribó sus altares, e inundó todo el ámbito de la estrecha nave, sólo vino a declinar su ímpetu en las gradas del altar en que se reverenciaba a la virgen." (VICUÑA MACKENNA).

El padre Hidalgo sacó conclusiones muy provechosas de este "milagro" que había ocurrido en su templo.

Todo resultó destruido por estos sismos. Sólo quedó en pie la iglesia mencionada y muy deteriorada la casa del gobernador.

Al retirarse, el mar arrastró consigo no menos de 80 mil fanegas de trigo, lo que significó para Valparaíso una ruina completa y hambre para muchas familias.

MUNICIPALIDAD PROPIA

Pese a todos los contratiempos, Valparaíso crecía, debido especialmente a la navegación que se realizaba dando vueltas por el Cabo de Hornos. Los buques no sólo traían y llevaban mercadería, sino que era recalada obligada para hacer agua y víveres frescos y dar un descanso a la tripulación. Es así que en 1791 Santiago decide que Valparaíso se constituya en una ciudad con su propio municipio, y obedeciendo a esta decisión, se instala el primer Cabildo. Para celebrar este acontecimiento se organizan fiestas y

viajan desde la capital al puerto dos compañías de “pardos libres”, que el día de Corpus Christi y para la tradicional procesión de San Pedro, bailaron vestidos de turcos, al son de un violín y de un tambor; por cada representación se les pagó diez reales.

OTRA VEZ SE MUEVEN EL MAR Y LA TIERRA

Un cuarto de siglo después de los terremotos y maremotos antes señalados, un 25 de mayo de 1751 se desencadenaron de nuevo estos sismos, con igual furia destructiva.

El sacerdote Hidalgo, al que ya hemos mencionado, durante una novena exaltaba las virtudes de la fe, frente a los cataclismos naturales narrando el siguiente episodio: “Como lo experimentó un navío que perdido en estas costas con las bravezas del mar, sólo con echar un religioso nuestro santo escapulario en las enfurecidas olas, se sosegó de tal suerte que llegó la nave con toda serenidad y aún sin timón a Valparaíso.” (VICUÑA MACKENNA).

DIVERSIÓN Y BODEGAS

Novenas, procesiones, misas, eran pan de cada día, pero a veces también había un poco de diversión. Esta consistía en alguna representación teatral realizada de vez en cuando, para lo cual se habilitaba alguna bodega, los espectadores se sentaban en sacos y fardos, para presenciar la representación de comedias o autosacramentales —que eran actuados por un solo sexo: solamente hombres o solamente mujeres— de una monotonía capaz de dobligar cualquier insomnio como decía un cronista de la época, quien además cuenta que los vecinos de Valparaíso “regocijados por el nacimiento del primer hijo del gobernador Acuña en 1702, le obsequiaron con una de esas mortales diversiones, cuyo pasatiempo había introducido el presidente Marín de Poveda, no

sin graves escándalos y protestas, importándolo de Lima, donde ya a la sazón había un teatro permanente.”

Las bodegas sobraban, vale decir que Valparaíso era un conjunto de bodegas con casas a los alrededores, donde se acopiaban el trigo, el sebo, el charqui y el buen mosto que se exportaba a Lima.

De Castilla la Vieja llegó un señor de apellido Iñiguez que construyó una serie de grandes bodegas, que después se transformaron en magníficos edificios. Otro capitalista, Joaquín de Villa-Urrutia, también levantó “modernas” bodegas. Por último, los padres dominicos edificaron bodegas en el barrio de San Juan de Dios, en que muchas décadas después se erigió el Hospital que llevaba este mismo nombre. En esa zona, un caballero recién llegado de España, don Bernardo Luco y Aragón, estableció una hermosa residencia. Además ha dejado una “larga progenie” que se perpetúa hasta hoy.

LOS CERDOS DEL GRIEGO

Vivía en El Almendral, barrio de Valparaíso que subsiste hasta hoy día, un griego propietario de dos chanchos que se metían en las casas vecinas comiéndose cuanto vegetal encontraban. Las que más sufrían eran cinco señoras de apellido Pérez. Cierta día salieron a pasear las cinco damas y tocó la suerte o la mala suerte que se toparan con el griego y su esposa. Se produjo un altercado más fogoso que otros sostenidos anteriormente, hasta el punto que el griego las llamó grandísimas putas. Ellas contestaron con un insulto más grave en aquella época: “Ladrones de la Ermita” y “Que se lo harían bueno”. El griego se encendió en cólera, desenvainó un cuchillo y su mujer recogió una piedra. Las cinco Pérez se precipitaron sobre ellos y todos rodaron por el suelo arañándose, tirándose el pelo, golpeándose, gritando y levantando una gran polvareda. El vecindario se alarmó ante semejante batahola. La esposa del griego fue la más magullada, aunque logró sacarle un aro a una de las Pérez, dejándole una oreja sangrando. El barbero-cirujano estableció las respectivas

magulladuras. El gobernador de Valparaíso, de apellido La Espada, que hacía honor al mismo, ordenó matar los dos chanchos, parte de cuya carne, según dicen las malas lenguas, fue a parar a su propia cocina.

OTRAS DIVERSIONES, TAL VEZ MÁS INTENSAS

Transcribimos sin comentarios un edicto proclamado por el feroz gobernador La Espada: "En el Puerto de Valparaíso, en veinte y tres días del mes de febrero de mil setecientos sesenta y cuatro, el S. Theniente Coronel de los Ejércitos, Dn. Antonio Martínez y La Espada Ponce de León, Gobernador Político y Militar de la Plaza de dicho Puerto y su Jurisdicción por S. M. Dijo: Que por cuanto está informado que Mercedes Gamboa, Mercedes Herrera, Pascuala de Billaga, Francisca de Paula de Oliva, Mercedes Molina, Juana Ríos, Victoria y Juana Oteysa, María Mesquita y su hija, Anastasia y Ignacia Monroy, andan en juntas de noches con los marineros, sin hacer formas de ponerse a servir de puertas adentro en alguna casa de modo como se les tiene mandado, logrando por ese medio con que poder mantenerse honestamente, así estas como otras, y no que alquilando cuartos sirve solo de capa de maldades haciéndose reparable que aviendo tantas mujeres tan pobres no se halle una, que se sujete a servir aunque las soliciten; y deseando poner remedio en estas y demás de la naturaleza de las cuales algunas son comprendidas en el abominable vicio de la embriaguez: debía mandar y mando se les notifique por segunda y última vez se pongan a servir como se les tiene mandado; y que dentro de ocho días me den cuenta de la casa donde hallaren sirviendo, con apercibimiento que de no ejecutarlo, o de salirse sin justo motivo y que no sea yo sabedor, serán remitidas por un año a las "Recogidas".

NAVEGACIÓN COMERCIAL

Dos hermosos navíos, el *Diamante* y el *Príncipe Carlos*, desde 1766, se dedicaron exclusivamente al tráfico marítimo entre Cádiz y Valparaíso. Esta situación resalta la importancia adquirida por Valparaíso y los cambios ocurridos en España. Sevilla deja de ser el puerto monopólico del comercio con América Latina. Para los comerciantes, mercaderes y armadores españoles, zarpar de Cádiz en vez de Sevilla significaba acortar la distancia con América, por lo tanto, menos días de navegación, menos días de salarios para los tripulantes, menos gastos en su alimentación, mejor conservación de éstos, más viajes realizados por los buques en determinado período de tiempo, etc.

MILAGRO BAJO AMENAZA

"El quinto día avistamos tierra a cuatro o cinco leguas de Valparaíso, pero después de una calma, un fuerte mar de leva que venía del oeste comenzó a arrastrarnos rápidamente hacia la playa. Varias veces echamos la sonda, pero había tanto fondo que no podíamos anclar. Cuando más alarmados estábamos todos, el jesuita, que durante todo el viaje había venido mareado, salió por primera vez del camarote. En cuanto se informó del peligro fue a su camarote a sacar la imagen de no sé qué santo, y pidió que lo colgaran de las jarcias de mesana; una vez hecho esto, púsose a amenazarla con que iba a tirarla al agua si luego no teníamos buen viento. Poco después comenzó a soplar de tierra una ligera brisa; entonces el jesuita se llevó la imagen con aire de triunfo." (JOHN BYRON).

LOS JESUITAS

No obstante, esta línea de navegación se alteró cuando los jesuitas fueron expulsados de Chile. No se sabe con certeza cuántos sufrieron esta medida, las cifras oscilan entre 310 a 360, venidos de todo Chile que fueron concentrados en Valparaíso y enviados por grupos al Callao y de allí a Cádiz. En el puerto tuvieron problemas de alojamiento. Algunos durmieron en el suelo de La Matriz, tapados con unas cobijas, permanecieron un mes en estas condiciones hasta que llegó del Callao, el 30 de noviembre de 1767, el navío de guerra *San José el Peruano*, que partió de Valparaíso el primero de enero del año siguiente. Otros barcos que llevaron jesuitas al Perú fueron *La Perla*, que transportó a 80 sacerdotes; la *Sacra Familia*, con 69; *El Valdiviano*, con 60, y *Nuestra Señora de la Ermita*, con 60.

Los jesuitas pasaron de Cádiz a Imola, ciudad perteneciente al papado. Algunos de los padres chilenos eligieron más tarde otras residencias, como el Abate Molina, que con dos de sus compañeros se pasó a Bolonia, pero la mayoría permaneció en Imola, entre los que se cuenta Lacunza. Escribe Vicuña Mackenna: "En nuestro último viaje a Italia, tratamos de hacer algunas averiguaciones sobre la suerte de los más notables jesuitas chilenos que allí vivieron y aunque conseguimos preciosos datos sobre Molina, de Lacunza sólo obtuvimos la confirmación de su carácter tétrico y de su muerte misteriosa".

Se estima que en 1775 Valparaíso tenía alrededor de dos mil habitantes. Según cronistas, era un pueblo de frailes y cañones. Nombres de santos tenían sus tres fuertes: San José, La Concepción y San Antonio. Prácticamente todo el antiguo territorio de Aliamapa pertenecía a la iglesia. Los jesuitas eran dueños a la sazón de Viña del Mar, Limache, San Pedro, Las Palmas, Peñuelas y otras heredades.

Los barcos tenían a su bordo altares y un capellán, no podían zarpar sin permiso del obispo en algunas oportunidades, pero en ningún caso sin licencia expresa y remunerada del cura párroco, "que era una especie de místico capitán de puerto."

LAS NOTICIAS

Las novedades, chismes o noticias importantes llegaban desde tierra adentro (Santiago) o desde el océano vía Estrecho de Magallanes o de Lima. ¡Barco de Lima! era entre los porteños un grito de alegría, y bajaban corriendo hacia la playa, hombres, mujeres y niños. Pronto se alternaba con la tripulación y eventuales pasajeros y las noticias se difundían hasta los últimos rincones de los cerros.

PERMISO PARA NAVEGAR

Los barcos no podían zarpar de Valparaíso, durante la Colonia, si no era con un permiso especial del Gobernador del Reino de Chile. Un ejemplo:

“Santiago 22 de junio de 1785.

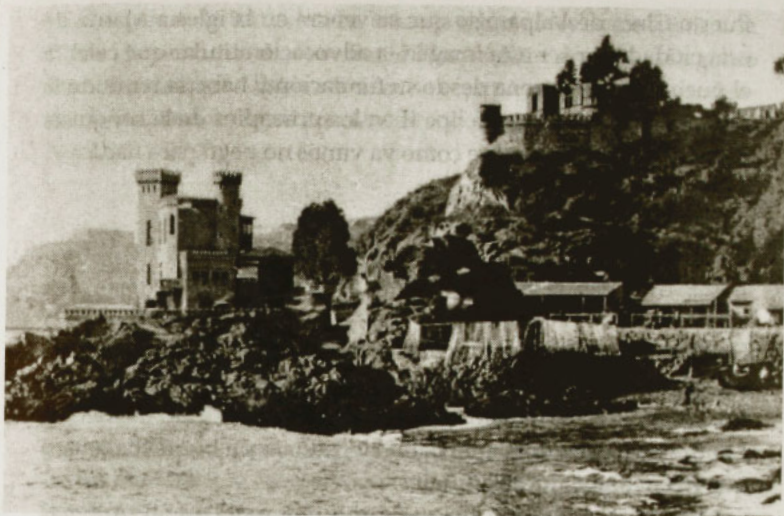
“El gobernador político y militar de Valparaíso, dejará hacerse a la vela el barco nombrado *El Socorro*, con frutos y efectos de este país, toda la gente de su tripulación, que hace viaje al Callao, en virtud de este decreto.” (BENAVIDES RENGIFO).

Esta autorización había que ir a buscarla a Santiago, con tal objeto partía un hombre a caballo. También había que pedir autorización para descargar.

DON AMBROSIO

A diferencia de Pedro de Valdivia, don Ambrosio O'Higgins fue un gran impulsor de Valparaíso. Dicta, en su calidad de Gobernador de Chile, un decreto, con fecha de 29 de abril de 1789, por el cual se establece un “cabildo, justicia y regimiento” para el puerto. Lo cual permitió crecer a Valparaíso como una verdadera ciudad.

El primer acuerdo del Cabildo fue declarar santa patrona de la población a Nuestra Señora Santísima Madre de las Mercedes de



Arriba: La caleta El Membrillo a comienzos del siglo XIX.
Abajo: El antiguo Club Naval de Valparaíso

Puerto Claro de Valparaíso que se venera en la iglesia Matriz de esta ciudad, por ser esta imagen la advocación titular que celebra el pueblo como patrona desde su fundación y haberla remitido la majestad del señor don Felipe II en los principios de la conquista de este reino. Este nombre como ya vimos no pegó para nada.

MÉDICOS Y CURAS

En 1792 Valparaíso tuvo su primer médico, mediante el contrato celebrado entre el gobernador, el cura y quince vecinos pudientes, con un doctor llamado Guillermo Graham, "gran médico de Londres y Curlandia", que había llegado en un buque ballenero que frecuentaba nuestros mares.

Los quince vecinos le aseguraron una renta anual. Además de atenderlos a ellos, debía atender gratuitamente a los pobres.

Esta hermosa obra marchó muy bien hasta que en 1805, la suma recaudada fue robada por fray Matías Barrera, quien huyó con su cómplice, otro fraile que había apostatado de su orden, llamado Pascual Bobadilla. De todo hay en la viña del señor.

ENTRETENCIONES

En la segunda mitad del siglo XVIII, Valparaíso contaba con cuatro canchas de bolos. Esta entretención provocó disturbios y competencia de autoridades. En 1793, durante las fiestas de Nuestra Señora de las Mercedes, los alguaciles tuvieron que suspender diversos juegos tradicionales porque bajo este pretexto se habían introducido juegos prohibidos. Todos los promotores de estos juegos ilícitos dieron con sus huesos en la cárcel.

Al año siguiente Valparaíso contó con un coliseo de gallos. Fue entregado en concesión a don Loreto Hinojosa, por dos años, después lo tomó por su cuenta el cabildo. Fue la municipalización de un negocio privado en pleno siglo XVIII.

La plaza de toros estaba situada donde hoy se encuentra la Plaza Victoria, que antes se llamó Plaza Almendral. Dice Eugenio Pereira Salas que "Estas corridas se efectúan en una plaza rodeada de escaños repletos con tantos espectadores como habitantes hay".

HACE FALTA UN MUELLE

El 2 de mayo de 1793, decretó don Ambrosio O'Higgins la construcción en Valparaíso de un muelle donde pudieran atracar los barcos para embarcar y desembarcar pasajeros, y cargar y descargar mercaderías, pero nada se hizo entonces y tampoco después, de tal manera que las personas continuaban bajando a tierra a hombros de los changos, con peligro de caer al agua. Los indios changos que cumplían estas tareas morían prematuramente por el reumatismo y diversas dolencias que les provocaba la intensa frialdad de estas aguas del Pacífico.

EL CAMINO DE LAS CUESTAS

Don Ambrosio O'Higgins ordenó la construcción de un camino suficientemente amplio para que pudieran traficar carretas, que permitiera bajar a Valparaíso a través de los cerros que lo circundan. Los trabajos demoraron cuatro años, desde 1791 hasta 1795. Inútiles fueron la grito de la rutina, las alarmas del egoísmo, la falta absoluta de recursos, los complots de los envidiosos contra el "presidente inglés". El camino no sólo fue labrado, sino que le creó recursos. El 31 de marzo de 1808 fue licitado el peaje en 9.985 pesos al año.

Las obras fueron iniciadas desde Santiago en 1791, concurrendo a menudo el presidente, en su carroza tirada por cuatro mulas a inspeccionar el trabajo de la cuesta Lo Prado.

Se eligió en marzo del año siguiente el lugar por donde se

descendería a Valparaíso. Para ello estuvieron trabajando casi un mes el arquitecto Toesca, acompañado del práctico Francisco Hidalgo, reconociendo los cerros para establecer la mejor bajada posible, determinando que fuera por la quebrada de Las Zorras.

El éxito del camino fue muy rápido, el tráfico entre Valparaíso y Santiago se intensificó. En agosto de 1809, el capitán de ingenieros Juan Mackenna, dada esta situación, fue encargado de establecer posadas para las carretas, las gentes y los animales, los cuales se ubicaron en sitios ya usados o marcados por la jornada de los bueyes y la existencia de agua.

INQUISICIÓN

El 23 de enero de 1794, Juan Santos González de Hontaneda fue nombrado Ministro de Santo Oficio en Valparaíso. Obró con prudencia teniendo en cuenta la calidad de puerto internacional de la ciudad, donde podía verse circular por las calles, marinos pertenecientes a países donde el catolicismo no estaba en el poder.

AMPLIACIÓN

El mismo año en que llegó el Inquisidor, las autoridades de Valparaíso piden al gobernador del país se amplíe la jurisdicción de la ciudad debido a su gran crecimiento poblacional y comercial. La jurisdicción está reducida dentro de las vertientes de los cerros que abrigan el puerto, sin tener en cuenta que se ha enriquecido con edificios de excesivo valor, como son cuatro castillos (fuertes para la defensa), seis iglesias, un hospital, una aduana y resguardo con competentes empleados y dependientes; una factoría controladora de la venta de tabacos; una administración de correos; bodegas en abundante cantidad, donde se custodian los granos y efectos del comercio de este reino, muchas casas costo-

sas y vecinos acomodados de distinción, sesenta familias nobles y otras tantas o más de plebe, que componen el número de cuatro mil quinientas almas, según el último padrón (censo).

DIVERSIONES VARIAS

La diversión más popular eran las carreras de caballos en El Almendral; había algunas canchas de chueca que fueron desapareciendo poco a poco; pero lo más socorrido eran las bodegas y chinganas levantadas en diversas partes, donde concurrían los porteños y los marinos de paso.

El paseo que más disfrutaban eran las excursiones a los frutillares de don Santiago Polanco. Con este motivo se realizaban alegres cabalgatas, "y de una de ellas nos ha conservado un capitán yankee que trató de ayudar a subir a una bella dama sobre un caballo, la cual le había dicho -Help me first. Pero el capitán no sabía de donde tomarla para alzarla sin que fuera "indelicate", hasta que vino una moza, y alzándola por el talón la echó como una pluma sobre el lomo del corcel." (VICUÑA MACKENNA).

Este capitán era don Amasa Délano, antepasado de nuestro escritor Poli Délano.

TRIBUTOS Y REGALOS

En relación con la tributación eclesiástica de 20 pesos que debía pagar cada buque a su salida de Valparaíso, la suprimió el Virrey del Perú, pero consiguió restablecerla un obispo de apellido Alday y consta que hasta 1796, la disfrutaba don Francisco Javier Palomera, presbítero de Valparaíso.

También era costumbre que los barcos que llegaban trajeran regalos al gobernador, entre los cuales un gran pan de azúcar, si

venían del Callao. Si arribaban desde Cádiz, el regalo tenía que ser más cuantioso.

PIEDRA BEZOARES

Se llaman así unas excrescencias que se desarrollan en los intestinos de los guanacos. Según la tradición mapuche, poseer una de ellas trae buena suerte. Esta creencia se traspasó a los españoles, llegó a la Península, penetró en la Corte y Carlos V también la empezó a usar, colgada al pecho con una cadena de oro. ¿Para qué querría más suerte ese dueño de medio mundo? Tal vez tanta geofagia no trae la felicidad.

El León, un navío que zarpó de Valparaíso en 1756, con destino a España, llevaba, según el manifiesto de carga, 3.260.560 monedas de oro y plata, 40 mil libras de cacao, 150 mil cascarillas, 442 kilos de lana de vicuña, 200 de bálsamos medicinales del Perú, 225 de piedras bezoares y 742 quintales de cobre y estaño.

¿Cuántos guanacos tuvieron que ser sacrificados para producir más de cien kilos de piedras bezoares?

TRAGEDIA DEL ORIFLAMA

El *Oriflama* venía con valioso cargamento a Valparaíso, avistó este puerto, se aprestaron a atracar, pero jamás pudieron hacerlo. El Valle del Paraíso no era para ellos.

Este buque había zarpado de Cádiz hacía cinco meses y se encontraba el 23 de julio a la vista de Valparaíso, pero en tan mal estado, que no podía "ganar su fondeadero". Habían muerto ya su cirujano y el sangrador y arrojado 78 cadáveres al agua. Sobrevivían hasta ese día 106 enfermos, especialmente por hambre. Sólo 30 marineros se mantenían en pie, pero eran incapaces de subirse a las cofias de los mástiles para manejar las velas. Ocurrió que en la tarde de ese mismo día se avistó una fragata que venía de Cádiz

llamada *El Gallardo*, cuyo capitán era don Juan Esteban Espeleta, quien resultó ser antiguo amigo del capitán del *Oriflama*, don José Antonio Alzaga.

Espeleta ordenó un disparo de saludo pero no fue respondido por el *Oriflama*, por lo que decidió aproximarse. Amanecieron los dos buques el día 24 a dos leguas de distancia. *El Gallardo* lanzó un bote con el segundo piloto y dos pasajeros. Sólo cuando éstos pisaron la cubierta se dieron cuenta del horror que allí reinaba. Regresaron rápidamente a su barco, Espeleta dispuso que se embarcaran toda clase de víveres para auxiliar a la tripulación. Pero cuando tenían los botes listos se levantó un viento furioso que impidió toda maniobra. Al caer la noche, los tripulantes de *El Gallardo* observaron que el *Oriflama*, arrastrado por el viento, navegaba hacia el sur. Hasta las diez de la noche se vieron sus luces encendidas. Esto fue lo último que se supo de ellos.

BAJO LA MIRA INGLESA

El almirante Murray y el brigadier Crawford, que se encontraban en la colonia inglesa del Cabo, recibieron órdenes del gobierno británico en octubre de 1806, para llevar al Pacífico una expedición de cuatro mil hombres, destinados a ocupar Valparaíso y Santiago, para cooperar con la revuelta emancipadora del vasallaje español. Y por qué no suponer que deseaban expandir su Imperio por estas tierras.

“Siendo Valparaíso el puerto de Santiago —decían las instrucciones dadas al general Crawford por el primer lord de la tesorería— del que se provee principalmente Lima de granos, y sabiéndose por las noticias más recientes que no tiene medios formidables de defensa, parece presentar el lugar más aparente para nuestro primer ataque” (VICUÑA MACKENNA).

PRECURSORES

En marzo de 1808, Diego Toro, como si fuera un empresario de nuestros días, remató el peaje del camino de Valparaíso a Santiago, con lo cual, se dice que acrecentó considerablemente la fortuna que poseía.

Otro precursor fue el ciudadano sueco Arnaldo Hoevel, quien ese mismo año hizo desembarcar en Valparaíso la imprenta en que poco después se publicaría *La Aurora*. Más tarde Hoevel se nacionalizó chileno.

ARMAS

En 1802, Ricardo Cleveland, natural de Salem, ancló con su buque, el *Lelia Byrd*, en Valparaíso. Se encontraban en el puerto, detenidos por las autoridades españolas, otros dos buques norteamericanos: el *Tryal* y el *Hazard*. Este último estaba muy bien armado y el gobernador Carrasco deseaba que el capitán Rowan le entregara cierto número de fusiles que necesitaba para la defensa del reino. Rowan se negó. Entonces Carrasco tomó treinta soldados y se dirigió al *Hazard*. Rowan levantó sus escalas, abrió los portalones de los cañones, tocó a zafarrancho y se dispuso a resistir. Carrasco mandó prender a todos los extranjeros y se preparó para asaltar el *Hazard*, ordenando al mismo tiempo que la fragata *Astrea* se pusiese al costado del barco americano. Pero el capitán de éste le ordenó a un marinero que subiese a las gavias y clavase el pabellón, signo de que jamás se rendiría.

Al cerrar la noche algunos centinelas percibieron movimiento de lanchas. A las dos de la madrugada, el *Hazard* fue tomado por 200 asaltantes que puñal y machete en mano saquearon el buque, llevándose todo el armamento que deseaba Carrasco.

Entretanto los dos propietarios de la *Lelia* habían sido apresados en tierra. Pasaron la noche en una celda, comidos por piojos y pulgas, acompañados por el Conde de Rosillon, un joven polaco

que había sido ayudante de Kosciusko durante la última insurrección de su patria, y que encontrándose sin recursos en Hamburgo se embarcó en la *Lelia Byrd* para correr la aventura.

“Ordenes jenerales y prevenciones para el caso de ser atacado el puerto de Valparaíso por los enemigos actuales de la corona”

Estas órdenes fueron dictadas en 1808. Se componían de 40 disposiciones que tocaban los problemas y temas más variados. Así por ejemplo, la número 19 decía: “El Capitán Comandante de Ingenieros, don Miguel de Atero, formará una compañía de gastadores de peones que se hallan actualmente trabajando en las obras del Rey y particulares procurando sean mineros, nombrando para sus jefes los sobrestantes ² que sean más aparentes; esta compañía que debe ocuparse en cortar caminos, segarlos y escarparlos y para cuyos objetos se le dará una razón ya formada de los útiles como Barretas, Combos, Palas y Asadones que existen en este vecindario, debe al toque de generala reunirse a la primera división situada en Barrio de Almendral en el Convento de Mercedarios.

La orden 20 agrega: “Para apostarnos y dominar las alturas y reunir la mayor fuerza, reunidas en sus quebradas arrastrando artillería, de las mismas Baterías, formarán un plan los Capitanes de Ingenieros, Artillería, y Capitán del puerto de los útiles precisos o equivalentes para un parque sacándolos de los Enseres del ramo de marina entre los Buques, y de los que pueda tener el Pueblo nombrados los oficiales de mar por el capitán del Puerto según sus conocimientos para estas operaciones.”

La orden 25 es drástica: “Tenga entendido todo comandante de Puerto, que cualquier puerto atacado debe ser defendido hasta el último Extremo, poniendo literalmente en ejecución lo prevenido en el Artículo 117 de las leyes penales y dicho Artículo se leerá y se les explicará a la tropa para que ninguno alegue ignorancia.” Este artículo establecía la pena de muerte para el militar que no combatiera hasta el final.

2. Sobrestante: persona encargada de dirigir a un grupo de trabajadores. Una especie de capataz.

NO SOMOS NADA

En el mismo momento en que llegaba a Valparaíso, enviada desde Santiago, el acta de constitución de la Primera Junta Nacional de Gobierno, el 19 de septiembre de 1810, moría en este puerto el virrey Avilés, que venía de Lima, de paso para España, con sus baúles cargados de monedas de oro y plata. Al sentirse moribundo dejó escrito su epitafio:

“Aquí yace el Marqués de Avilés, teniente jeneral de los reales ejércitos.

“Fue gobernador y capitán jeneral del reino de Chile y sucesivamente virrei de Buenos Aires y del Perú y hoi es pasto de gusanos.

“Mortales, en esto para la grandeza del mundo: Despreciad lo terreno y aspirad a lo eterno. Rogad por este pecador”.

LA INDEPENDENCIA DORMÍA

Mientras en Santiago se sucedían los agitados días previos a la primera Junta de Gobierno, en Valparaíso prácticamente no se tocaba el problema. Los comerciantes y por extensión los habitantes del puerto, mantenían ligazones estrechas de índole económica, comercial, naviera, de amistad, incluso familiar, con los de Lima. Muchas firmas porteñas eran parte de empresas limeñas.

El 19 de septiembre entraba con el caballo jadeante de cansancio a Valparaíso, deteniéndose a las puertas del Caracol, casa donde funcionaba el Cabildo, un mensajero, quien comunicó que se había formado una junta que había depuesto al presidente Carrasco, representante de España en el reino de Chile, aunque formalmente reconocía su dependencia de la madre patria.

Tuvieron que pasar seis días para que se firmara el acta en este puerto, agregando que se hacía para conservación de esta fiel porción integrante de la monarquía, a nuestro monarca el señor don Fernando VII.

En la misma sesión del cabildo se votó una suma de cien pesos para que en señal de regocijo se iluminara el pueblo por tres noches seguidas.

“La Declaración de Independencia había provocado en Valparaíso una euforia de esfuerzos —escribe el historiador Eugenio Pereira Salas—. Pasó a ser no sólo el centro de ese comercio de intermedios, con que surtíamos de blanco trigo y generoso vino la costa del Pacífico, sino que sus veleros cruzaban el inmenso océano y llevaban nuestros productos agrícolas y el cobre, a los mercados de Cantón y de Calcuta, de Hawaii y de Sydney, y a la recíproca llegaban a buscar la protección de Pancho —San Francisco del Barón— después de la odisea del Cabo de Hornos, no sólo los balleneros que inspiraron la célebre novela de Herman Melville, sino las fragatas de todas las naciones, hasta que el empeñoso Weelwright nos uniera con Europa, por el vapor de ruedas, que en 1840 batió rumoroso nuestras aguas.” (EUGENIO PEREIRA SALAS).

VALPARAÍSO EN 1812

“Esta ciudad está situada en una hermosa bahía, al pie de una hilera de cerros altos; tiene una calle principal, en la que se ven algunos hermosos edificios, habitados por la gente acomodada; las cabañas del pueblo se levantan en la falda de los cerros, dando al conjunto un pintoresco aspecto; como a un cuarto de milla de la ciudad se halla la aldea del Almendral, que, unida a aquélla, contendrán quizás cinco o seis mil habitantes. Las casas son generalmente de un solo piso, construidas con grandes adobes prefabricados con barro y paja, y con el suelo enladrillado.

“La bahía forma casi un semicírculo, y se halla al abrigo de los vientos, con excepción del norte y de los remolinos que de ordinario descienden de los cerros a la hora de la puesta del sol; por la mañana reina de ordinario una neblina, sin viento; en la playa se alza una gran cruz, erigida para conmemorar el naufragio de un buque de guerra español ocurrido algunos años atrás,

cuya tripulación (unos treinta hombres) pereció en su totalidad; fue aquélla una tormenta tan grande, que las olas dañaron al pueblo entero y los habitantes tuvieron que subirse a los cerros, desde donde presenciaron la fatal catástrofe, aunque sin poder prestar auxilio alguno a las víctimas". (SAMUEL B. JOHNSTON).

LECCIÓN DE DERECHO PÚBLICO

Estos sucesos ocurrieron durante la guerra de Inglaterra contra los Estados Unidos, de 1812 – 1815.

"Habían concurrido de nuevo al desastroso recurso de las armas la antigua madre Inglaterra y su altiva y recién emancipada hija norteamericana. Buscábanse sus respectivas naves en todos los mares para despedazarse, cuando en medio del contento que esparcía en Valparaíso la estadía del *Essex*, se vio con espanto en la boca del puerto aparecer en demanda de ella a la *Phoebe* y la *Cherub*, dos poderosos buques británicos de guerra, que, a todo trapo, tiraban a acortar las distancias para cañonearla.

"Hízose fuego desde tierra para indicar a los agresores, con los penachos de agua que levantaban las balas de nuestros castillos, hasta donde alcanzaba nuestra jurisdicción marítima y el propósito de sostener nuestra neutralidad en ella, lo que parecieron comprender los ingleses, pues ese día y el siguiente limitaron su acción a simples voltejeos fuera de tiro de cañón.

"Recuerdo que en la tarde del día 28 de marzo, cuando estaban en lo mejor vaciando algunas botellas en casa de los Rosales algunos de los oficiales de la *Essex* que habían bajado en busca de provisiones frescas, el repentino cañonazo de ésta les hizo a todos lanzarse a sus gorras, y sin más despedida que el fantástico adiós para siempre del alegre y confiado calavera, saltar, echando hurras en su bote.

"Muchas familias acudieron a los cerros para mejor presenciar lo que calculaban lo que iba a pasar, y vimos que la *Essex*, aprovechando de un viento fresco y confiada en su superior andar, se disponía a forzar el bloqueo, ya que no le era posible admitir el des-

igual combate que se le ofrecía, cuando las naves inglesas, temerosas de que se les escapase la codiciada presa, la atacaron en el mismo puerto. Faltóle el viento a la *Essex* en su segunda bordada, quedando en tan indefensa posición que llegamos a creerla encallada, y allí, a pesar de los disparos de nuestras fortalezas, para que los ingleses no siguieran su obra de agresión dentro de nuestras mismas aguas, fue la *Essex* despedazada y rendida.

“Tal fue la primera lección de Derecho Público, positiva y práctica, que me hizo apuntar en la cartera de mis recuerdos la culta Inglaterra, pues ni siquiera dio después al amigo, cuya casa había atropellado, la más leve satisfacción”. (VICENTE PÉREZ ROSALES).

PUERTO PESTILENTE

En nuestro siglo Talcahuano ha ganado fama de ciudad fétida, no por culpa de sus habitantes, sino por la maldita costumbre de miles y miles de jibias de ir a vararse a sus playas en determinadas épocas del año. Tanto es así, que don Tancredo Pinochet escribió que si había que ponerle un día una lavativa al mundo debería colocársela por Talcahuano.

Valparaíso sufrió también este mal en el siglo pasado.

En 1814 Vicente Pérez Rosales escribía: “Entonces como ahora, en los veranos, muchas familias de Santiago, por buscar expansión y mejor aire, trocaban las comodidades del aristocrático hogar, ya por las rústicas e incómodas ratoneras de sus casas de campo, ya por los no menos incómodos alojamientos que procuraban en los puertos marítimos, a donde acudían a bañarse, torear las olas, a ver los barcos y a recoger caracolitos para regalar a las amigas de Santiago.

“En pos de respirar más puros aires, encontrábase entonces mi familia respirando el que en aquella época corría en el desgredado Valparaíso; ambiente que, si entonces era hediondo, merece por lo menos el premio de la perseverancia, pues ha sabido conservar, si no aumentar, sus quilates hasta la época presente.”

Afortunadamente esto ya no sucede.

PUERTO Y ALMENDRAL

En el siglo pasado, se puede decir sin exageración, Valparaíso estaba dividido en tres partes: las casas y habitantes de los cerros y los del plan. El plan se subdividía, a su vez, en el Puerto y el Almendral, separados por la saliente de un cerro en cuya base se encontraba la famosa Cueva del Chivato y donde ahora se encuentra el diario *El Mercurio*.

Esta cueva fue todo un mito entre los porteños; algunos sostenían que tenía kilómetros de largo, que encerraba tesoros escondidos por los españoles cuando aparecían piratas y bucaneros.

En 1860, José Victorino Lastarria escribía sobre la mítica Cueva del Chivato: "...no ha mucho tiempo había al pie de un cerro de la ciudad de Valparaíso una cueva al parecer muy somera, pero que en realidad era honda como la eternidad. Esta cueva estaba situada en el centro de la población y en un paraje que era de paso obligado para todos los transeúntes, pues nadie podía ir del Puerto al Almendral y del Almendral al Puerto sin atravesar la estrecha garganta que formaba el cerro de la cueva con el mar, y sin mojarse a veces los pies en las olas que llegaban a estrellarse, en tiempo de crece, contra el morro".

Había que esperar la baja marea para cruzar por esa saliente. En las noches se tornaba muy peligrosa la pasada no precisamente por el mar sino por los delincuentes, lo que obligó a la policía a colocar un palo del cual pendía un farol de papel con una vela encendida. Más de alguna vez los ladrones se robaron el farol con vela y todo.

CORSARIOS CHILENOS

Para limpiar el mar y alejar el bloqueo de los puertos chilenos que hacían buques españoles, el gobierno chileno hizo publicar un bando por el cual autorizaba el corso de barcos con ban-

dera chilena. Por algo nos llamamos los ingleses de América del Sur.

Los comerciantes de Valparaíso, que eran los que sufrían más directamente el bloqueo, aplaudieron y apoyaron la idea. En septiembre de 1817 llegó a Valparaíso el barco mercante español *Minerva*. Dos marineros ingleses varados en Valparaíso compraron a crédito un lanchón de 10 remos, le colocaron una vela latina, se apertrecharon de sables, cuchillos, cuatro pistolas, agua y charqui. En la vela escribieron "Gloria o Muerte". Doce días más tarde apresaron de noche, por sorpresa, al *Minerva*.

Este trofeo los entusiasmó y navegaron hacia el norte en busca de nuevas presas, alcanzaron el barco español *Santa María* y se lo tomaron. Un tripulante chileno de este barco les informó que en el Callao se estaba preparando la expedición que el virrey enviaría para reconquistar Chile, al mando de Osorio. La noticia era muy importante y el capitán viró con sus dos barcos hacia el sur, entregó uno a las autoridades de Coquimbo, y continuó viaje a Valparaíso con el *Minerva*. Su información de la expedición realista española fue muy valiosa para el gobierno chileno.

Ese mismo año de 1817, don Felipe Santiago del Solar "para hacer el corso contra los enemigos de América y quemar, destruir, o apresar todas las naves enemigas de América y quemar, destruir o apresar todos los buques enemigos que se encuentren durante la guerra en los mares en que navegue el bergantín *El Chileno*, de mi propiedad, que he dispuesto armar con doce piezas de artillería y noventa hombres de tripulación."

Con este objeto *El Chileno* zarpó en noviembre de 1817 desde Valparaíso con rumbo al norte. Durante seis meses recorrió las costas peruanas y apresó la no despreciable cantidad de cinco barcos: *Saeta*, *Bolero*, *San Antonio*, *Diamante* y *La Inspectora*. De éstos trajo dos a Valparaíso y los otros los incendió.

Estos éxitos entusiasmaron a otros. En enero de 1818, el chileno Estanislao Linch pedía autorización para armar seis buques corsarios, bajo bandera chilena. Lo mismo pidió el argentino Felipe Arana, para dos barcos. Don Bernardo O'Higgins se las concedió y le otorgó el mismo beneficio a Manuel Antonio Boza, co-

merciante que poseía grandes bodegas de trigo en Valparaíso, quien fletó *La Furiosa*, que antes se llamaba *Nuestra Señora del Carmen*, y que llegó hasta Panamá, apresando a la fragata *Nuestra Señora de los Dolores* y el bergantín *Machete*, con los cuales se presentó en Valparaíso, el 15 de mayo de 1818, cuando aún se celebraba el reciente triunfo en Maipú. Diez días después *La Furiosa* se hace nuevamente a la mar, pero al cuarto día regresa a toda vela. A las alturas de Coquimbo se había encontrado con una escuadrilla española que llevaba prisionera a la goleta chilena *Abril*. A pesar de la enorme diferencia de fuerzas, *La Furiosa* quiso liberar a su compatriota y arremetió contra el bergantín *Veloz*, pero éste maniobró con mucha habilidad, lo que obligó a huir al barco chileno hacia Valparaíso.

El ministro de marina, José Ignacio Zenteno, envió al barco *La Fortuna*, al mando del capitán inglés James Mckay, a destruir la base naval que los españoles tenían en Panamá. El buque se batió con uno de los castillos que defendían el puerto hasta acallar cinco de sus siete cañones. Durante el combate, incendió el bergantín *San Miguel*, que estaba fondeado allí. Luego se retiró para desembarcar al norte una compañía de 200 soldados, con los cuales asaltó, saqueó, destruyó e incendió un pequeño pueblo panameño. De regreso a Valparaíso, frente a Guayaquil apresó al bergantín *El Gran Poder de Dios*. En Paita se apoderó de dos goletas que dejó en Coquimbo. A mediados de julio, *La Fortuna* entraba en Valparaíso cargada de valiosa mercadería y 22 mil pesos de oro y plata.

En octubre de 1818, salió de Coquimbo el bergantín *Bueras*, al mando del capitán escocés Juan Brown, propiedad del comerciante serenense Gregorio Cordovez. En una correría que duró cinco meses, apresó a la nave corsaria española *Los Angeles* y a los mercantes *María en Gracia*, *Manila* y *Ruperto*, a los cuales saqueó y luego incendió, por no poderlos marinear, esto es, hacerlos navegar con tripulantes de su causa. Un mes antes de entrar en Valparaíso apresó al bergantín español armado *Resolución*.

Los dos últimos corsarios chilenos que se hicieron a la mar en 1818 fueron el *Maipú* y el *Lanza Fuego*, de propiedad del vecino de

Valparaíso José María Manterola. El *Lanza Fuego* apresó a los buques *San Antonio*, *Providencia* y *Buena Esperanza*.

Otro corsario chileno, llamado el *Congreso*, que al parecer no tenía patente de corso en regla, apresó los bergantines españoles *Empecinado* y *Leal*, y las goletas *Golondrina* y *San Pedro Regalado*, todos los cuales los envió a Valparaíso.

RÁPIDOS CAMBIOS

“¡Qué vista tan diferente ofrecía Valparaíso al extranjero en 1817, de la que presenta hoy! Once años atrás, sólo se encontraban dos residentes ingleses en todos los puertos y ahora hay dos mil”. (...)

“Las provisiones eran muy baratas en ese tiempo, pero por causa de tantos extranjeros, los precios han subido en proporción”. (...)

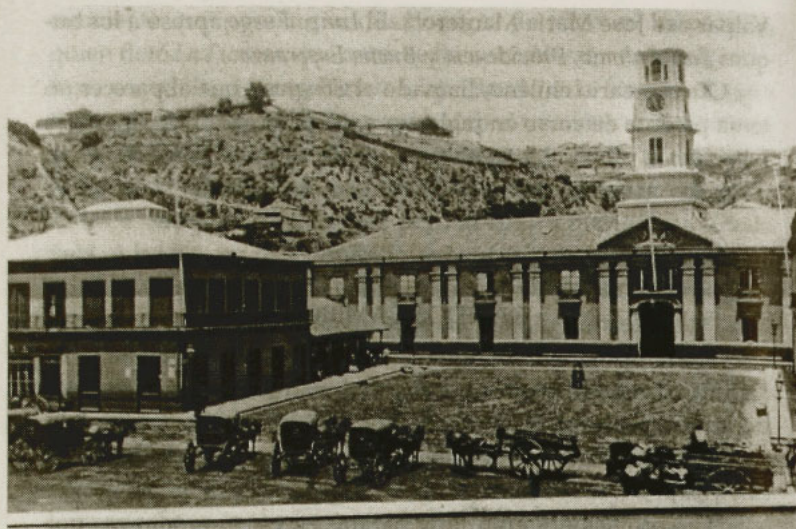
“Recuerdo un oficial de la fragata *Amphion*, allí presente, me dijo que su compañera después de bailar le había preguntado si había contratado ya alguna lavandera al mismo tiempo que le ofrecía sus servicios en caso negativo”. (SAMUEL HAIGH).

POBLACIÓN

En 1823 Valparaíso ya es considerada como una ciudad aparte de la capital, después de haber sido, durante cerca de tres siglos, solamente el puerto de Santiago.

En 1810 tenía unos cinco mil habitantes, y en 1823 veinte mil, de los cuales tres mil eran extranjeros. Existían algunas casas de tres y cuatro pisos. Se registraban 31 casas de comercio al por mayor. La marina contaba con 47 naves registradas entre barcos de guerra y mercantes.

La bahía se encontraba permanentemente con buques al an-



Arriba: Iglesia de la Matriz (1861)

Abajo: Barrio Bellavista a fines del siglo XIX

cla, nunca menos de sesenta. Existía un buen servicio de carena para las naves que venían de diversas partes del mundo.

En 1820 llegaron a Valparaíso 142 buques y en 1823 zarparon 333.

“No se necesita exponer mayores datos para ver el progreso colosal que había alcanzado el puerto en los ocho o nueve años de gobierno republicano, o sea de absoluta libertad de comercio, con nuestro mar despejado.” (AURELIO DÍAZ MEZA).

BOLSA DE COMERCIO

Un soldado español, Antonio Arcos, desertor de la batalla de Chacabuco, fundó, en 1819, la Bolsa de Valores de Valparaíso, la primera en el país. Ésta se ubicaba frente al muelle de pasajeros, donde ahora está el monumento a Prat, en la plaza Sotomayor.

EXPEDICIÓN LIBERTADORA

Francisco A. Encina, en su *Historia de Chile* reproduce una vivaz imagen de los preparativos de la Expedición Libertadora en Valparaíso, escrita por el general Miller: “Era —dice— un espectáculo tan tierno como imponente el que ofrecía la bahía, casi solitaria en otros tiempos, y ahora cubierta de buques en cuyos mástiles flotaba la bandera chilena, así como la llegada de los cuerpos que venían de sus acantonamientos al son de músicas militares, por entre una muchedumbre que llena de entusiasmo y de contento, los aclamaba y bendecía (...) Muchas mujeres, que en otras campañas habían participado de la suerte próspera o adversa de sus maridos, por una orden que no tuvo excepción, estaban ahora obligadas a quedarse en tierra. Sus despedidas y lamentaciones, acompañadas del llanto de los niños, daban un gran interés a la escena y enternecían el corazón.”

La expedición libertadora del Perú, cuya idea había surgido en 1813, fue abandonada por Argentina debido a su caótica situación política interna. Sin embargo, por la voluntad y obstinación de O'Higgins fue preparada en Chile. Contaba con 4.642 soldados, de los que 4.000 eran chilenos, de éstos la gran mayoría eran porteños. De la oficialidad, el 40% eran argentinos. El 20 de agosto de 1820 zarpa de Valparaíso la expedición, bajo bandera chilena. Fue éste un esfuerzo extraordinario que realizó el país.

La víspera del zarpe, el día 19, el general San Martín recorrió la bahía en una falúa de gala, visitando los diversos buques en medio de un entusiasmo indescriptible. Los vivas a la patria atronaban. A las 2 P.M., la *O'Higgins*, que enarbolaba la insignia de Lord Cochrane, comandante en jefe de la escuadra, inició la marcha, seguida de la *Lautaro* y la *Galvarino*. "El viento sur hinchó las velas, como si también se hubiese doblegado a los inauditos esfuerzos de O'Higgins y de Zenteno. Cerraba la retaguardia el navío *San Martín*, que conducía al generalísimo de tierra y de mar.

"La escuadra llevaba a bordo toda la sustancia del pueblo chileno. Quince años más tarde, aún no se reponía del agotamiento originado por un esfuerzo tan excesivo, que se nos representaría como imposible, si los documentos no lo testificasen". (FRANCISCO ANTONIO ENCINA).

A CABALLO Y EN CARRETA

Los viajes entre Santiago y Valparaíso se hicieron a caballo durante toda la Colonia. Sólo a comienzos de 1821, las exigencias de los viajeros llevaron a dos ingleses a construir un carromato para transportar pasajeros regularmente entre las dos ciudades. En una semana hacían el viaje ida y vuelta. Al mismo tiempo, a través de estos carrmatos se estableció el correo.

EL BUEN VESTIR

El Cabildo de Valparaíso, en 1822 tomó el acuerdo de uniformar al personal que trabajaba en este organismo, debido a la diversidad del vestuario con que se presentaba a trabajar: "Deseosos de dar al cuerpo toda la importancia que corresponde a su magistratura, a la mayor brevedad sea uniformado el cuerpo de la forma siguiente: vestir negro entero, compuesto de casaca redonda, chaleco y calzón corto, media y zapatos con hebilla, sombrero armado con escarapela, espadín y bastón con borlas".

NUEVAMENTE UN TERREMOTO

El 19 de noviembre de 1822, a las 10 y media de la noche se produjo un terremoto que sacudió a Valparaíso durante tres minutos, con una violencia extraordinaria, acompañado con un ruido como un trueno prolongado. La ciudad quedó en ruinas.

"Nadie sabía dónde ponerse en salvo, ni acertaba a hallar un camino seguro en las calles y callejuelas, cuyas paredes caían al suelo o amenazaban caer, y cuyos pisos estaban sembrados de escombros. El mar violentamente agitado, por tres veces consecutivas se retiraba y volvía a ganar su lecho formando una ola de cerca de doce pies de alto" (...) "Los buques fondeados en el puerto sufrieron también un gran sacudimiento: sus cañones saltaron de las cureñas" (...) "se restableció una tranquilidad relativa en el mar, y esos barcos pasaron a ser esa noche y los días subsiguientes el asilo de numerosas personas que habían quedado sin habitación. Muchos de los pobladores de la ciudad, en medio de la más azarosa perturbación y de una ansiedad indescriptible por no conocer el paradero de los suyos, corrían desolados hacia los cerros donde creían hallarse más seguros" (DIEGO BARROS ARANA).

En este terremoto resultó herido Bernardo O'Higgins, quien se encontraba en el puerto. No obstante tomó diversas medidas para superar la catástrofe; entre otras, colocó guardias para impe-

dir los robos en las casas y almacenes. Llamó a Santiago a Alberto Bacler de Albe, para encargarle que trazara calles más regulares y espaciosas en los barrios que debían ser reconstruidos. Los acontecimientos políticos que se desarrollaron poco tiempo después, que culminaron con la abdicación de O'Higgins, impidieron que se realizara en vasta escala este plan.

"El vicealmirante Cochrane, que estaba a bordo de la fragata *O'Higgins*, bajó inmediatamente a tierra con algunos marineros para prestar los auxilios posibles, y aunque entonces sus relaciones con el director supremo eran muy tirantes por consecuencia de las dificultades nacidas de la liquidación de los sueldos de la escuadra, se mostró particularmente amistoso y deferente con éste, queriendo llevarlo a bordo para cuidarlo. O'Higgins, sin embargo, prefirió quedar en tierra, y eficazmente ayudado por el jeneral Zenteno, tomó mil medidas para restablecer la tranquilidad" (...) "...la inmensa mayoría del pueblo, excitada por el fanatismo tradicional y por las predicaciones religiosas, veían en el terremoto un evidente castigo del cielo por los pecados públicos y por la implantación de reformas políticas o civiles que contrariaban el antiguo régimen social y teocrático de la Colonia. En Valparaíso algunos frailes ignorantes preparaban una representación popular al Gobierno en que se le pedía la inmediata expulsión de los herejes ingleses y norteamericanos, cuya residencia en Chile era causa, decían, de que Dios enviase tales calamidades a este país. Así en Valparaíso como en Santiago, se decía con más o menos franqueza y hasta en el púlpito, que la impiedad del gobierno, la protección que éste dispensaba a los extranjeros y muchas de las reformas iniciadas o llevadas a cabo, habían excitado la ira divina a azotar este país con tan tremenda catástrofe" (DIEGO BARROS ARANA).

El fanatismo religioso llegó a extremos increíbles. En este mismo año de 1822, María Graham, en su *Diario de mi residencia en Chile* escribía: "Separado del cementerio católico romano, solamente por una muralla, se encuentra un sitio destinado para los herejes para sus sepulturas, o más bien dicho, que se ha permitido que compren los herejes. Hasta hace poco, todo aquel que no tenía permiso para ser sepultado en los fuertes donde podía que-

dar resguardado, prefería ser arrojado al mar; ocurrieron muchos casos de herejes sepultados en la playa, que los fanáticos del pueblo exhumaron después, dejando los restos a merced de las aves y animales de rapiña."

Ricardo Longeville Vowell, en sus *Memorias de un oficial inglés*, también se refiere a este sismo con dramáticas frases: "...vino acompañado de ruidos espantosos, parecían más bien descargas de truenos subterráneos, como el de los torrentes que van arrasando en su curso desenfrenado piedras de gran tamaño; y en momentos por terribles sacudones, como si grandes capas de granitos fueran removidas de bajo de los cerros. Además de esto, el estruendo de las iglesias y otros edificios que se venían al suelo, los gritos de los habitantes despavoridos y los aullidos de los perros, que pululaban por las calles, formaban un concierto terrorífico que los que nos hallábamos a bordo y relativamente fuera de peligro, no podíamos oír sin estremecernos".

Más adelante agrega: "Y esta calamidad no se limitó a Valparaíso, pues no hubo ciudad o aldea que no sufriera, poco o mucho, a causa del terremoto. Como las granjas inmediatas a la costa, y especialmente las vecinas al puerto, habían sido casi en su totalidad arruinadas, no se pudo llevar de ellas provisiones a la ciudad y se produjo la escasez más grande, sobre todo en las clases pobres, que carecían de los medios para enviar a ellas en busca de alimentos.

"Hubo necesidad de que el Gobernador apostase centinelas en los pocos hornos de hacer pan que escaparon de la destrucción general para evitar que el populacho hambriento se apoderase de ellos y se comiesen las hogazas a medio cocer. También se vieron obligados los hoteles ingleses y franceses, que se habían ingeniado para proporcionar pan a sus huéspedes. Los corredores fronterizos de estas casas se veían llenos durante todo el día de mujeres —algunas de aspecto muy decente— que se asomaban a las ventanas, llevando en brazos a sus hijuelos, pidiendo para ellos un pan con que alimentarlos.

"Como en los cerros vecinos no había árboles y sólo unos cuantos matorrales en las quebradas, con dificultad conseguían algunas ramas con que formar cobertizos para defenderse siquiera

del sol. Para colmo de estas miserias, se descargó una fuerte lluvia, tan inusitada en esta época del año, y continuó con ligeras interrupciones casi toda la noche, hasta formar torrentes que descendían de los cerros y que arrastraron camas y mobiliarios de los que se habían recogido entre las ruinas." (...)

"Destacamentos de marineros fueron inmediatamente despachados a tierra de todas las naves, para protección de la aduana y los almacenes medio arruinados de las principales casas de comercio nacionales y extranjeras. En el desempeño de estas funciones tuvimos amplia oportunidad de presenciar los horrores de un temblor de primera magnitud, como ciertamente era éste. Muchos de los moradores fueron muertos en el primer momento en sus lechos. Otros, que habían logrado salir fuera de sus casas, fueron aplastados por los maderos y murallas que se desplomaban, al tratar de escapar en las calles. La confusión era tremenda: todo espacio abierto se veía lleno de gentes, sobrecogidas por el terror, la mayor parte medio desnudas, porque la mayoría había saltado de sus camas a la primera alarma, sin tener después posibilidad de buscar sus ropas. Continuaban vagando sin objeto determinado, golpeándose el pecho y rezando en alta voz; muchos de ellos, tratando de averiguar, en agonías de temor, el paradero de sus padres e hijos. A la vez, bandas de "rotosos" merodeaban por las calles desiertas, aprovechándose de la ocasión para saquear las casas. Muchos de estos malvados fueron encontrados después enterrados entre las ruinas, conservando todavía en su poder los objetos de diversa índole que habían robado. Para aumento de los horrores de esa noche, se produjeron varios incendios en diversos puntos del Puerto y en el Almendral, a consecuencia de la caída de los techos secos de los ranchos sobre los fogones (...)"

"A bordo de las naves el temblor se sintió con mucho más fuerza de la que es posible imaginar, pues fueron sacudidas como si hubieran estado golpeándose sobre escollos, con una sensación semejante a la que pudieran producir barriles llenos de agua que rodaran sobre cubierta; a la vez que al mismo tiempo las cadenas de las anclas sonaban con estrépito. El mar hervía en una serie de olas cortas como el torbellino que causan dos fuer-

tes corrientes al encontrarse. Las lanchas que se empleaban en la bahía para cargar y descargar las naves, y que se hallaban fondeadas como a cien yardas del desembarcadero, quedaron de repente en seco, (...) se levantaron varios barcos de arena y el sondaje quedó de hecho cambiado (...) Un brillante meteoro pasó sobre Chile durante la noche, lo que vino a aumentar en extremo la alarma de los aterrorizados habitantes. Amaneció por fin, pero fue para mostrar el triste espectáculo de la desierta y arruinada ciudad. Se veía a la gente en grupos desolados acampar en los cerros, sin abrigo suficiente; y como las sacudidas se sucedían continuamente, resultaba en extremo peligroso aventurarse entre las casas desplomadas en busca de cualquier cosa. Muchos, sin embargo, desafiaron el peligro, procurando descubrir entre las ruinas los cuerpos despedazados de sus amigos que habían perecido; en tanto que otros se ocupaban en reunir ropas y otras especies que pudieran serles útiles en los campamentos que formaron en los cerros”.

AGUAS Y AGUATEROS

Antes que se instalara el agua potable, los hogares de Valparaíso se surtían mediante los aguateros que con sus mulas la acarreaman del manantial de las quebradas. La bestia llevaba al lomo dos pequeñas barricas, una a cada costado, y el aguatero sentado en ancas. Los más pobres y más cercanos a la quebrada se surtían por sí mismos.

Durante mucho tiempo el suministro de agua a la población alta de Valparaíso ha constituido un problema. Cuando decimos alta no nos referimos a los que poseen más dinero, sino a los que viven en las partes más encumbradas de los cerros. El agua llegaba en virtud de las leyes de gravedad y de los vasos comunicantes a toda la población. Había grandes estanques en los cerros. Recuerdo el del cerro Larraín. Para llegar a él era necesario caminar un largo trecho desde las últimas casas, hasta sus altos muros de concreto. Pero décadas después, las casas continuaron cons-

truyéndose y sobrepasaron largamente dichos estanques que se llenaban con el agua del lago Peñuelas. Pero la población continuaba creciendo y Peñuelas ya no daba abasto, menos aun en los tiempos de sequía. Se trajo agua de Con Con, impulsada por poderosas bombas, pero al cabo de un tiempo tampoco fue suficiente. Entonces se descubrieron y utilizaron las napas subterráneas de Llay-Llay.

Hace siglo y medio o un poco más el agua no faltaba en Valparaíso. María Graham escribía en 1822 que "El agua no escasea en los alrededores de Valparaíso; pero está muy mal distribuida para servir a las necesidades domésticas y para la aguada de los buques de la bahía. La fuente más cómoda es un bonito y abundante estero que va a desembocar en el extremo de la bahía, pero corre inmediato al hospital, por lo que le tienen cierta prevención. Además he oído decir que el estero no tiene agua constantemente. Hay otros que no tienen ese defecto, en los cuales se paga una pequeña suma por cada vasija, grande o chica, que se llena y me parece que los buques de guerra ingleses comúnmente surten sus estanques aquí".

AGUA

"El agua dista de ser buena, y resulta difícil de obtenerla, pues toda la que se gasta en el puerto se compra a los aguateros, que la bajan a hombros en pequeños barriles desde lo alto de las quebradas, más arriba de donde se hallan las lavanderías de las mujeres. Estas quebradas tienen una producción muy precaria, estando casi secas en el verano, y tan turbia en la estación lluviosa, que con frecuencia resulta el agua inadecuada para el uso. Los buques se proveen de ella generalmente en el Almendral, donde existe un pozo de propiedad de un inglés, del que se saca el agua por medio de una rueda que mueven peones colocados en su interior." (RICARDO LONGEVILLE VOWELL).

Seguramente en aquella época resultaba más barato el trabajo de un conjunto de peones porteños que el de un burro.

PERROS QUE PRODUCEN AGUA

El agua se lleva a los buques en tanques, éstos se llenan mediante una "rueda de molino que funciona tirada por los perros, para cuyo objeto se cogen y enganchan los perros que andan vagabundeando por la ciudad. Afortunadamente se puede echar mano de un gran número de ellos, pues, por el aspecto que presentaban los desgraciados quiltros que vi trabajar, estoy seguro que estaban resueltos a no dejarse atrapar por segunda vez." (FEDERICO WALPOLE).

PIANOS

La música de los pianos surgía de todos los cerros. Se escapaba por las ventanas abiertas, animando y aliviando al caminante su lento trepar de cuestras. Decía María Graham: "Es asombroso el número de pianos importados de Inglaterra. Casi no hay casa en que no haya uno, y el gusto por la música es excesivo: muchas jóvenes tocan con destreza y gusto aunque pocas se dan el trabajo de aprender con método, y se confían enteramente al oído".

INGLESES

Por ese mismo tiempo, en 1822, María Graham hacía notar también la abundancia de hijos de la vieja Albión en Valparaíso: "Hay establecidos aquí algunos artesanos alemanes y se hace notar principalmente un hábil herrero y veterinario, un tal Frey, cuya hermosa y aseada casa, con su taller y su jardín, es un excelente modelo para los chilenos que surgen.

"En todas las calles se ven carteles de sastres, zapateros, tala-barteros y posaderos ingleses, y la preponderancia del idioma

inglés, sobre todas las demás lenguas que se hablan en la calle, lo harían a uno creer en una ciudad de la costa inglesa."

COMERCIO Y TURISMO

Los barcos que salían y llegaban a Valparaíso incrementaban año a año su número, ya no sólo llevaban comerciantes sino también turistas que deseaban conocer los países tropicales. En 1820 llegaron y zarparon de Valparaíso 103 barcos, en 1823 ascendieron a 333.

Los barcos mercantes no contaban con instalaciones que dieran alguna comodidad a los pasajeros; éstos se acomodaban en la mejor forma posible sobre la dura cubierta, pero bajo carpas para guarecerse del sol o de la lluvia, además debían prepararse su propia comida. Para afrontar estas deficiencias, un comerciante italiano de nombre Pedro Alessandri, ideó el proyecto de fletar un barco que hiciera regularmente la carrera Valparaíso - El Callao que fue acogido con entusiasmo por el gobernador de Valparaíso, don José Ignacio Zenteno. La idea sólo pudo concretarse cuatro años más tarde —en 1827— cuando el bergantín de guerra *Terrible* pasó a llamarse *Volador*. Al centro de la cubierta colocó una carpa que sirvió de comedor común y en el entrepuente la cocina. Por primera vez en estos mares, el armador servía comida a los viajeros, con derecho a media botella de vino. El empresario Alessandri se comprometió a realizar seis viajes redondos por año. El primero se inició el 13 de octubre de 1827 de Valparaíso al Callao, con todos sus camarotes ocupados y 62 pasajeros pobres sobre cubierta y en los entrepuentes.

Alessandri se transformó en un rico armador y comerciante. Esto envalentonó a otros navieros. Uno de ellos fue don Tomás Brown, vecindado en Valparaíso, que estableció la carrera de un velero de Concepción hasta Panamá y Acapulco, llevando pasajeros y carga.

PRIMERA NAVEGACIÓN A VAPOR

Es significativo el hecho que Guillermo Wheelwright, uno de los hombres más visionarios de su tiempo, escogiera a Valparaíso para fundar la Compañía de Navegación a Vapor del Pacífico, o sea la actual Pacific Steam Navigation Company, en 1835, cuando todavía en Europa se miraba con desconfianza el nuevo sistema de propulsar las naves.

Estos hechos y muchos otros parecieron indicar que en los primeros años de su vida independiente, Chile había encontrado su conciencia de nación marítima. Dos compañías de navegación internacional, que operaban desde hacía años, se fusionaron para fundar en 1827 la Compañía Sudamericana de Vapores, con servicio regular hasta Panamá.

Antes que ella existía, también con sede en Valparaíso, la Compañía Naviera Arauco.

UNA CASA DE VERDAD

“La principal calle del puerto que generalmente se considera como tal es la que se extiende desde el Resguardo o Aduana hasta el Arsenal, es la Planchada, que corre paralela a la playa. En este lugar, antes del terremoto (mencionado más arriba) existía una sola casa que mereciese el nombre de tal, edificada que fue por Mr. Price, un comerciante inglés. Los extranjeros han dado el ejemplo a los del país de edificar en esta parte casas de dos pisos, que ofrecen la más agradable vista. Hay ahora aquí una serie de casas adornadas de balcones y con almacenes en el piso bajo. El mar se ha retirado bastante, después del terrible cataclismo de 1822³ y, además de eso, los propietarios de las casas colindantes con los cerros mantienen todo el año cuadrillas de peones que van

3. No es que el mar se retire en forma permanente, sería un absurdo científico sostenerlo. Es la tierra que se eleva o se hunde con los grandes cataclismos.

excavando el cerro al fondo de los patios, pues muchas de las casas fueron originariamente levantadas al pie del mismo cerro. Con las piedras y escombros sacados de este modo y que han sido arrojados a la playa se han formado montones de tierra hasta una distancia en que anteriormente solían estar amarradas las embarcaciones pequeñas. Muchas de las casas de importancia en esta parte de la ciudad han sido edificadas en terrenos ganados al cerro o el mar." (RICARDO LONGEVILLE VOWELL).

QUEBRADAS

Este mismo oficial inglés destaca una de las características específicas de Valparaíso, sus quebradas, sin ellas no habría cerros y viceversa. Señala que existen numerosas quebradas "que se internan bastante en la montaña y por las cuales descienden corrientes de agua, que quedan casi en seco en el verano, pero que suelen causar considerables perjuicios en el invierno, por lo repentino y violento de sus creces (sic). Anualmente son destruidos así muchos ranchos y se pierden no pocas vidas, porque, a pesar de su reiterada advertencia, los habitantes vuelven a edificar en la primavera próxima, en los mismos sitios en que vieron ser barridas sus cabañas. Todas las quebradas están densamente pobladas, especialmente por lavanderas, gremio que abunda notablemente en Valparaíso".

VISIÓN DE DARWIN

Fue por la década de los 40 del siglo pasado cuando Darwin pasó por Valparaíso y así lo describió: "La ciudad se alza al pie de una cadena de colinas bastante escarpadas y que tienen alrededor de 1.600 pies (480 metros) de altitud. Debido a esta situación, Valparaíso no consiste sino en una larga calle paralela a la costa; pero cada vez que un barranco abre el flanco de las montañas, las

casas se amontonan a uno y otro lado. Una vegetación muy pobre cubre esas colinas redondeadas y los lados rojos vivos de los numerosos barranquillos que las separan, resplandecen al sol. El color del terreno, las casas blanqueadas con cal y cubiertas de tejas, me recordaban mucho a Santa Cruz de Tenerife."

PARA NO CAERSE AL AGUA

También, por la década de los 40 del siglo pasado, se estableció, en la "Perla del Pacífico", como gustaban llamarla los porteños, Simón Rodríguez, que había sido maestro de Simón Bolívar. Rodríguez decía que en la estrechez insubsanable de esta orgullosa república, era preciso "agarrarse a la cordillera para no caerse al mar."

Hace poco un futbolista argentino corroboraba la afirmación de Rodríguez al decir que en Chile si se chuteaba muy fuerte, la pelota iba a dar al océano Pacífico.

JULIO 6 DE 1843

Así titula Jotabeche un artículo sobre Valparaíso, del que reproducimos un trozo: "Vamos adelante. Pero ¿quién diablos puede ir adelante, adelante en este Valparaíso?, ¿adónde irá que no estorbe?, ¿adónde irá un pobre provinciano acostumbrado a marchar por las calles de su tierra sin que ningún cargador amenace aplastarlo con un fardo, sin tener que cederle el paso a un carreton, sin que lo empuje un gringo, lo repele otro gringo, le codee un tercero, se le venga encima un cuarto y le atropelle un quinto y un sexto? ¡Cuidado señor! aquí; cuidado señor más allá, cuidado señor por delante, ¡cuidado señor! por detrás, ¡a un lado! y le dan a usted un empellón; ¡quitarse del camino! y por lo pronto le quitan a uno el sombrero, que rueda por otro camino donde acertaba a pasar las patas de un caballo a la rueda de un ómnibus."

DAGUERROTIPOS

Valparaíso, como en tantas otras cosas, es la primera ciudad chilena que ostenta un taller de daguerrotipos. En el mes de octubre del año 1843, aparece en el diario *El Progreso* de este puerto un aviso ordenado por Phologone Daviette, francés instalado en la calle Chacabuco N°42: "Artista fotográfico recién llegado de París; ha perfeccionado la invención del célebre Daguerre y cobra de 6 a 8 pesos por retrato fotográfico". Y agrega "que se ha dedicado particularmente a lo más difícil del arte y se ofrece a la disposición del público para retratar con una perfección que nunca podrán igualar los mejores artistas pues los caprichos de la naturaleza están reproducidos con la más rigurosa exactitud."

En marzo de 1844 abre sus puertas en la calle San Francisco, en Valparaíso, la tienda de Mr. Hulliel, representante de los daguerrotipistas M. Leberous, de París, y Claudet, de Londres.

José Dolores Fuenzalida fue el primer daguerrotipista chileno. Abrió su estudio en 1845 en la calle Clave N° 81 de Valparaíso.

Pronto se establecieron los hermanos Helsby, donde acudía a "daguerrotiparse" toda la numerosa colonia inglesa de este puerto. Llegó a constituirse en un centro de reunión que llamaron *Helsy's Corner*.

LAS SIRENAS

Un viajero francés, Max Radiguet, visitó Valparaíso en 1847 y escribió: "Por donde quiera que haya una puerta o ventana, puede notarse, sentadas sobre el umbral de las unas o inclinadas sobre las otras, algunas niñas de caras fresca y sonriente, cuya negra cabellera adornada con flores, descende en ondas abundantes sobre una espalda perfecta; después, en segundo término, se percibe una vieja o más bien una bruja, de tinte pálido, de perfil burlesco, masticando, sin cansarse, algún pedazo de cigarro apagado. "Un guiño de la muchacha y un saludo de la vieja, acompañado de esta expresión hospitalaria: "La casa a disposición de usted",

atraen al marinero a un antro más peligroso que el de las sirenas; los roles de tripulación constatan este hecho, agregando al nombre de la víctima por todo comentario estas tres palabras: desertado en Valparaíso.”

Sin duda hay bastante exageración en tales afirmaciones de este viajero. Es insostenible imaginar que todas las prostitutas de Valparaíso fueran asesinas.

ILUSTRES ARGENTINOS FUNDAN UN PERIÓDICO

En Valparaíso vivían ilustres exiliados argentinos, que habían huido de la tiranía de Rosas; entre éstos Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi, que acometieron la ardua tarea de fundar un diario. Este salió a la luz pública con el nombre de *El Comercio de Valparaíso*, el 20 de noviembre de 1847, tuvo una fecunda vida y contribuyó al desarrollo del puerto.

APORTES DE UN BIBLIÓFILO

Otro de los intelectuales argentinos que el exilio trajo al país fue el bibliófilo Gregorio Beeché. Apenas se estableció en Valparaíso, comenzó a poner en práctica su afición. El momento era propicio, ya que en el puerto abría una librería el que fue después el célebre Manuel Rivadeneira, editor de la monumental Biblioteca de Autores Españoles. Esta librería fue adquirida posteriormente por José Santos Tornero, quien amplió su campo de acción, vendiendo libros no sólo en Valparaíso, sino en todo Chile e incluso en el extranjero.

Sostiene Guillermo Feliú Cruz que la biblioteca de Beeché contaba con cerca de 100.000 volúmenes y se encontraba en el Instituto Nacional. En 1927, durante la dictadura del general Carlos Ibáñez, su ministro de Educación, el abogado Pablo Ramírez, ordenó verbalmente desalojar los libros, repartiéndolos sin orden

ni concierto, al lote, en diversos liceos. El edificio donde se ubicaba fue demolido para hacer una piscina que nunca funcionó.

MUJER-HOMBRE

Sensación causó en Valparaíso la presentación de la dama Teresa Rossi actuando como hombre el domingo 19 de febrero de 1848, en el papel de Orsino en *Lucrecia Borgia*. Fue la comidilla de las tertulias durante semanas.

Alrededor de un siglo después asistí a la representación de *Hamlet*, encarnado éste por Margarita Xirgú, en el Teatro Victoria. Debo confesar que no me gustó. No podía dejar de mirarle los pechos, bastante crecidos para ser de este pobre *Hamlet*, a pesar de estar bastante ceñidos por una especie de peto que parecía metálico.

LAS NARANJAS JUGUETONAS (1851)

Paul Treutler, en *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)*, dice: "Cerca de las 8 horas llegó a bordo el capitán del puerto, con los funcionarios de la aduana, y después de haber examinado los documentos y las mercaderías y de habernos deseado una feliz estada en el país, con una copa de jerez, nos abandonaron de nuevo, para visitar otros buques llegados en esa madrugada, después de lo cual pudimos dirigirnos a tierra. Pero apenas se habían alejado los funcionarios, cuando atracaron nuestro buque, con la mayor presteza, numerosos chilenos de ambos sexos que lo habían rodeado hasta entonces con sus botes. Se apresuraron tanto en llegar a bordo que una joven vendedora de naranjas se precipitó con su canasta al agua, para regocijo de todos; pero como nadaba volvió a aparecer pronto, y se afirmó con tanta fuerza en uno de los botes pequeños en que se encontraban los burladores, que la embarcación se vol-

có y sus tripulantes tuvieron que acompañarla en las olas, después de lo cual fueron extraídos del agua, con gran jolgorio colectivo”.

ASESINATOS (1851)

Pero no todo era risas ese año en Valparaíso. Existía la cara opuesta de la moneda, terrible y atemorizadora como lo estampaba Paul Treutler: “Los delitos de robo y hurto eran muy raros, pero por desgracia, eran frecuentes los asesinatos por celos, venganza o riñas cometidas, casi siempre en estado de ebriedad. Los criminales eran fusilados públicamente. Una prueba de que no se temían los robos y hurtos, es que las puertas de las casas se encontraban casi siempre abiertas. Pero se trataba, al mismo tiempo, de una medida de precaución contra los frecuentes temblores y terremotos, pues permitía salir rápidamente al aire libre”.

LOS DESCONOCIDOS DE SIEMPRE

El hecho de ser tan poco frecuentes los robos y hurtos, provenían en especial de que todo aquel que deseaba ocuparse, no sólo encontraba trabajo, sino que se le pagaba un elevado jornal. Una medida sabia consistía en arrestar a los vagos y ociosos y obligarlos a realizar trabajos públicos. También se castigaba públicamente a los ladrones, con 50 azotes que les aplicaba el verdugo en el mismo lugar donde habían cometido el delito. “Con este motivo corría la sangre casi a torrentes.”

Y SE HIZO LA LUZ

En 1851 ya existía luz a gas en Valparaíso, las calles estaban pavimentadas y tenían veredas, de tal modo que los transeúntes ya no corrían el peligro de ser atropellados por burros, caballos o carretones.

La luz fue trepando desde el plan (el Puerto, el Almendral y el Barón) hasta las cumbres. Paul Treutler, que vio correr torrentes de sangre, ahora se emociona líricamente cuando dice que Valparaíso "ofrecía de noche un magnífico golpe de vista, cuando se reflejaban miles de lámparas a gas en el Océano Pacífico."

MENDIGOS

A pesar de las afirmaciones de Treutler que reproducimos más adelante, para Federico Walpole los pordioseros y menesterosos constituyen una característica endémica del puerto. "En Valparaíso ni en todo Chile hay leyes para los pobres. Todo el que quiera trabajar encuentra en cualquier momento un empleo; pero los mendigos, pobres seres mutilados, le salen a uno al paso por todas partes, mostrando sus heridas y deformaciones con tanta insistencia hasta obtener una limosna. Muchos tienen autorización de la municipalidad para mendigar y llevan un rótulo colgado al cuello, con el nombre del municipio. El transeúnte, sin embargo, es a menudo importunado por hombres y mujeres robustos y sanos que le piden limosna y cuyo único derecho a la caridad parece consistir en que la naturaleza los hizo incurablemente perezosos."

SUBESTIMACIÓN

"La ópera fue construida por especuladores y es un edificio hermoso y bien proporcionado, aunque muy grande para Valparaíso.

La compañía es buena y ha venido de La Habana y Europa, representando durante el viaje. Además de esto, hay un salón para conciertos y bailes." (FEDERICO WALPOLE).

CHINGANAS

Prosigue el marino inglés: "Entramos a la Chingana, un centro de diversiones nocturnas de la clase baja, muy al estilo *hops* en Inglaterra. Vale la pena ver una vez la manera salvaje de beber y las danzas nacionales. La Chingana se efectúa en el patio rodeado de corredores de la casa; hay mesas servidas con chicha, mosto y aguardiente, galletas y pan. La entrada vale dos chelines, incluyendo el precio del licor. El baile favorito es la zama-cueca. Los músicos son una mujer que toca en un arpa muy larga, uno de cuyos extremos está apoyado en su pecho y el otro muy lejos en el suelo. Dos niñas la acompañan con instrumentos parecidos y las tres cantan. Casi todos los espectadores se asocian con sus pal-moteos."

AGUJERO HORRIBLE

Valparaíso no es para todos los viajeros el Valle del Paraíso; así, el ya citado teniente de marina dice que "Valparaíso es, por cierto, el agujero más horrible de las costas del mundo, a excepción de uno o dos fuera de él, que se encuentran cerca. La bahía es, además, sumamente insegura durante muchos meses del año. Sin embargo, debido a su posición, es el primer puerto comercial de Sudamérica." (...) "Dado el carácter cosmopolita de la población—formada por las escorias de todas las naciones— las calles, hasta hace poco, eran inseguras durante la noche, y algunas eran peligrosas hasta de día. Los asesinatos eran frecuentes y rara vez sancionados y era costumbre entre la gente que vivía en lugares apartados de la ciudad, que se reunieran en sitios convenidos, a

fin de escoltarse entre sí para irse a casa. Nunca hubo alguien que se atreviera a ir más allá de la Cueva del Chivato, sin armas o acompañantes."

CAPILLA INGLESA

Como una especie de reverso de la medalla, Walpole señala que "Tampoco falta una capilla inglesa, donde un capellán inglés ofrece la misa y que es costeada, en parte, por la Oficina Colonial, y, en parte, por los mismos residentes. La iglesia es tolerada, pero el pastor no se atreve a permitir a las chilenas convertidas —la mayoría de ellas señoras nativas casadas con ingleses— que asistan a su culto religioso."

A CUCHILLAZO LIMPIO

"...Escuchamos repentinamente una espantosa gritería en una de las calles que conducen desde la plaza de La Matriz a los cerros, conocida como centro de la prostitución. Nos acercamos, y encontramos un gran número de prostitutas y marineros trabados en lucha con unos soldados. Dos víctimas yacían ya en el suelo, bañados en su sangre; uno tenía la barriga abierta en tal forma, de una cuchillada, que los intestinos colgaban hacia afuera, y al otro le habían clavado un cuchillo en un costado. Nos alejamos rápidamente, separándonos de esta escena repugnante, y regresamos al hotel." (PAUL TREUTLER).

Habitualmente en la plazuela de la Aduana, especialmente los sábados en la noche, se armaban unas peleas monumentales, con muchos lesionados y machucados, a las cuales asistí como observador cauteloso. Transcurrían los años 1937 al 1940, y durante ese período concurría a los restaurantes, bares y cabarets que pululaban por esa zona, sin contar con los prostíbulos, donde también se vendía vino y licores. Las batallas eran entre civiles

contra carabineros; o soldados del regimiento Maipo, que entonces estaba ubicado en Playa Ancha, contra marineros de la Alameda. Los carabineros, que debían intervenir en estas últimas contiendas, tenían que pedir refuerzos. Pero, cierta vez, un comandante del regimiento Maipo supo que sus soldados iban perdiendo y envió en su ayuda dos compañías al mando de suboficiales y oficiales, que en perfecta formación entraron al combate, los cuales rápidamente inclinaron la balanza de la victoria en favor de los soldados.

En cierta oportunidad estábamos tomando unos tragos en un bar de la plaza Echaurren, con mi profesor de filosofía Juan Uribe, cuando entró huyendo un grupo de hombres que agarraron sillas para defenderse de los que los perseguían. Estábamos sentados en un rincón; con mucha agilidad, mi profesor, botando los dos vasos y la botella, puso vertical la mesa, tras la cual nos parapetamos. La gresca se centró en el medio del bar, intervinieron los garzones y la dueña, que botella en mano rompía cabezas. Aprovechamos de huir, por supuesto sin poder pagar la media botella que llevábamos consumida.

¿HABREMOS CAMBIADO MUCHO?

Siempre en 1851 Paul Treutler dice que "Los chilenos se destacan generalmente por su buen carácter; son muy hospitalarios, de buena voluntad, sinceros, patrióticos y valientes, pero al mismo tiempo, apasionados, algo vengativos, derrochadores y de poca prudencia. Son muy inteligentes, comprenden con facilidad y tiene mucha capacidad imitativa, una gran afición por la música, la poesía y el baile.

"No sabía cómo admirar suficientemente el grado de civilización e inteligencia logrado en tan cortos años por esta ciudad, al extremo de que no sólo podía competir en muchos sentidos con las ciudades de primera categoría de Europa, sino que las aventajaba en algunas cosas.

"La moralidad de los vecinos dejaba, por cierto, bastante que

desear, y la información estadística de los últimos años, de acuerdo con la cual en esta República habían nacido 20.000 niños ilegítimos sobre un total de 60.000, era característica a este respecto y permitía apreciar profundamente las condiciones sociales."

GENEROSIDAD

Treutler no vio a la corte de mendigos y menesterosos que Walpole dice haber encontrado en Valparaíso: "Una prueba innegable del bienestar general consistía, sin duda, en que no se veían mendigos en Valparaíso y se conocía la palabra pobreza sólo de oídas, lo que sin duda significa mucho en una población de 50.000 almas. Este bello resultado se había logrado, sin embargo, por la gran piedad y generosidad de la población, buenas leyes y una policía bien organizada. Se reunían anualmente para ayudar al hospital, entre 15.000 y 20.000 pesos por medio de colectas, y si alguien perdía su fortuna sin culpa, por incendio, terremoto o malos negocios, se realizaban de inmediato colectas en su beneficio, ayudándosele por medio de conciertos, bailes y funciones teatrales, etc. Creo que será difícil encontrar otro lugar en que se practique más la beneficencia que en Valparaíso."

DE DULCE Y DE AGRAZ

"De dulce y de grasa", dicen los pobladores de los cerros porteños. En estos mismos términos se refiere a Valparaíso Domingo Faustino Sarmiento: "Valparaíso es una anomalía en América, una ciudad sin plan y sin forma, es un verdadero camarón echando patas y antenas en todas direcciones; espaciosa en el Almendral, que forma ahora el tronco; estrecha de cintura en la Cruz de Reyes y el Chivato, hasta cortarse el hilo de sus edificios; haciéndose fuerte contra el mar, en cuyas aguas están mojóndo-

se los puntales que sostienen magníficos edificios; introduciendo por las quebradillas sin número, sus callejuelas y sus casitas; trepando como Bolonia, un anfiteatro de edificios, irregular como ninguna, luchando con las olas, y demoliendo diariamente sus cerros para echárselos al mar y salir de la estrechez en que por ambos lados la tienen. Valparaíso con sus vastos almacenes de depósitos, sus escasos pero lindos templecillos con torres brillantes de barniz y pintura; Valparaíso, en fin, tan diferente física y moralmente de las regulares y monótonas ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos por las calles paralelas que en encontrados sentidos la cruzan, es la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden en la playa, es una burla hecha en la profusión de tierra del continente; es una parodia que remeda el exceso de población de otros países; es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres nuevas con las añejas; la invasión lenta pero irresistible de la civilización y de los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza y una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada, un desembarcadero y no un puerto; la puerta de Chile y el gran emporio de su comercio."

RETAMOS AMARILLOS

Pareciera una redundancia decir retamos amarillos. Pero resulta que, como *rara avis*, existen los retamos que producen flores blancas. Longeville Vowell habla de los primeros, como características de las casas porteñas: "Los ranchos o cabañas más pequeñas, esparcidos en las laderas de los cerros, son innumerables. Se levantan dondequiera resulta posible nivelar un pedazo de terreno de cuatro o cinco yardas cuadradas; si bien los senderos que a ellos conducen resultan escasamente accesibles para las cabras. Muchos de estos ranchos tienen su retamo, plantado en el frente, cuyas flores amarillas y brillantes producen una hermosa vista."

Aún subsisten los retamos, pese a la tremenda densidad de lo que se ha construido.

LLUEVEN ATAÚDES

“Como a los ingleses no les era permitido, por no profesar el catolicismo, enterrar a sus muertos en tierra consagrada, que era propiedad de la iglesia en Valparaíso, durante algunos años emplearon para ello el Fuerte San Antonio y otros lugares cerrados, donde las tumbas no fuesen profanadas. Poseen ahora un extenso cementerio, rodeado de una muralla alta en la cumbre de un cerro, entre las quebradas Elías y San Juan de Dios, para cuyo acceso han construido, a expensas de los comerciantes extranjeros, un camino que va serpenteando por el cerro. Los chilenos han seguido el ejemplo de sus visitantes y han labrado para sí un camposanto con una pequeña capilla, colindante con el cementerio inglés y norteamericano.” (LONGEVILLE VOWELL).

Desde estos cementerios, cuando se producen terremotos, empiezan a caer ataúdes cerro abajo, hasta chocar con la calle Condell, en el plan de Valparaíso.

EL MACKAY

La colonia inglesa, ya bastante numerosa, sentía la necesidad de contar con un colegio propio para la formación de sus hijos y para no tener que enviarlos al Reino Unido. Para ello se contrató en Liverpool a Mr. Peter Mackay, quien llegó a Valparaíso en octubre de 1857 para dirigir el colegio que se llamaría *The Valparaíso Artizan School Society*. Se ubicó en la calle Santa Victoria del cerro Alegre y su matrícula fue de sólo cuatro alumnos. Posteriormente fue creciendo. En la década del 40 del presente siglo se trasladó a Viña del Mar. Nuevamente se hizo estrecho el local y se adque-

re la Quinta Hamel en Reñaca, donde permanece hasta hoy, contando con alrededor de 900 alumnos.

ELOGIO AL OBRERO

En septiembre de 1863 se inauguró el ferrocarril de Valparaíso a Santiago, magna obra no sólo para su época. En dicha oportunidad, uno de sus principales realizadores, Enrique Meiggs, pronunció un discurso en el que entre otras cosas dijo: "Cuando iba a emprender esta obra, todos me ponderaban y presagiaban sus dificultades insuperables. Me decían: Usted no puede manejar a los trabajadores de aquí, porque son díscolos e insubordinados. Este pronóstico ha fallado, señores, en la ejecución de este ferrocarril. Todos los artesanos y peones chilenos han trabajado obedeciendo siempre a la voz del honor y del deber. Yo los he tratado, es verdad, como hombres y no como perros, como es costumbre, porque ellos son buenos sabiendo dirigirlos. Sabido es que yo no ando con armas; no las he necesitado para mi defensa, porque jamás mis obreros me han inferido ofensa alguna, me ha sucedido muchas veces presentarme entre peones que peleaban encarnizadamente con cuchillo: Calma, muchachos, haya paz, les he dicho y al instante se han separado."

CARROS DE SANGRE

En 1863 el banquero David Thomas estableció una compañía de carritos urbanos, que corren sobre rieles, tirados por parejas de caballos. Tenían imperial, es decir dos pisos. En el de arriba se pagaba mitad de precio. Al final de la Alameda, junto a la estación ferroviaria del Barón, estaba la sede de los carritos y caballerizas con capacidad para 350 caballos. Para algunos era un adelanto monstruoso. "Adónde nos llevará esta endiablada

civilización se dicen los porteños viejos", anotaba Joaquín Edwards Bello.

"Se pagaba con fichas negras y coloradas de pasta, acuñadas expresamente para servir a los pasajeros. De esa época data una popular cueca, que en una estrofa dice:

*Una ficha negra
y una colorá
y una conductora
que no vale na".*

Las conductoras y cobradoras eran blanco de bromas y requerimientos, pero tenían un arsenal de palabras de grueso calibre para responder. En Europa las mujeres aparecieron en los servicios de tranvías recién después de 1914, cuando escaseaban los hombres, a causa de la guerra.

En invierno el servicio sufría frecuentes paralizaciones debido a que las ruedas e incluso los caballos se atascaban en el barro.

CERRO ALEGRE

Durante la Colonia fue propiedad del prior de San Agustín Miguel de Arrau, que en 1724 lo vendió al capitán Luis García Venegas en 300 pesos y además le dio de "llapa" el cerro Concepción, que está a un costado de éste. Este cerro de "llapa" posteriormente lo compró José Waddington en \$1.200.000

El cerro Alegre, por su constitución geológica, es el que mejor resiste los terremotos.

En los *Anales de la Universidad de Chile*, de diciembre de 1863, se publica una crónica sobre el viaje de la fragata austríaca *Novara* alrededor del mundo en 1859. En ella se presenta una visión de Valparaíso: "Pero no todas las quebradas de Valparaíso son disformes con chozas tan miserables; muy al contrario, algunas de esas colinas embellecen edificios sumamente bonitos y agradables; particularmente el cerro Alegre, en donde viven en la actua-

lidad muchos alemanes distinguidos, es notable a este respecto por sus pequeñas y atractivas casas-quintas y aún más por el agrado y hospitalidad que se ofrece en ellas al extranjero. El cerro Alegre es uno de los más lindos y ventilados y sanos puntos de los alrededores de la ciudad, con el panorama más magnífico, aunque no es tan *fashionable* como el llamado Almendral, el cual particularmente desde el último y terrible incendio de noviembre de 1858, que redujo a cenizas la parte más bonita de la ciudad, se ha hermoñado con numerosos edificios y ganado sobremanera en extensión y aspecto."

"MOUNT PLESANT"

No es que este cerro esté o estuviera habitado por niñas de vida alegre, al contrario, lo fue por flemáticos ingleses y alemanes y llamó la atención de Longeville Vowell: "En la quebrada de San Agustín y la del Durazno se alza un cerro muy alto, casi plano en la cumbre, que a nadie se le había ocurrido habitar, hasta que un comerciante inglés de apellido Batemann, edificó allí la primera casa. Construyó también un camino circular para facilitar su acceso, y habiendo adquirido el suelo, tuvo el propósito de edificar en grande allí. Por desgracia, antes de que lograra ver realizado su plan de fundar una aldea, fue asesinado en su solitaria mansión por los peones de que se valía, tentados probablemente por las riquezas que se le suponía guardar y por el desamparado sitio en que vivía. Hay al presente en ese lugar un número considerable de casas aseadas, con jardines en el frente, edificadas al estilo de cabañas, desde donde se logra una espléndida vista de la bahía y del ancho mar. Están habitadas exclusivamente por familias inglesas, entre las cuales se cuenta la del vicecónsul inglés Mr. White. Hay también una casa de huéspedes, tenida por el capitán Ross, y una pieza de billar. Hasta nombre inglés tiene, pues los extranjeros la llaman *Mount Pleasant* y los chilenos *Cerro Alegre*".

LA VIRUELA

En 1865, Valparaíso fue atacado por la peste viruela. "La muerte se siente particularmente atraída por los conventillos de los cerros, fantásticas construcciones de desperdicios que afectan la forma de casas milagrosamente suspendidas en los barrancos. Esa población de los cerros hace un contraste violento con la del plan o parte baja (...) arriba está la plebe; abajo, las autoridades, los comerciantes, la alta sociedad. Generalmente son extranjeros los que empujan al cerro a los antiguos y auténticos habitantes de la caleta que en la Conquista se llamó Quintil. La ola europea, triunfadora, va repeliendo hasta las quebradas pobres a los residuos o sobrevivientes de changos, mulatos y mestizos. El plan es la ley de Darwin. Hacia arriba va la ola medio derrotada comiendo pescado seco y cebolla." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

VALPARAÍSO EN 1866

Valparaíso posee tres barrios: el Puerto, San Juan de Dios y el Almendral. Escasos reverberos de gas alumbran las calles de noche. Esa diferencia entre la gente de los cerros y la del plan se extiende a todos los órdenes de la vida. Hay gente santa, moderada, limpia e instruida, y por otro lado hay una plebe medio pagana, fatalista, descreída, desaseada, según Edwards Bello, que proviene del misterio racial americano y de la infantería de la conquista. "Si la hubieran dejado expandirse libremente, a su albedrío, Valparaíso sería flamante Pompeya..."

BOMBARDEO

El 31 de marzo de 1866, las fragatas españolas *Villa de Madrid*, *Blanca*, *Resolución* y la goleta *Vencedora*, bajo las órdenes del almirante Casto Méndez Núñez, instalado en la *Numancia*, como nave

capitana, se acercaron hasta 600 metros de la costa, e iniciaron el bombardeo de los almacenes fiscales, donde estaban depositadas las mercaderías destinadas a Santiago, y a las instalaciones ferroviarias con trenes y todo. Los porteños treparon en masa a la cumbre de los cerros.

El capellán español de la fragata *Resolución* había tenido una seria disputa con el jesuita chileno Onofre Palma, quien era partidario de independizar el clero chileno de la metrópoli, creando un Papado iberoamericano. El capellán español tomó en sus manos uno de los cañones de la *Resolución* e hizo cinco disparos contra la iglesia de los jesuitas.

—A ver si les vació esos meollos contaminados por las herejías de Voltaire —dijo el capellán, y continuó disparando desde la *Resolución* contra otras iglesias y conventos, La Matriz y San Francisco entre otros. Además disparaba contra los curiosos de los cerros, navegando dentro de la bahía, hacia el Barón, luego hacia Playa Ancha y devolviéndose al Barón. Notando el almirante Méndez Núñez la saña con que actuaba esa fragata, le ordenó que se dedicara exclusivamente a disparar contra los almacenes fiscales.

Desde las fragatas se percibían los ruidos siniestros de los techos que se derrumbaban, las explosiones, las murallas que se desplomaban. Los bomberos, que permanecieron al acecho durante la lluvia de balas y granadas, se precipitaban a apagar los incendios.

GUERRA SUBMARINA

Hacia un mes que la escuadra española, al mando de Méndez Núñez, había bombardeado el puerto de Valparaíso, cuando se presentó ante el Presidente José Joaquín Pérez un alemán de apellido Flach, ofreciendo una nave que se podía sumergir, atacar desde muy cerca y desde abajo del agua, y hundir buques enemigos. El Presidente de la República contestó: “¿Y si se chinga?”

El alemán de todas maneras quiso realizar una demostración. El 4 de mayo de 1866 se embarcó en su submarino, acompañado de su hijo y ocho personas más. El buque efectuó algunas evoluciones felices por la orilla, a pocas brazas y sin sumergirse totalmente. Animado por este éxito se aventuró bahía adentro, y hasta el día de hoy no se tienen noticias de su retorno.

LOS GALLOS DAN DINERO

En 1867 la Municipalidad de Valparaíso fijó para el remate de reñidero de gallos un *mínimum* de ochocientos pesos. Le fue adjudicado a don Patricio Espinosa, que subió su postura hasta \$1.300 al año.

Por su parte, Francisco Echaurren Huidobro, presidiendo la sesión de la Municipalidad, presentó a fines de 1875 la siguiente moción: "Ilustre Municipalidad, el estado de cultura y progreso a que hemos llegado, nos pone en situación de alejar de los ojos del pueblo, todo espectáculo sangriento que pueda pervertir los sentimientos del corazón. En este caso se hallan las riñas de gallos, toleradas entre nosotros, desde tiempos del coloniaje y sostenidas como arbitrio municipal, para procurarse recursos. Si la Municipalidad no ha podido, hasta hoy, abolir por completo esta clase de espectáculos desmoralizadores, porque la exigüidad de sus entradas no le permitía privarse de renta alguna para atender a la variedad de ramos del servicio público, hoy que su situación financiera es más holgada, puede perfectamente, sin inconveniente, renunciar a esta renta en obsequio de la abolición de un pasatiempo tan desmoralizador".

LA MATRIZ

Esta iglesia es el monumento arquitectónico más antiguo de la ciudad. Ha sido reconstruida varias veces. La actual es la cuarta versión, construida en 1842, responde al estilo neoclásico de la época. Ha debido ser reparada varias veces a causa de los destrozos causados por los terremotos.

El padre Rosales señala que en este templo se veneraba la imagen de "Nuestra Señora de las Mercedes de Puerto Claro", Patrona de Valparaíso, imagen que se extravió. Se conserva, en cambio, un Cristo de marfil, que fue regalado al templo en sus primeros años por Felipe II. También como una reliquia se guarda el corazón de Diego Portales, conservado en un frasco con alcohol.

DIVERSOS OFICIOS DE LA PLAZA VICTORIA

La plaza Victoria es el centro mismo de Valparaíso, es como el ombligo del puerto. Allí desembocan avenidas y calles principales, y al atardecer van a pasear hermosas adolescentes para ser admiradas. En las horas más claras y tibias, madres o niñeras pasean a las guaguas.

Al medio día, muchos jubilados sentados al sol, leen los periódicos y comentan las noticias con el vecino. Todos están de acuerdo con todo, depende de quien opine primero. ¿A qué discutir a estas alturas de la vida?

Pero más de un siglo atrás, este lugar fue la plaza de toros llamada plaza Almendral. Era un sitio eriazo que servía de estacionamiento a las carretas y que muchas veces era limpiado por el mar cuando corrían vientos fuertes de océano a tierra. Posteriormente se llamó plaza de Orrego, porque el presbítero don Vicente Orrego edificó una especie de choza con corredores y un minarete de tablas a uno de sus costados.

Al parecer la tauromaquia era muy popular, ya que paralelamente se lidiaban toros en la plazuela de San Francisco.

En esta plaza funcionaba también un cadalso. Allí murieron

ajusticiados Vidaurre, Florín, el comandante Toledo y varios más. La obra con que se inauguró el teatro, cuya puerta estuvo en el lugar donde se colocaron las bancas en que murieron los asesinos de Portales, fue *Romeo y Julieta*. Cuando se hizo cenizas con un incendio, según Sara Vial, se dolió un diario de Valparaíso: "El Teatro de la Victoria ha desaparecido entre las llamas que lo consumieron en pocas horas, quedando el recuerdo de toda una historia de 34 años, 34 años de Pantanelli, de Rossi, Adelina Patti, la Rístori y de tanta otra bella diva que llenara la amplia sala del viejo teatro con sus trinos incomparables..."



Teatro de la Victoria, antes de su destrucción por el terremoto de 1906

LOS TEATROS VICTORIA

El primer teatro Victoria construido en 1844 fue escenario del estreno en Chile de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, y de la primera zarzuela (1858) presentada en el país; poco después un incendio arrasó con él. En ese mismo años se estrenó una comedia de Alberto Blest Gana: *El jefe de familia*, ambientada en Santiago.

El segundo teatro Victoria se inauguró en 1886 y el terremoto del 16 de agosto de 1906 lo redujo a escombros.

Recuerdo que cuando yo llegué a Valparaíso en 1925, de seis años de edad, aun pude ver y durante bastante tiempo a viejas señoras que colocaban sus colchones y frazadas en las veredas frente a sus casas, para esos 16 de agosto y allí dormían con sus hijos y esposos, en tanto los más valientes pernoctaban en sus dormitorios, previa discusión con su cónyuge.

HORA DE QUEDA

Solía organizarse algún sarao a la sombra de los pequeños bosques que crecían en las quebradas, un paseo en bote por la bahía, o un esquinazo de bodega en bodega pasada la hora de queda. No se trataba de bodegas de vino sino establecimientos donde se almacenaba trigo, charqui, cebo, cáñamo, cocos para la exportación, lo cual no obsta para que al amigo visitante se le obsequiara con un buen vaso de mosto o de chicha si era la época, lo cual se efectuaba pasadas las horas de queda. Esta no se anunciaba por campanadas como en Santiago y otras ciudades, sino disparando dos cañonazos a cuya señal los soldados acudían al castillo y los vecinos a sus camas.

En 1869, Vicuña Mackenna escribe: "La queda, menos sus románticos misterios, subsiste todavía en esta ciudad como una tradición única, y estos estruendos de cañón de primera noche son todavía sus señales. En las otras, apenas si se conserva el toque monótono de las ocho, la hora de las ánimas del purgatorio, y en las más privilegiadas, la de la retreta, que es la hora de las ánimas que andan penando en vida."

POBREZAS

Vicuña Mackenna señala en el año 1872, que daba compasión la pobreza de la municipalidad de Valparaíso: "Ninguno de sus regidores quería hacerse cargo de su caja, y aun aquel edil Castro que compró el derecho de disponer de sus caudales, no encontrando sino trampas, renunció al puesto como un mal negocio (...) el Cabildo de Valparaíso pasó por los diez primeros años (...) tendido a la orilla de la playa, gozando del sol y de la siesta (...) Reuníanse, es verdad, todos los jueves a platicar; pero como el procurador de ciudad o el escribano (que era el secretario municipal) anunciase que "no había de que tratar", se retiraba cada uno a su bodega, después de echar su cigarrillo."

UN FAMOSO ESCRITOR

En 1875 visitó Valparaíso un marino francés llamado Jullien de Viaud, más conocido por su seudónimo: Pierre Loti. Recorrió todo el puerto y sus antros que después reflejó en sus novelas.

Sobre ello escribe Roberto Hernández: "Consagra una bella página a la zamacueca y recuerda especialmente a su amiga Carmencita que se la enseñó a bailar. Seducido por los cálidos ojos de esa encantadora porteña, el joven oficial de la marina francesa se lanzó denodadamente al medio del salón, mientras el arpa punteaba los primeros acordes y una voz femenina, entusiastamente coreada por el elemento varonil de la tertulia, cantaba aquello de:

*¡Vida mía, quién pudiera
ponerle puertas al mar
para que nunca saliera
un marino a navegar!"*

PIFIAS PARA LA EXIMIA

En 1886, actuó en Valparaíso la gran actriz Sarah Bernhardt. El 6 de agosto de ese año se llevó la mayúscula sorpresa: los porteños no se amilanaron ante la aureola de su fama y mientras unos aplaudían, otros la pifiaban.

Sara Vial comenta que en el Perú los estudiantes se acostaron en el suelo para que ella pasara usándolos como alfombra. Ese Valparaíso, hemos recordado, era el de las primeras eclosiones teatrales, el puerto donde cantó Titta Ruffo *La Africana*, en el Teatro Victoria.

UN PARQUE OSTENTOSO Y MISÉRRIMO

Rubén Darío en su *Autobiografía* señala que llegó a Valparaíso el 25 de enero de 1886. Estuvo un corto período en Santiago y regresó a Valparaíso. Trabajó de guarda inspector de carga en los malecones del puerto.

El señor Eduardo Poirier, que le había conseguido el cargo, comenta: "Para qué decirles que Darío no inspeccionaba. El despreocupado poeta inspector no tenía ni luces acerca del número de fardos que pasaban y pasaban por el malecón ante su vista y junto al mar."

Darío escribe: "Valparaíso, para mí, fue ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias."

El poeta viajaba desde el puerto a Viña del Mar, a la casa veraniega del Presidente Balmaceda, invitado por su gran amigo, Pedro Balmaceda Toro, hijo del Primer Mandatario.

Cuando regresó a su patria, llevaba el cargo de redactor y corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, que le había conseguido José Victorino Lastarria en carta enviada a Bartolomé Mitre, del cual se había hecho amigo cuando éste estuvo exiliado en Chile.

En el camino a las Torpederas, hoy avenida Errázuriz, existe

un pequeño ensanchamiento, que está plantado de flores, arbustos y pasto, al cual, pomposamente, llaman Paseo Rubén Darío. Cuentan que desde este sitio el poeta contemplaba largamente el mar.

Fue en Valparaíso donde Darío publicó su libro *Azul*, en 1888.

VALPARAÍSO EN 1886

En dicho año, un periodista boliviano describía así a Valparaíso: "Cuanto bullicio y cuanta actividad estruendosa se siente por todas partes: gritos de marineros que semejan amenazas, crepitaciones de máquinas que se confunden con el agudo e incesante piteo de los vapores, repique de campanas a bordo que hacen creer que son de rebato, buques de vela que crujen al tender sus alas como aves dispuestas para surcar el océano, y botes, falúas y lanchas que embarcan pasajeros, desembarcan carga y pescan y se disputan la conducción de viajeros y equipajes."

Y agrega el autor: "Y allí hay luz de gas y luz eléctrica, un notable edificio hidroterápico que ofrece duchas y baños de mar; y a esas alturas se sube a pie (por cómodas escalinatas) o en carruaje (por el magnífico camino de Cintura) o en fin, en el ascensor mecánico, un pequeño tren de ruedas dentadas que os suspende en los aires como un globo y os sube en dos minutos y por cinco centavos."

CATÁSTROFE DEL TRANQUE MENA

El 11 de agosto de 1888 se desbordó su muro de contención, precipitando hacia el plan de la ciudad toneladas de barro y aguas, piedras, ladrillos, y los propios materiales del muro, arrasando todo lo que encontraban a su paso. Como siempre, después de la catástrofe se elevaron muros de contención y se construyeron fundaciones sólidas. En el caso de las quebradas que se presen-

taban abiertas, fueron abovedadas, canalizando así los torrentes. Además dichas bóvedas sirvieron de calles de acceso a los cerros.

Desde siglos las inundaciones habían provenido del mar, de los maremotos. Esta vez venían del alto de los cerros.

Aún se conservan en Valparaíso efectos de la inundación del tranque Mena: piezas del primer piso en que se debía bajar un metro o más para poder entrar y ventanas a mitad de luz; en contraste con una cantidad de viviendas a las que se debe entrar por pequeñas escalas.

EL CAFÉ RIQUET

El edificio del Café Riquet tiene en todas sus puertas, según cuenta Lukas, unos "rieles donde se insertaban tablones para defenderse de los pavorosos aluviones del invierno. Hasta aquí llegó la avenida que se produjo al derrumbarse el tranque Mena, en 1888, arrastrando casas, muebles, animales y más de 80 muertos."

UN BUQUE DEL BRASIL

En 1889 causó gran revuelo la llegada, por primera vez a Valparaíso, de un buque de guerra del Brasil. Hubo bailes y fiestas populares. Como recuerdo, quedó una cueca, que muchos años después aún se cantaba:

Encontré una vez buscando

En el libro del destino

Que era la mar mi esperanza

Y era mi suerte un marino.

Romeros y manzanillas

Son para cualquier dolor,

*Esperanzas y promesas
Para los males de amor.
Saliendo de la iglesia
Después de misa
Encontróse un marino
Con una niña ¡Sí!
Como unas pascuas,
Más viva que el lucero.
De la mañana:
El brasilero, entonces
Con gracia dijo:
Para niñas hermosas
Valparaíso.*

SARAH Y NORTH

En el centro de Valparaíso se encontraban, uno al lado del otro, dos establecimientos muy de moda en las décadas finales del siglo pasado: El Pacific Café y el Hotel Colón, este último lo regentaba el señor Kernbernhardt. Allí se alojó en 1891 su sobrina Sarah que redujo su apellido a Bernhardt, haciéndolo famoso por los teatros del mundo entero.

Ese mismo año y al mismo hotel llegó con su comitiva Mr. John T. North, que de calderero en Iquique se había transformado en el Rey del Salitre, que promovió y financió la Revolución del 91 contra Balmaceda cuando éste pretendió nacionalizar las salitreras.

¡HERMANITOS!

La última batalla de la Guerra Civil de 1891 se libró en Placilla, donde fue vencido el bando balmacedista, que retrocedió hacia Valparaíso. Después entró el ejército victorioso. "Los soldados de

Balmaceda se dieron vuelta la chaqueta y les entró una fiebre de fraternidad. ¡Hermanitos! se llamaban unos a otros. Juntos, vencidos y vencedores de la clase popular, recorrían la ciudad luciendo llorona borrachera." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

ASOCIACIÓN DE FÚTBOL

En 1895 fue fundada la Asociación de Fútbol de Chile, en un bar de Valparaíso. Con anterioridad ya se practicaba este deporte, que había sido introducido en el puerto por los marinos de barcos ingleses anclados en la bahía.

Es la tercera asociación más antigua de América, la primera fue la argentina y la segunda la uruguaya.

Entre 1910 y 1924, Chile se insertó en la actividad futbolística sudamericana. Participó en 1930 en el torneo por la primera copa mundial realizado en Montevideo.

FLORES

La Florería Pumpin inició sus actividades hace ya más de un siglo, se fundó en 1891, y siempre ha permanecido en manos de la misma familia.

Se llegó a afirmar que: "No hay florería como ésta en este lado del continente, salvo tal vez en Bogotá, donde les venden orquídeas a los norteamericanos".

La firma Pumpin tiene su propio y hermoso jardín en la subida al barrio Las Zorras, que hace unos años cambió de nombre por el de barrio O'Higgins, menos contradictorio con lo que sugiere el perfume de sus rosas, violetas, claveles, crisantemos y dalias.



La calle Condell a principios de siglo

ALMACÉN DE PESCADO FRITO

En la calle Condell número 108 el señor G. de la Carrera instaló un almacén de venta de pescado, mariscos y toda clase de productos de la costa. Pero además vendía pescado frito que se comía allí mismo, en la calle, o en la casa donde podía acompañarse con un buen vaso de vino. Esto ocurría en la última década del siglo pasado. Desgraciadamente tan buena costumbre ha desaparecido.

EL TEMPORAL DE 1901

“Por el año 1901 estalló un fortísimo temporal. Todas las noches sonaron las sirenas de los barcos perdidos. Las casas se estreme-

cieron como si el mar diese en las murallas. Toda la parte plana fue mar, está construida en arena; en los temporales parece que el mar quisiera reconquistarla. En cualquier parte de la ciudad sentíase el rugir del viento y el embate de terribles olas, altas de cincuenta metros (sic). La mañana siguiente, los alumnos, que vivían más cerca del puerto, llegaron con caras trasnochadas, contando escenas terribles de naufragio y ruinas."

"Tres grandes barcos se estrellaron contra la costa; cuerpos inanimados eran llevados por las olas contra las rocas. Toda la población de los cerros contemplaba aterrorizada el espectáculo imponente" (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

PIONEROS DEL CINE

El 26 de mayo de 1902 *El Mercurio* de Valparaíso anunciaba que esa noche, en el Teatro Odeón, el público tendría la oportunidad de ver algunas imágenes proyectadas por medio del llamado Biógrafo Americano, aparato recién llegado al puerto y que venía precedido de obtener el Gran Premio en la Exposición de París.

SE CIERRA LA CUEVA DEL CHIVATO

"Ahora tenemos que echarnos a la boca unas piedrecillas como hacían los antiguos arrieros para romper el maleficio de un chivato que habitaba una oscura caverna, refugio de ladrones y contrabandistas."

"Este chivato, ayudante de los brujos y que se alimentaba de carne humana, se batió en retirada cuando la policía municipal hizo colocar allí un farol de cebo" (...) y desapareció definitivamente cuando el doctor Andrés Blest arrendó la cueva para instalar la primera cervecería de Valparaíso. Más tarde, la cerró definitivamente el edificio de *El Mercurio*, construido en 1901." (Lukas-RENZO PECCHENINO)

EL MATASIETE

También cuenta Lukas que *El Mercurio*, el diario más antiguo del habla castellana, nació en la subida La Matriz, en 1827. En 1903, el flamante edificio fue asaltado al anochecer por una turba con la intención de quemarlo. Ya habían reducido a cenizas, esa tarde, el edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores. El personal del diario se defendió y quedaron siete asaltantes muertos. Los anarquistas editaron después un periódico, *El Matasiete*, donde colaboraba Pezoa Véliz.

EL TERREMOTO DE 1906

En este año, Valparaíso fue sacudido por un violento sismo, "los mejores edificios fueron destruidos. Casi toda la Plaza Victoria y la Gran Avenida (hoy avenida Argentina), lo más nuevo y bonito de la ciudad, fueron reducidos a escombros; los cerros desarrapados, toda la gente mala quiso merendarse el plan. Aprovechó la ocasión para cometer toda clase de fechorías; el momento fue tan angustioso, como el final del mundo. Durante una hora se perdió todo control, se perdió la disciplina. Los reos se sublevaban en las cárceles, la gente huía despavorida en la oscuridad. Sentíanse extraños ruidos, y veíanse luces lúgubres y negras nubes por el cielo. Entonces se reveló el carácter de un gran marino; (...) Gómez Carreño sujetó a la hez y devolvió a la ciudad el orden por medio de una dictadura "bala en boca"

(.....)

"Los detalles de este terremoto son macabros. Los porteños cuando recuerdan esa época tiemblan y empalidecen un poco. (...) Dicen que las lámparas de las casas oscilaban, chocando de una a otra pared. Algunos cadáveres de un cerro donde está el cementerio, llegaron a la planta baja de la ciudad, como para convidar a los habitantes a su morada. Ladrones, incendiarios, todos los elementos malos sorprendidos in fraganti, eran fusilados en el punto mismo del delito y se les ponía encima un letrero alusivo

a la falta cometida. Una mañana, la ciudad amaneció llena de esos espeluznantes racimos humanos. (...) Durante tres meses continuó temblando de manera intermitente." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

UN MUNICIPIO HUMANITARIO

El 1° de julio de 1907, la municipalidad de Valparaíso acordó por unanimidad prohibir los espectáculos públicos de box y lucha romana:

"Considerando: 1° Que la Municipalidad de Valparaíso acordó prohibir los espectáculos de box y lucha romana por considerarlos inmorales y porque en ocasiones habían dado origen a desórdenes que reclamaron la intervención de la policía.

"2° Como espectáculo público se traduce en luchas encarnizadas que no tienen objeto la educación física del hombre, en que hay derramamiento de sangre, que de ordinario no termina sino con lesiones más o menos graves del vencido o de ambos combatientes y a propósito de los cuales se cruzan apuestas en que los interesados hacen respectivamente votos por la más pronta derrota de aquel contra quien han apostado, prescindiendo de las lesiones que pueda recibir.

"Que aparte de lo que tiene de cruel, esta especie de pugilato, ejerce una perniciosa influencia sobre el pueblo, habituándolo a mostrarse insensible a los vivos sufrimientos de los luchadores, y a ver correr la sangre no sólo con indiferencia sino con satisfacción."

"CAVALLERIA RUSTICANA"

En 1911 el Teatro Victoria de Valparaíso tuvo una de sus jornadas de gloria; Pietro Mascagni en persona dirigió en dicho teatro su

famosa *Cavalleria Rusticana*. Fue un gran éxito artístico y social, como escribía la prensa de la época.

LOS JUEGOS FLORALES

Así se llamaban unas festividades que se organizaban en diversas ciudades del país, cuando la primavera estaba en su esplendor y por eso pasaron a denominarse "Fiesta de la Primavera" y también "Fiesta de los Estudiantes", porque éstos eran los principales protagonistas. Uno de los puntos culminantes de estas fiestas lo constituía la "Coronación de la Reina", la cual se elegía por sufragio entre los estudiantes. Paralelamente se realizaba un concurso poético de elogio a la reina. Gabriela Mistral y Pablo Neruda fueron laureados en estos certámenes.

La primera ciudad que organizó estas fiestas en Chile fue Valparaíso.

En Santiago se realizaron en 1911 los Segundos Juegos Florales, el poeta premiado fue Manuel Magallanes Moure.

Ya que de poetas hablamos, cabe recordar que a principios de siglo Carlos Pezoa Véliz, durante sus crujidas, en las noches se subía a un carro y se dormía. Las conductoras lo despertaban cuando subía algún inspector.

BOMBA BENCINERA

En lo que es actualmente la plaza Aníbal Pinto, se instaló en 1920 la primera bomba bencinera de Chile; vale decir que el tráfico automotor en el puerto era bastante numeroso.

Frente a la bomba estaba establecido un panadero alemán que elaboraba sabrosas galletas, que luego se hizo famoso y se transformó en un gran industrial, el señor Hucke.

BAHÍA MAYOR

"Hierve en malecones y agua un pueblo vivo, que parece marsellés o catalán; va y viene un cardumen de tráfico marítimo que grita en inglés y en español las picantes interjecciones marineras, Valparaíso hace lo suyo. Lo suyo son veinte mil barcos anuales recibidos y lanzados (...) "Un mar violento y voluntarioso, el mar nombrado con su adjetivo opuesto de Pacífico, excita y espolea con yodos y sales a los grupos de descargadores, de grumetes y gente de pesca (...) ¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en novelas y poemas ingleses y noruegos."

Así describía Gabriela Mistral a Valparaíso en 1931.

EXTRANJEROS

Otra es la visión de Benjamín Subercaseaux: "Pero no todo es "pueblo" en Valparaíso. Hay también el comercio que ocupa las calles centrales. Ahí abundan los extranjeros con la pipa en la boca; en la mano, la cartera de cuero o un ejemplar del *South Pacific Mail*. Los encontramos, sobre todo, a la hora de la salida de los bancos y oficinas. En una avalancha metódica que se precipita a los ascensores, a los micros "Puerto-Chorrillos", o al tren local del mediodía. Algunos porteños muy graves y sofisticados se ciñen también a ese horario sajón. Y lo hacen en cuerpo y alma. Sólo que se les escapan las virtudes sajonas, pero no los defectos."

LAS CALLES Y SUS NOMBRES

A la perspicacia de Benjamín Subercaseaux, no escapan los nombres heterogéneos de las calles, callejas y callejones de Valparaíso: "Otra particularidad curiosa de esta ciudad son los nombres de sus calles. Es una mezcla extraña de los diversos ejemplares de la

celebridad. Tan pronto nos topamos con Pitágoras como con la calle de los Pequenes. Aquiles Reed, un bombero, puede alternar con Jean Jacques Rousseau, y doña Juana Ross con Rigoletto (...) En general, priman los nombres de escritores; siguen los de marinos; en seguida vienen los bomberos."

"También existen otros nombres poco usuales: "Pelayo, primer rey de Asturias; Laplace, astrónomo francés..." Así mismo indígenas: Orompello, Leucotón, Colo Colo y Caycopil. Luego vienen las notas propiamente porteñas: "Callejón Seis, Subida Sin Nombre, Calle Ascensor, Callejón Pimienta, Pasaje Bellavista, Subida Carvallo, Callejón Artillería, Subida Caracol, popularmente conocida como Subida de los Miaos."

Debemos aclarar que existen dos subidas los Miaos, una en Playa Ancha y otra en el cerro Larraín.

UN ERROR DE BENJAMÍN SUBERCASEAUX

Este autor está equivocado al decir que el cerro Barón va cambiando de nombre sin razón aparente, llamándose sucesivamente cerro Lechero, Larraín, Polanco, Molino, Delicias, etc. La realidad es que son cerros separados por hondas quebradas; por ejemplo el cerro Los Lecheros está separado del cerro Larraín por una gran quebrada, que hace muchos años fue entubada y luego pavimentada, transformándose en la transitada subida La Palma. Sus aguas van a dar, como muchas, al enorme cauce de la Avenida Argentina. El cerro Polanco se separa del cerro Molino por una ancha y hermosa quebrada que está recorrida por un no menos hermoso camino llamado Paseo Carvallo.

Más valdría decir que el cerro Barón semeja una gran chancha, a la cual están adheridos, como mamándole, unos chanchitos, los cerros más pequeños ya mencionados.

ACERCA DE LOS CERROS

"Valparaíso es otro país dentro de Chile. Sí, un país con numerosos pueblos: todos diferentes. Es federal: está situado al margen de la constitución unitaria de Chile. Nada ni nadie podrá modificar esta condición y su destino irremediable.

"El escritor Enrique Bello dice que el puerto tiene 33 cerros. El poeta Zoilo Escobar sostiene que son 36. Otros afirman que son cuarenta y uno, a saber: (de norte a sur) Esperanza, Los Placeres, Barón, Los Lecheros, Larráin, Rodríguez, Recreo, Polanco, Molino, Delicias, San Roque, Ramaditas, Santa Elena, Pajonal, La Virgen, Merced, Las Cañas, El Litre, De la Virgen, La Cruz, Monjas, Mariposas, La Florida, Bellavista, Yungay, Jiménez, San Juan de Dios, La Loma, Panteón, Cárcel, Miraflores, Concepción, Alegre, Chaparro, San Francisco, Cordillera, Toro, Santo Domingo, Arrayán, Artillería y Playa Ancha.

Pero como se verá más adelante, la constante población de nuevos cerros hace imposible precisar su número.

Existen dos cerros que poseen cementerios. El Panteón y Playa Ancha. Pero no entristecen, como el Cementerio Católico de Santiago. El de Playa Ancha más bien impresiona telúricamente cuando al viento oceánico le da por soplar, que es casi todas las tardes. El del Panteón es un tanto caprichoso y grotesco, cuando en los terremotos tiene la manía de arrojar ataúdes cerro abajo, que van a dar al pleno centro comercial de Valparaíso.

Es este camposanto corrió la fábula de que existía un fantasma. Claudio Solar cuenta: "No entristecerse: otrora, los cementerios fueron románticos paseos de enamorados por sus apartados rincones y silencios. Se contaba la historia de un fantasma, que no fue otra cosa que una esposa celosa que, oculta en una tumba, tocó el traidor trasero del galán, y éste, sin más averiguar, corrió aterrorizado cerro abajo."

CERROS POBRES Y CERROS RICOS

Entre los cerros pobres, que son la mayoría, podemos destacar el cerro Cordillera y el cerro Barón, poblado de cités y conventillos que lentamente han ido desapareciendo. Sus calles también han ido conociendo el concreto. Sus veredas son reparadas de vez en cuando con alquitrán. En estos cerros se encuentran la gran mayoría de los habitantes. De los 42 cerros de Valparaíso, dos son habitados por familias ricas o pudientes. "Frente a la parte central de Valparaíso, los cerros se cubren de bungalows y chalets. Hay una iglesia anglicana y otra luterana. Ingleses y alemanes comparten los cerros Concepción y Alegre, en un dédalo de encrucijadas, terrazas y escaleras que se escabullen entre viejos chalets de blancas cortinas; algunos de ellos como suspendidos sobre el vacío. Abajo la bahía es un raso tirante que rasga de tiempo en tiempo algún remolcador o el barco lento que busca su fondeadero."

"Los cerros de Valparaíso son un laberinto que difícilmente podría vencer una persona ignorante de su curiosa topografía. Visto en el plano urbano, todo parece sencillo. Mirado en la realidad, la carta ya no sirve para nada; las perspectivas en alturas o con profundidad nos desconciertan; las calles empingorotadas nos desalientan. Al cabo de una hora de vagar por estos barrios populares, descubrimos que hemos recorrido una mínima parte del sector que pretendíamos visitar. Hay calles traicioneras que nos hacen girar sin fin y nos devuelven, agotados, al punto de partida." (BENJAMÍN SUBERCASEAUX).

También existe un cerro de clase media: Playa Ancha. No por esto deja de tener grandes aspiraciones. Ha pretendido ser una ciudad aparte, un país aparte. Sus propios habitantes denominan a su cerro la República de Playa Ancha. Su topografía es diferente a los demás cerros, no es agreste, ni abrupta. Sus lomas son suavemente onduladas, seguramente por los vientos marinos que en ese sector soplan desbocados erosionando las crestas.

MARINEROS Y CERROS

“Los marineros no callejean cuando van por los cerros. Lo hacen solamente en el plan. Cuando van p’arriba, hay en ellos un alto en la gandulería; una dirección bien precisa a donde se encaminan con un paquete bajo el brazo, subiendo, subiendo a tranco largo, sin que los alcance el cansancio ni la tentación. Allá, muy arriba, llegan por fin a la puerta humilde de la familia; al cuarto pequeño de la vieja, con el pobre hule de colores, la enorme garrafa con tapa de bola y el inevitable almohadón bordado...” (JOAQUÍN EDWARDS BELLO)

CATÁLOGO DE CERROS

Ni los propios porteños saben cuántos cerros constituyen Valparaíso, tampoco la Municipalidad. Porque existen siempre gentes, familias que van expandiéndose, trepando, colonizando territorios con sus precarias viviendas, y es así como surgen nuevos cerros poblados. De esa forma ha ido creciendo Valparaíso a lo largo de su historia.

Pero “¿cuántos cerros son?” se pregunta Guillermo Quiñones, poeta esencial de Valparaíso, injustamente desconocido (su poema *La galleta marinera* es realmente un hito en la poesía chilena).

Con Guillermo Quiñones nos odiábamos porque yo era un joven comunista y él un anarquista de tomo y lomo. Lo encontraba el tipo más áspero y ríspido que jamás había conocido.

Cuando me vine a vivir a Santiago me hice gran amigo de Pablo de Rokha, aunque seguía viajando a Valparaíso a ver a mis padres. En uno de esos viajes, caminando por la Avenida Pedro Montt, vi venir a De Rokha con Quiñones. De Rokha con su habitual vitalidad y euforia, abrió los brazos y me dijo: “Compañero Quevedo, qué tremendo gusto de verlo, ¿conoce a Quiñones?” Entonces Quiñones se transfiguró, me dio un gran abrazo, y desde entonces fuimos amigos.

¿Cuántos cerros son? Según Guillermo Quiñones: “Si son 33

ó 36 los cerros, 33 ó 36 son los pueblos que se expresan en Valparaíso, los que bajan dos veces al día desde las cumbres hasta la ciudad o plan. Ahí se confunden en sus afanes, esconden su lenguaje, su argot, utilizando el corriente decir del idioma.

“Cada cerro tiene su moral, así como sus vientos y lluvias. Ese rechaza la poligamia. Ese del otro lado la ampara. En este hay una iglesia metodista y en el otro una iglesia católica. Nadie sabe dónde funcionan los tribunales que cumplen los drásticos códigos morales.”

Según este mismo poeta, cada cerro tiene, además, “su arquitectura. Su ingeniería, su geometría, desiguales en las cubiertas, en los aparejos, diferentes en las proas, todas amenazando el plan; todas intentando naufragar en su mar. También cada una tiene su color propio, diurno o nocturno. Y su clima”.

En el cerro Playa Ancha, como ya hemos dicho, se encuentra el cementerio más grande de Valparaíso. Hasta allí llega el terminal de buses de algunas líneas, entre otras la del Cerro Placeres. El ciudadano que está acostumbrado a lo que está viviendo, incluso a lo que está surgiendo en la ciudad, no se da cuenta de lo novedoso, salvo que sea una revolución. Así es que esa línea de buses que corre desde ese cerro hasta el cementerio de Playa Ancha, no llamó la atención a nadie.

Desgraciadamente, como me trasladé del puerto a la capital, un día que regresé me pude dar cuenta que en la frente de las micros decía: “Cementerio Los Placeres”

¡Qué maravilla! ¿Dónde estará ese cementerio para llegar a reposar allí?

EL PUEBLO

“En la vida popular que se manifiesta durante el día en las callejuelas del bajo puerto; sea en barrio Barón, especialmente en el pasaje Quillota, o en ese dédalo de calles estrechas que forman el cerro Cordillera, o todavía, en aquellas otras que suben desde la plaza Echaurren, la vida bulle y se agita como una ciudad orien-

tal. Hay ventas en la acera, con su toldo de lona que tamiza la luz sobre el verde rojo de las sandías, sobre los duraznos olorosos y como aterciopelados por un ligero bozo adolescente, (...) los heladeros trompetean su mercadería; el pescador se abre paso entre la multitud con su canasta plana y plena de peces. (...) La mula del carnicero, con los trozos de carne sanguinolenta, trepa por las calles empinadas remeciendo su carga (...) y un enjambre de moscas se agita en torno sobre el paño que la cubre." (BENJAMÍN SUBERCASEAUX).

CABARETS

"A las dos o tres de la madrugada, los cabarets parecen contagiarse con el rolar de los barcos. Por todas partes hay un estremecimiento del piso que parece llegar hasta los faroles chinos del techo, las guirnaldas de papel y los instrumentos de la orquesta," decía Benjamín Subercaseaux en 1940; pero ya han desaparecido casi todos, en nuestros días, han seguido la misma ruta que los viejos bares con mesas de madera y sillas de Viena, ahora son de plástico.

Dejaron de llamarse cabarets y se denominaron *boites*, y los bares, *pubs*.

"Valparaíso es una de las pocas ciudades de Chile —tal vez la única— en que los ambientes se suman y sobreponen, dando a la vida una plenitud y una atmósfera (...). Por de pronto, hay vida popular, en el sentido que sólo la tienen San Francisco, Marsella, Argel, Port Said y otros puertos populosos y abigarrados. Una población flotante compuesta de marinos extranjeros y toda suerte de aventureros frecuenta los cabarets y lugares de diversión. Así no es raro encontrar algún negro americano de los "Santas" ⁴ junto a los rubios grumetes de algún barco nórdico; o bien algún viejo lobo de mar inglés cubierto de tatuajes". (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

4. Santas: nombre que se daba a los barcos de la Grace Line, pues todos tenían el nombre de alguna santa.

FÚTBOL Y BURROS

Existía en Valparaíso un cerro pequeño que estaba encerrado en el vértice en que confluían dos grandes cerros, el Cordillera y el Toro; se llamaba cerro Plan Las Loceras, en realidad era un plan comparado con los colosos que lo rodeaban. Se podía llegar hasta él, subiendo desde la plaza Echaurren, por la prostibularia calle Clave que cambia de nombres en la plazuela San Francisco y toma el nombre de este santo hasta topar con la benemérita Escuela Blas Cuevas. Allí tuerce a la derecha y llega hasta el Camino Cintura, donde se acaba. Este sector se llama Los Lúcumos, existían tierras baldías donde se jugaba fútbol con una popular pelota de trapo.

También llegaban burros a botar basura, había algunos autóctonos que se alimentaban de estos desperdicios, y de vez en cuando se mezclaban con los futbolistas.

INVIERNO EN VALPARAÍSO

“En invierno, Valparaíso demuestra su mal humor enfureciendo su mar azul y tranquilo (...) Entonces, enormes olas atacan la costa indefensa, hacen tiritar los destartalados pontones, arremeten contra el dique flotante, provocan una zarabanda de drizas y mástiles, destrozan en tierra la línea férrea. Es la época en que los héroes del Cuerpo de Salvavidas, que capitaneaba Olaf Christiansen, se cubren de gloria rescatando náufragos, auxiliando a los barcos que han cortado las rejas (5) de seguridad y se desplazan al garete, en dirección a la ruina y a la muerte.(...) Viento y lluvia es la melodía que se derrama por techos y canales y acongoja el alma de los porteños, hasta que el temporal amaina y vuelve a brillar el sol y la paz torna a aposentarse en el anfiteatro pintado con brochazos de bermellón y añil de la bahía.” (JACOBO DANKE).

5. Rejas: “Calabrote, cable, boyo o ancla conque se procura mantener fijo o en posición conveniente un buque” (Julián Amich, “Diccionario”)

RAPSODIA DE VALPARAÍSO

“Valparaíso ha marcado nuestra vida, hoy recorreremos esas mismas calles de nuestra infancia y adolescencia, nos parece que de pronto surgirán aquellos rostros, que como el nuestro, están dibujados por las líneas de los pesares y las huidas, pero que renacen con la brisa que llega desde el océano, con el trajín de los muelles en los que quedó anclado definitivamente un marinero de otras latitudes, embrujado por el puerto, por sus noches y el rutilante color de sus luces, por sus días abanderados de ropas multicolores que cuelgan de sus barandales, por el lenguaje de sus tripulantes ebrios, por sus tardes de plática a la puerta de negocios de ennegrecidos faroles, escuchando el parloteo de unos labios que iluminan un rostro moreno de doncella del mar.” (EUGENIO GARCÍA-DÍAZ).

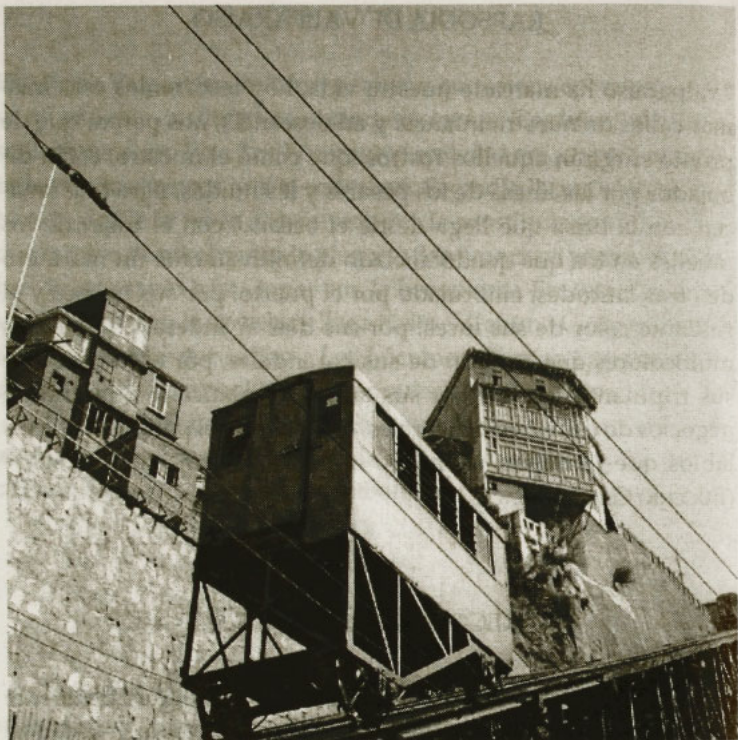
RECORRA VALPARAÍSO

“Si va a Valparaíso, háganos caso. Dése el gusto, turísticamente hablando. Recorra callejuelas y suba escaleras todavía escondidas. Siempre será bueno, además, hablar con los vecinos y seguir descubriendo el mar por debajo de un alero en forma de proa o por encima de los techos de pino oregón —buena madera— rescatado de algún navío que encalló cuando la bahía aún no se convertía en puerto.” (FEDERICO GANA).

A más de un siglo, estas palabras de Federico Gana siguen teniendo plena validez, si desea comprobarlo, siga su consejo.

ASCENSORES Y FUNICULARES

Al ascensor que trepa por la falda del cerro San Cristóbal, los santiaguinos le dicen funicular; a los funiculares que trepan por los cerros de Valparaíso, los porteños los llaman ascensores.



La importancia de los ascensores que unen los cerros con el plan en Valparaíso ha decrecido, en la medida en que se han construido amplias calles pavimentadas por donde pueden subir y bajar buses y automóviles. Aun así, algunos ascensores, ya bastante destartalados, continúan prestando servicios.

Actualmente existe un proyecto para que estos funiculares sean declarados patrimonio de la humanidad por la UNESCO.

Benjamín Subercaseaux escribió: "Largos rieles tendidos por el lomo de los cerros o por sus quebradas, ven subir en lenta procesión las cabinas de los funiculares que unen estas dos partes de la ciudad. Son antiquísimos. El Ascensor Artillería, frente a la Escuela Naval, parece una antigua diligencia que, por arte de magia, sale de la obscura estación de la plaza Weelwright y se eleva

en altura y en luz, hasta mostrarnos los contornos esplendorosos de la bahía.

“En cambio, el ascensor de la calle Prat, parte del fondo de unos altos edificios que parecen echarse atrás a medida que subimos, hasta entregarnos el panorama limpio de tanta ventana y cañería interior. Es una cabina estrecha: una verdadera jaula, cerrada por una puerta de fierro que parece condenada a no abrirse jamás.

“El ascensor Esmeralda es un carro liviano, con tres ventanas por lado, que se pierde en la niebla, o que azota la lluvia y la ventisca en los días fríos de invierno. Es preciso cerrar, entonces, las viejas ventanillas con su correa de cuero, y esperar suspendidos en el abismo, a que el carrito llegue arriba. Es pavoroso para los que no tienen la costumbre de semejantes ascensiones. Los porteños esperan de pie, leyendo el diario, hasta que una gorda matrona indiferente, les abre la puerta por fuera para librarlos de esa prisión inestable.” (.....) “Los ascensores de otros barrios más populares llevaban bastantes mujeres con atados de ropa, canastos, chiquillos que suben a los asientos y miran afuera. Todas conversan animadamente, y se podrían saber los chismes del barrio con sólo subir o bajar unas cuantas veces. Quien no ha viajado por esos ascensores no conoce sino una mínima parte de la vida multiforme de Valparaíso.”

EL MÁS EXÓTICO

“Cerca de la Avenida Argentina, en pleno barrio del Barón, se encuentra el ascensor Almirante Simpson, el más exótico de cuantos hay en el puerto. En el término de una estrecha callejuela con ligera pendiente, se destaca el grueso letrero: Ascensor. Pero éste no se ve por parte alguna: no hay rieles, cabina ni nada; solamente una entrada como de “Metro”; después un largo corredor subterráneo que se interna por el cerro. Caminamos por ahí una cuadra larga, alumbrados de tarde en tarde por unas débiles bujías.

El aire se torna húmedo y frío, casi irrespirable. Al término de esta larga catacumba nos espera un ascensor vertical."

"Penetramos en el ascensor con cierta reserva, y luego comenzamos a subir un pozo que chorrea agua por los cuatro costados. Después de un trayecto que nos parece eterno, el ascensor se detiene un momento y entrevemos una calle; enseguida continuamos subiendo por el techo de una casa y la luz del sol viene a deslumbrarnos después de tanta oscuridad. Renace la confianza, pero no vemos todavía en qué parará todo aquello. Pero el ascensor llega a su término y salimos a una especie de minarete: una alta torre provista de un balcón circular, que a su vez está unido por un puente de cimbra a una callejuela del cerro Polanco". (BENJAMÍN SUBERCASEAUX).

PIEZAS Y PIEZAS

Prosigue Subercaseaux: "Los porteños viven amontonados en sus piezas, y éstas son innumerables. En los cerros las casas son simples aglomeraciones de piezas. Las hay desmoronadas, sumergidas en las quebradas; columpiándose en lo alto; de cabeza sobre el mar; seguras pero muy apartadas en el Alto del Puerto. Hay piezas que tienen el piso más bajo que la acera; otras más alto, y a las que se llega por una escala de madera o de piedra que las lluvias socavan e inclinan. Por fin, hay piezas alineadas como los camarotes de los barcos, con una larga galería de vidrios al frente. Muchos vidrios faltan; por el hueco pasa el cordón de la ropa tendida. Los que no han recibido el maltrato de los moradores, se ocupan en reflejar el crepúsculo. Desde abajo, parece que se incendiaran las ventanas con los últimos rayos del sol."

DIVERSOS MUNDOS

Cuenta *Lukas* lo siguiente: "Vamos al más agradable ejercicio humano: el recorrer calles sin itinerario ni fin determinado. En esta ciudad archipiélago hay muchos mundos, y se puede ir de un mundo a otro con cincuenta pesos. A veces veo pasar buses de turistas cargados de gente soñolienta y aburrida que no ha visto nada, forasteros que pretenden conocer la ciudad con un paseo dominical, en automóvil. Esta ciudad no puede ser visitada en automóvil ni mucho menos en día domingo. No hay nada más triste que un día festivo en Valparaíso. El vehículo ideal para esta minimetrópolis de pequeñas casas es una silla de ruedas."

EDIFICIOS

"Todos estos edificios porteños son viejos, o se hacen los viejos. Creo que fueron viejos desde el mismo día de su inauguración. Se entra por una puerta pequeña, mal iluminada, se bajan tres gradadas, y se topa con un ogro viejo, olor a rancio. Cuando llegaba un empleado joven lo guardaban en la oscuridad como un queso para que envejeciera." (*Lukas-Renzo Pecchenino*).

GRAN PUERTO

"Ciudad valerosa y optimista, educada de espaldas a la poliquería vil, en la sana escuela de la libre empresa, y forjada, como todos los grandes puertos de la tierra, en este verdadero crisol que es el entrechoque generoso de sangres y culturas diferentes, pudo y supo, con admirable heroicidad, resistir, en cien oportunidades, las peores catástrofes —bombardeos, incendios, terremotos, inundaciones y temporales— sin ver amenguada su vitalidad ni sentir disminuido." (*ALEX VARELA*).

SEGUNDA PARTE

*junto a la ruina de las quimbras
donde las aguas alborotan,*

XV elige laberintos sin salida, sendas y cañales,

hay una casa de corredores,

*donde hay piloneras, techos con flores
y cristalerías en el techo.*

Según Claudio Solar, esta casa estaba ubicada en la "Quebrada del Taquesero", que separa los cerros Atalaya y Villaseca, ubicada en Playa Ancha.

Por "El Taquesero" lugar de "tiro al blanco" y prueba de destreza, los cuales se tenían que taquear, es decir apretar y agarrar la pólvora.



La plaza Sotomayor a comienzos del siglo XX

NUEVAMENTE LAS QUEBRADAS

"Fueron las quebradas distracciones de verano y peligros de invierno. Torrenteras por las que circulaban calaminas, sombreros de paja, trozos de frazadas, bacinicas desportilladas, se atropellaban hacia el plan los días de lluvia. La ilusa imprevisión porteña construía las características casas de lata afirmadas por un palo, en alguna de las bajadas de agua: familia, niños, perros y ollas terminaban atajados entre los árboles y postes de la plaza Echaurren, o de la Avenida Francia, otrora "Estero de Jaime". Más tarde, se abovedaron algunos tramos y se pavimentaron trozos de calle; pero en algún otro lugar la quebrada siguió asomando con sus cantarinas aguas." (CLAUDIO SOLAR).

LA CASA DE PEZOA VÉLIZ

*Junto a la ruta de las quebradas,
donde las aguas alborotadas
charlan asuntos sin ton ni son,
hay una casa de corredores,
donde hay palomas, tiestos con flores
y enredaderas en el balcón.*

Según Claudio Solar, esta casa estaba ubicada en la "Quebrada del Taqueadero", que separa los cerros Atalaya y Villaseca, ubicados en Playa Ancha.

Era "El Taqueadero" lugar de "tiro al blanco" y prueba de explosivos, los cuales se tenían que taquear, es decir apretar y taponear la pólvora.

LA CALAGUALA

Ya casi nadie sabe qué fue la Calaguala. En la lengua de los aborígenes quiere decir yerba del lagarto. Tuvo fama internacional. Los tripulantes de los veleros difundían su nombre en los puertos de todos los mares.

Era una quebrada que en los inviernos crudos se tornaba intransitable. Subiendo, a su vera derecha un escarpado cerro, a su izquierda, una serie de casitas escalonadas, miserables y despintadas, no así sus habitantes, jóvenes mujeres cuyo maquillaje era el anuncio llamativo de su profesión.

Pero había que concurrir en grupos bien armados, el transeúnte solitario no llegaba a su destino.

Desde hace décadas, los pequeños prostíbulos ya no existen, fueron reemplazados por la población Piedrabuena, constituida por chalets de sólidos ladrillos, y la Calaguala se llama Pasaje Magallanes.

Joaquín Edwards Bello afirma que los habitantes de esta calle se respetaban entre ellos y degollaban sólo a los forasteros.

Recuerdo que de muchacho, bajo la lluvia, cuando concurría al liceo, que estaba en la Avenida Colón, me sacaba los zapatos antes de iniciar la bajada y luego al llegar a la subida Portales o Calle Ancha, me los colocaba. Alguna vez me sorprendió en esta maniobra un condiscípulo que se lo contó a mi hermano mayor, quien a su vez lo transmitió a mi madre. Ella me reprendió seriamente. Yo me callé: qué iba a contestarle si ella sabía que los zapatos ostentaban unos enormes boquetes en las plantas; ella me ayudaba a taparlos por dentro con cartones que en días de lluvia no aguantaban más de dos cuadras.

OTRA CUESTA PELIGROSA

La bajada hasta la Caleta (La caleta de pescadores de El Membri-llo, que hasta el día de hoy provee de pescado fresco al vecindario de Playa Ancha y sus alrededores) es muy pronunciada y, des-

de tiempos inmemoriales, los vehículos, en loca carrera han ido a confundirse con los botes en la playa.

Cuenta Claudio Solar: "Bajábamos en un microbús, cuando el chofer anunció: "Se me cortaron los frenos... bájense despacito."

"Todos se arrojaron al pavimento con torpeza de peras maduras. Menos yo, que no alcancé a hacerlo y un marinero al que no se le movió una ceja y permaneció sentado.

"—Lo felicito, dijo el chofer, al marino. Usted tiene nervios de acero; ni se le movió un pelo.

"—Ni me voy a poder mover, replicó éste. Con el susto, tengo las piernas y los brazos como empalados."

HERMANOS DE LA COSTA

Dice uno de los historiadores de sus actividades, que no bien descubrían algún buque, preparaban sus armas y garfios y después que los franceses entonaban el *Magnificat* y los ingleses leían un capítulo de la Biblia, cantando salmos, se dirigían a toda vela contra sus adversarios.

La leyenda dice que los Hermanos de la Costa acumulaban sus tesoros en Guayacán, en las cercanías de Coquimbo. Su centro de operaciones era en los mares que circundan Valparaíso, allí atacaban, depredaban y partían con sus tesoros a esconderlos en las profundas cuevas de Guayacán.

Andrés Sabella, romántico y bohemio, creía a pie juntillas en estas leyendas, hasta fundó una sociedad llamada Hermanos de la Costa, que se reunía mensualmente, en una comida que sólo consumía productos del mar, con excepción del vino, claro está.

Cierta vez, por razones de trabajo tuve que viajar a Antofagasta, ciudad natal de Sabella, a la que se había retirado huyendo de la bohemia santiaguina. Fui a la librería que tenía instalada en esa ciudad León Chamudes, el Bueno, y me encontré con Sabella, quien muy cordialmente me invitó a almorzar. Primero me preguntó por amigos comunes de la capital y luego se

lanzó a su tema preferido: Los Hermanos de la Costa. No sé si lo hacía para seguir con esta leyenda, que él había alimentado o porque él ya realmente se había autoconvencido de ella.

CASTIGO A LOS CHUECOS

"El impostor, el delator, el que se "agacha" con el producto de un tráfico difícil y bueno; el "loro", que se hizo el descuidado, el dormido para que entraran los detectives, repasan noche a noche una lección objetiva, luminosa en las vueltas y entradas de los caminos con numerosas velas encendidas a las ánimas de los muertos. Saben que sus compañeros aún le harán el velorio en sarcasmo salvaje, con cuentos colorados y vino tinto y blanco, y que su hembra será trofeo de aquel que le dio el "bajo", siempre con silenciosa daga, puñal o punzón. Además, están las quebradas en las que muchos se caen porque venían "curados", sin que se encuentre el cadáver, hasta que alcancen la atención de los leñadores que bajan cantando tonadas tristes, perfumados de boldo y malvaloca." (...) "Y si un "chueco" se embarca, "su destino lo hará la linga, que se cortó precisa arriba en el winche, cayendo sobre su cuerpo con sacos y barriles. En otras ocasiones todo sucede entre Ecuador y Perú, de regreso, de improviso dos o seis manos, sin brazos y sin cuerpo empujan a un hombre y su espanto al fondo de alguna de las calderas del barco; al minuto, arriba, por la boca de las chimeneas, sea de día o de noche, enredado entre el humo negro del carbón, sube un globito de humo blanco. Es toda la verdad de la vida y el cuerpo de un hombre siniestro o santo; un globito pequeño de humo blanco.

"Después, en bitácora anotan: el fogonero o pañolero, fulano de tal desertó en Callao o Salaverry." (GUILLERMO QUIÑONES).

ENTRADAS POR EL NORTE Y EL SUR

“Si venimos navegando por el Pacífico en demanda de Valparaíso tenemos dos entradas: una por el norte; desde muchas millas de distancia divisaremos una alta torre de ladrillo, es la torre de San Francisco. Francisco o Pancho en lenguaje popular; de ahí en el habla marinera: voy para Pancho, es decir, voy para Valparaíso, modalidad que se ha extendido a los habitantes de las ciudades aledañas: Viña del Mar, Quilpué, El Belloto, Villa Alemana, Peñablanca, Limache, Quillota, Calera y Llay Llay.

Si nuestro barco entra por el sur, pasada la Punta Curaumillas, con su faro incansable, “captaremos un dilatado campo de cruces blancas y de vetustos mausoleos. Es el cementerio marino de Playa Ancha, (...) en cuyo seno duermen el liviano sueño de la muerte, marinos y marineros, calafates y comerciantes, sacerdotes y menesterosos. Allí el despiadado viento sacude con sadismo árboles y ornamentos funerarios, entretanto los cañonazos del oleaje atruenan al azotarse contra los acantilados. En el frontis de las sepulturas de los estibadores, o de los tripulantes, o de los donkeros, los constructores de tumbas han puesto eslabones de hierro a manera de guirnaldas y el viento castigador se complace en estremecerlos, en entrechocarlos sobre el mármol de las lápidas, sinfonía macabra que se introduce y perdura en los tímpanos para siempre.” (JACOBO DANKE).

EL PUERTO PUERTO

“A Valparaíso se le conoce como el Puerto, pero en Valparaíso mismo se le llama puerto al sector comprendido entre la Aduana y la plaza Sotomayor, sector que goza de una bien ganada triste fama, “motivada incuestionadamente, porque en sus aledaños se ha establecido el comercio del amor que aguarda la noche para revolotear hacia el corazón de los hombres. Puertas y ventanas furtivas. Faroles celestinescos. Pantallas al rojo. Motes que nos hablan de viejas trayectorias por los páramos de la ilusión y del

vacío. Individuos de esquivas cataduras. Muchachas que exteriorizan, impúdicamente, la línea nefasta que han escogido para encauzar sus existencias... Hay, además, los sarmentosos callejones que se cuelan por los paupérrimos hacinamientos de las viviendas humildes, habitáculos perennes de la miseria, de la delincuencia, del dolor y del desengaño. Siempre en actitud de trepar, de elevarse, de trazar un río de chozas en dirección a la cumbre del cerro." (JACOBO DANKE)

CASAS DE VALPARAÍSO

"La casa o casucha popular es única, funcional. Está construida, adaptada para la actividad constante del morador. La hay con puerta, que no se abre nunca, utilizando la ventana para entrar o salir. A muchas se llega por huellas estratégicas. Innumerables son las edificadas de faldeo a abismo sobre listones de tres pulgadas, que sostienen la construcción y el mirador o corredor y a sus ocupantes.

"Un ingeniero francés de visita por el puerto, después de extasiarse en estos milagros comentó: "He estudiado cuarenta años resistencia de materiales. Después de conocer las construcciones en los faldeos de Valparaíso, sé que mis estudios y experiencias no me sirven de nada." Todas pasan de cien años y han resistido dos terremotos." (GUILLERMO QUIÑONES).

AÑO NUEVO

Todos los 31 de diciembre Valparaíso florece, estalla en luces verdes, azules, rojas, amarillas relucientes como el sol, aunque es de noche. El silencio de la bahía se rompe, las sirenas de los barcos, los pitazos de los trenes, las bocinas de camiones y automóviles, el ulular de los grandes parlantes de las compañías de bomberos, se mezclan con los reflectores de los fuertes porteños y de los bar-

cos de guerra, que lamen los cerros en su girar desde Playa Ancha hasta Caleta Abarca, como si los haces de luz fueran mensajes musicales y las campanas, luz. Estallan los petardos, los humildes guatapiques, las tiras de cohetes, semejan pequeñas ametralladoras lanzando sus ráfagas, y las bombas fabricadas por los muchachos con clorato y azufre estremecen los vidrios de las ventanas con la indignación de las dueñas de casa que, escoba en mano, corretean a sus hijos y sus compinches.

Cuando son las doce de la noche, en medio del delirio de las luces, las campanas, las sirenas y los estampidos, los muchachos corren por las calles, abrazando a las muchachas que han salido a las puertas de sus casas. Los abrazos son más prolongados con la niña que se quiere conquistar.

“Pero, para vivir la Noche de Año Nuevo, lo mejor es Valparaíso —dice Neruda—. El espectáculo es luminoso y naval. Entre los navíos empavesados a fuego limpio, la pequeña “Esmeralda” es el velero alhajado. Sus palos son cruces de diamantes y quedan bien en el cuello celeste de la noche estival. Todos los barcos nos dan esa noche no sólo la exaltación del fuego, sino unas voces recónditas: todas las bocinas de Neptuno, reservadas para los peligros del océano, en esa noche se disponen a roncar de alegría.

“Sin embargo, la maravilla son los cerros, que apagan y encienden el circundante alambrado, dando una réplica de luz y sombra al entusiasmo de la iluminación marinera. Conmueve ver esa pulsación de los cerros que contestan con todos sus ojos el saludo de los navíos.”

“El abrazo de Año Nuevo en Valparaíso permanecerá inolvidable. También allí, de alguna manera quemamos nuestras pobrezas y a golpes de luz y fuego esperamos limpiamente los días venideros”.

CERRO CONTRA PLAN

“En los cerros hierve la gente maleante, carne de saqueo y revuelta que ha fermentado más de una vez: el roto del cerro mira al plan con beligerancia, el plan es el rico, el privilegiado, el invasor que lo ha relegado allá, que lo echará cada vez más lejos. Es una resaca constante que viene del mar empujándolo, expulsándolo como expulsa la ola al cuerpo muerto. El cerro es el socialismo vivo de Valparaíso con una larga bandera roja de tierra, de arcilla. Recuerdo en excursiones que hacíamos cuando niños las caras de las matronas sebosas y desgreñadas que salían de sus covachas a insultarnos sin motivo. Muchas veces los autos que pasan por la carretera bajo los cerros reciben lluvias de piedras” (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

LA CALLE FRANCISCO VIDAL GORMAZ

De niño, muchas veces transité por esta calle. Nunca me pregunté ¿por qué este nombre? Los niños ven las cosas como establecidas desde siempre. Con el tiempo me entró la curiosidad de saber quién era. Además había un pequeño barco de la Armada que ostentaba ese nombre. Él fue el organizador de la Oficina Hidrográfica. Gran animador o colaborador del *Anuario Hidrográfico* y la *Revista de la Marina*. Es autor de un grueso volumen, en que una exhaustiva investigación, da cuenta de todos los naufragios y desapariciones de barcos, desde los tiempos de Pedro de Valdivia hasta el año 1900. Fue miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de España, de la Sociedad Geográfica de París y de otras corporaciones científicas de Europa.

LOS RELOJES

Los porteños tienen grandes relojes públicos donde pueden ver las horas y meditar sobre el transcurso del tiempo: El que está en el edificio que fue la Intendencia, frente a la Plaza Sotomayor; el de la Casa Turri, en el centro de la ciudad, y el de la Torre San Francisco, que alza su imponente estructura de ladrillos en el cerro Barón.

Pero al ojo de Pablo Neruda no escaparon los pequeños relojes, en el poema *A don Asterio Alarcón, Cronometrasta de Valparaíso*:

.....
Hay un escaparate
con su vidrio
y adentro,
entre cronómetros,
don Asterio Alarcón, cronometrasta.
La calle hierve y sigue,
arde y golpea,
pero detrás del vidrio
el relojero,
el viejo ordenador de los relojes,
está inmovilizado
con un ojo hacia afuera,
un ojo extravagante
que adivina el enigma,
el cardíaco fin de los relojes
(...)
Por eso cuando paso
la trepidante calle,
el río negro de Valparaíso,
sólo escucho un sonido entre sonidos,
entre tantos relojes uno solo:
el fatigado, suave, susurrante
y antiguo movimiento
de un gran corazón puro:
el insigne y humilde
tic tac de don Asterio.

EL LICEO

Así simplemente se llamaba este colegio para muchachos, situado en la avenida Colón. Después, cuando se fundó el Liceo de Playa Ancha, pasó a denominarse Liceo N°1, y posteriormente y hasta hoy, Liceo Eduardo de la Barra.

¿Por qué este nombre? Seguramente sus alumnos no lo saben y algunos profesores tampoco.

Fue considerado en la segunda mitad del siglo pasado, el poeta mejor dotado de Valparaíso y un gran animador cultural. "Como la acción desarrollada por don Eduardo de la Barra en el orden literario no hay ninguna", dice Roberto Hernández en sus *Apuntes sobre el movimiento literario general de Valparaíso*. Posteriormente se dedicó a la educación y como rector del Liceo de Hombres realizó una relevante labor.

LA CANCHA DE CRICKET

Así se llamaba una amplia explanada a la que se podía llegar por diversos cerros; estaba pasado el camino Cintura pero antes de llegar al camino de la Pólvora. Allí iba la numerosa colonia de ingleses a practicar un juego que ellos realizaban tanto en la India como en Nueva Zelanda, Australia, África o Canadá: el cricket.

Este juego, a diferencia del fútbol, que también lo trajeron los ingleses, no pegó entre los chilenos. La cancha se cubrió de matorrales. Hoy en esos terrenos han proliferado las poblaciones populares.

CIUDAD BARCO

"El viento que juega en todas partes —el mismo viento que hincha las velas, que hace vacilar las mareas— acaricia las faldas de



Vista del cerro Artillería

las muchachas, bisela sus siluetas, como hincha la vela de una barquilla marinera.

“En este Valparaíso las casas están siempre de partida, casas-botes, casas-barcas, casas-naves, trajineras de mil colores, que se van por lomeríos y por el mar, displicentemente. No cabe duda que de los barcos, de los botes, ha salido la fiesta de rojo, verde y azul para pintar las casas de Valparaíso. Hay algunas que parecen fabricadas en los astilleros; otras están sostenidas por el calafateo. Y todas son casas de impresión y olor marineros.” (ORESTE PLATH).

LOS GITANOS

Un día, durante mi exilio en Costa Rica, producto de la nostalgia que ataca en los momentos más inesperados, pero con mayor frecuencia cuando se está solo, recordé a los gitanos. En Costa Rica no existen. En Valparaíso, en cambio, es muy común encontrarse con ellos. Levantan sus carpas en sitios baldíos, como si fuera un circo. Alrededor estacionan los camiones que les sirven para trasladarse con sus pertenencias y también para hacer negocios de compra venta de esos vehículos.

Los hombres, sentados fuera de las carpas, martillean láminas de cobre moldeando calderos y pailas, que las mujeres chilenas compran para hacer a fuego lento mermeladas de frutas.

Cuando no les compran, encierran a sus hijos pequeños, porque existe la creencia de que se los roban.

LA FALSA GITANA

Las gitanas son de cuerpos esbeltos, con un gracioso andar, que concita los deseos de los varones chilenos, pero ellas jamás acceden, sólo son para los hombres de su tribu.

Caminan de a dos o tres, pero ésta andaba sola. Y cuando le veía la suerte en la palma de la mano de un hombre, entre otras cosas le decía: "Tú nunca te has acostado con una gitana. ¿Te gustaría hacerlo?" Siempre la respuesta era positiva.

No pasaron muchos años cuando perdió la esbeltez, engordó y ya no pudo imitar el grácil caminar de las zíngaras. Su clientela empezó a bajar de categoría. La última vez que la vi, caminaba abrazada con un cargador, ambos borrachos, a plena luz del día, con sus ropas de gitana raídas y sucias.

UNA CIUDAD PARTIDA EN DOS

Cuenta Vicente Pérez Rosales que: "La comunicación del Puerto con el Almendral, no era tampoco expedita, puesto que el mar, azotando en las altas mareas con violencia las rocas de la caverna llamada *Cueva del Chivato*, cortaba en dos partes la desierta playa. Recuerdo que la policía, para evitar los robos que solían hacerse de noche en aquel estrecho paso, colocaba en él, suspendido de una estaca, un farolito de papel con su guapa vela de sebo de las de a cinco el real. Con decir que los zapatos se mandaban hacer a Santiago, basta para dejar sentado que, después de San Francisco de California, con iguales recursos, ningún pueblo de los conocidos ha aventajado a Valparaíso, ni en la rapidez de su crecimiento ni en la importancia relativa, sobre las aguas de los mares occidentales."

Curioso crecimiento el que destaca Pérez Rosales, si hasta los zapatos tenían que confeccionarse en la capital.

RASCACERROS

"Frente a nosotros, el edificio blanco de la Cooperativa Vitalicia (que siendo vitalicia ha muerto como tres veces). En su tiempo fue el más alto de Chile. El primer rascacielos. Algunos lo han llamado el rascacerros, pues está sujetando el viejo cementerio del cerro Cárcel, al nivel del décimo piso. Este cementerio increíble, que de vez en cuando se convierte en un tobogán de tumbas que se desploman sobre la calle Condell". (Lukas, RENZO PECCHENINO).

A OJO DE D'HALMAR

"Valparaíso es un puerto del hemisferio sur, con una bahía natural, como naturalmente debe tenerla todo puerto para merecer seme-

jante calificativo, y una pequeña zona comercial, en lo que se llama su "plan", y una zona populosa diseminada por los cerros que lo circundan. Esto hace que, en las noches, cuando se enciende la luz en cada vivienda, parezca Valparaíso un altarcito de Noche Buena, con la red luminaria de sus calles, que forman constelaciones y se duplican en el mar, entremezclándose al reflejo de las luces de posición de los barcos y a la refracción del firmamento".

VALPARAÍSO Y EL CALLAO

En épocas pasadas y no muy lejanas, Valparaíso ostentaba un bosque de mástiles y velas, eran los buques que hacían el tráfico desde este puerto hasta el Callao. "Lima depende en absoluto de Chile para un artículo tan indispensable como el trigo. Hay veinte buques empleados en el tráfico entre Callao (el puerto más cercano a Lima) y Valparaíso, que lo componen el trigo, carne salada, frutas secas, mantequilla, queso, sebo y vino, en cambio de azúcar, arroz, cacao, tabaco, sal, hierro y manufacturas europeas". (SAMUEL B. JOHNSTON).

MATERIALISMO HISTÓRICO

"Algún día no nos será difícil poner de manifiesto que la guerra con el Perú en 1837-39, fue en su origen sólo una guerra de trigos". (BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA).

¿PLAYA O QUEBRADA?

En los primitivos planos de Valparaíso figuraban nueve quebradas, pero en un plano realizado en la segunda mitad del siglo pasado aparecen 22 quebradas, entre éstas la Quebrada de los

Pescadores o Playa Ancha, que desembocaba en la playa Las Torpederas.

Tal vez su gloria haya residido en los restaurantes y "picadas" que se instalaron a un costado de la quebrada, como el famoso Juan Bulla, que ofrecía "Chicha re-100 traída de las compuertas de Catemu". Esta quebrada era paso obligado de todos los funerales que bajaban de lo alto de Playa Ancha y gran parte de los cortejos que regresaban de las exequias, pasaban a consolarse con buenos tragos de mosto o chicha. Ya al anochecer se iniciaba el baile con música de radio o gramófono, pero sábado y domingo con orquesta integrada por "seis maestros". A los cuales nunca les faltaba un varón que, en signo de agrado, les llevara grandes "potrillos" de vino para que "pasaran la sed". En la madrugada, unos cantaban y bailaban, otros dormían y alguno lloraba por el difunto que unas horas antes habían enterrado. Clientes, músicos y mozos confraternizaban en un "¡Salud!" colectivo.

En los cerros o el cerro de Playa Ancha, existe una curiosa cumbre, porque no es cumbre sino una amplia extensión plana en la cual se realizaba la tradicional parada militar. La llamaban la Elipse del Parque Alejo Barrios, y para las fiestas patrias se rodeaba de ramadas, pero también funcionaban los fines de semana, casi todo el año, menos en los inviernos.

Dice Claudio Solar: "Famosos fueron los bailoteos de sábados y domingos, junto a la elipse del parque de Playa Ancha, donde en un tiempo hubo cancha de "carreras a la chilena" y funcionaron las ramadas dieciocheras: "El Camarón con Hipo", "Aquí está doña Tere", "Aquí está Silva" y "El Póngale, Marino". Las Torpederas, donde desembocaban las aguas de la quebrada, siempre fue "la playa popular de Valparaíso", hasta donde bajaban en los tranvías y "góndolas" los vecinos de los cerros, provistos de damajuanas, ollas de tallarines y pollos fiambres con ensalada "chilena" de tomates y cebolla a la pluma. En un quiosco del balneario fue pianista Armando Carrera, por varios veranos."

¿QUÉ SERÁ DE ESE GRAN LIBRO?

El Roland Bar estaba —decimos estaba porque ya no existe, como el famoso Escandinavia y el Nueva York— en el barrio del Puerto. En el mesón del Roland existía un gran libro de más de un metro de largo por unos sesenta centímetros de ancho, sus tapas de grueso cuero café eran pesadas de abrir. El dueño invitaba a todo el mundo a escribir algo en él, haciendo una sola recomendación: que fueran breves.

Sus hábitos eran prostitutas, marineros de todos los ámbitos del planeta, porteños y uno que otro santiaguino. Allí vi por primera vez un negro, que era asediado por las meretrices, no sólo por el exotismo del color de su epidermis, sino por la socorrida creencia de que tenía un miembro viril de grandes dimensiones.

En este libro escrito por los clientes se encontraban inscripciones en caracteres cirílicos, árabes, chinos, por supuesto, predominaban las letras latinas en francés, inglés, alemán, italiano, portugués, español. Algunos colocaban sus retratos o el de sus novias, o estampillas o billetes, me imagino de poco valor, de sus respectivos países.

Había inscripciones de personajes chilenos, poetas, novelistas, pintores. En una hoja se podía leer una breve frase y la firma de Neruda, y otra de De Rokha, pero en página aparte. De políticos, ministros, parlamentarios no aparecía nada. Menos de algún presidente de la República.

Yo firmé ese libro cuando joven, no me acuerdo lo que puse. Ya hombre maduro, volví a firmarlo. Era como quien dice, el segundo tomo, porque el primero ya se había repletado.

UNA MUJER DESNUDA

En el bar y cabaret Nueva York tenían una mínima orquesta y un animador que anunciaba los números que se presentarían en el escenario, que eran muy pocos. La apoteosis se iniciaba cuando

se apagaban las luces, y los platillos del tambor golpeaban el parche como si les hubiera dado un ataque epiléptico.

Entonces surgía la vedette, bataclana o corista. Previamente el animador había pronunciado su nombre, que siempre era francés, y venía directamente del Moulin Rouge. A juzgar por esa muestra, uno podía imaginar que todas las francesas eran morenas.

Ella salía con una bata que luego de algunos pasos de danza, se sacaba. Continuaba su baile en sostén y mínimo calzón. La clientela masculina gritaba: ¡Mucha ropa! Ella se hacía la sorda, pero la insistencia era atronadora, entonces, también arrojaba el sosténseno. Los clientes se enardecían, y finalmente ella se quitaba el taparrabo, daba unos cuantos pasos, giraba para exhibir su parte trasera, y con un breve trotecito se escondía tras las bambalinas. Rugían los hombres. Aparecía el animador, decía unas cuantas palabras y terminaba con su marbete: "Aquí el Nueva York, su casa." La gritería proseguía hasta que la desnuda reaparecía por unos breves instantes y realizaba unos movimientos de caderas más lascivos que los anteriores antes de retirarse.

—Pobrecita, debe tener frío, oí decir una voz detrás de mí.

Me volví, una vieja y un viejo se tomaban tranquilamente un botellón de vino. El viejo sintió la necesidad de darme una explicación: "Vinimos a calentar un poco el cuerpo", dijo, y me señaló los vasos a medio llenar.

¿A DÓNDE VOLARÍA EL PAJARITO?

Igual que en el Roland Bar, en el restaurant El Pajarito, De Rokha y Neruda compartieron espacios.

Esta vez fue en las murallas de El Pajarito, donde los clientes podían escribir lo que quisieran, menos insultos ni groserías. Se comía excelente. No muy a menudo la bohemia porteña, encabezada por Zoilo Escobar, llegaba a merendar. Aunque los precios no eran caros, sólo unos pocos podían "ponerse" con algún bille-

te, la mayoría se daba vuelta los bolsillos del pantalón con gesto patético, no caía ni una "chaucha" al suelo.

Un día llegamos a comer y beber a El Pajarito. Las murallas estaban de un color crema immaculado; ni una frase, ni una letra. Toda la historia humanizada por el vino la había borrado la brocha gorda manejada por un hombre de manchado mameluco.

Decidí no aparecer más por ese lugar. Además una muy hermosa hija del dueño ya no estaba ahí, se había ido a trabajar de profesora en una aldea lejana.

CAZUELA DE CORDERO

En el mercado El Cordonal, contiguo al edificio de la Universidad Católica, los trasnochadores, los farreros, los bohemios van a componer el cuerpo pero no con una cazuela de ave y un botellón de tinto, sino con un caldo de cabeza, que consiste en media cabeza de cordero cortada longitudinalmente. En consecuencia, el cliente, además del caldo, se sirve la mitad de los sesos, la mitad de la lengua, la mitad de las encías y la mitad de la frente y la nariz que está llena de cartílagos, en medio de los cuales existen finas láminas de blanda y sabrosa carne. Todo con mucho ají y vino a discreción y a precios modestos.

En las cárceles y campos de concentración, durante la dictadura de Pinochet, de los prisioneros que se autoaislaban y se tornaban pensativos, sus compañeros de cautiverio decían que estaban "tomando caldo de cabeza".

RETRETAS

En el centro de la Plaza Victoria existía una especie de escenario o kiosco, todo de fierro, pintado de verde oscuro. Por una escalerilla trepaban los músicos, los atriles con sus partituras ya estaban dispuestos. A las doce exactas iniciaban su concierto. Los músicos

eran funcionarios de la municipalidad de Valparaíso. Durante la semana ensayaban en un sitio apartado de la ciudad, sábado y domingo actuaban en el mencionado kiosco, que era parte del botín que los chilenos trajeron de Lima durante la Guerra del Pacífico.

Dice Sara Vial que "También fueron famosas las retretas durante la gobernación de don Diego Portales, que era muy aficionado a escuchar el arpa y la vihuela y la música en general. Contribuyeron a educar musicalmente a los antiguos porteños. (...) Sería bueno volver a esos conciertos al aire libre, entre las palomas de la Plaza Victoria, con los marinos de la banda desfilando en una vuelta final que encantaba a los niños (yo siempre me escapaba tras el magnífico hombre del trombón)".

Por mi parte puedo decir que me fascinaba la tuba, cuyo nombre supe mucho después. Era para mí una inmensa corneta, único nombre que conocía de los instrumentos de viento. ¡Cuánto hubiera dado por soplar en ese universo dorado!

Diego Portales, a diferencia de Pedro de Valdivia, quería mucho a Valparaíso. Organizó una banda para darles música gratuita a los porteños. Con este objeto contrató para Valparaíso a José Zapiola, músico y uno de los primeros compositores que hubo en Chile.

Cuándo iba a imaginar Portales que en esta ciudad tan amada sería fusilado. No fue "el pago de Chile", sino el pago de Valparaíso.

LOS TRENES

Durante un siglo fue para los porteños un paseo concurrir a la estación Barón y a la de El Puerto a esperar la llegada de los trenes. Los corteros con sus gorras coloradas, corrían a tomar paquetes y maletas de los viajeros, y al mismo tiempo, hombres vestidos correctamente con trajes oscuros, entregaban tarjetas con nombre y dirección de residenciales donde todo era limpio y hermoso, y la comida exquisita y abundante.



Antigua Estación Puerto de los ferrocarriles, a comienzos del siglo XX

Muchos viajeros habían enviado telegramas a parientes y amigos, anunciando la hora de su llegada. Los ferrocarriles cumplían fielmente su horario y llegaban entre abrazos, risas y lágrimas.

Ya no existen las locomotoras rezumando olor a diesel, ni menos las que exhalaban ese verdadero perfume que es el carbón de piedra cuando se está quemando. Tampoco los hombres ofreciendo hoteles y residenciales. ¿Para qué? Los trenes ya no vienen de Santiago, a lo más de Limache. Ni siquiera son verdaderos trenes, sino una especie de bus sobre rieles. Las estaciones de Calera y Llay Llay, en su abandono, producen una honda tristeza. Entre los durmientes crece pasto y revolotean viejos papeles amarillentos. Y esos hoteles limpios y esos restaurantes y bares con un leve olor a comida incitadora que florecían alrededor de las

estaciones, se han ido junto con el ruido de las fichas de dominó, el golpe seco de los cachos y el rodar de los dados sobre la mesa.

PENSIÓN LA ROSA

Estaba ubicada en la calle Olivar, que constituía el centro de prostitución en el Almendral.

Allí se podía comer cazuela de ave, calentita, recién hecha, a cualquier hora del día y de la noche, y nada más que eso, ni siquiera un sandwich. En el vino sí que había variedades.

Doña Hortensia, la dueña, una vez me contó algo que para ella no tenía explicación y para mí tampoco: cada diez años el chileno en general cambia de gusto, durante una década consume más tinto que blanco, a la década siguiente es a la inversa. Insistí: "¿por qué será?" Se encogió de hombros.

Era muy agradable para los parranderos salir agotados de los prostíbulos aledaños por el baile, los tragos y la cama, dar unos cuantos trancos y refortalecerse con una humeante cazuela. A veces se encontraban, claro que en mesas diferentes, con las mujeres con que habían estado acostados hacía media hora y se sonreían desde lejos.

TEMPLOS Y PROSTÍBULOS

"Valparaíso oscila entre la tendencia dionisiaca del fondón popular y el mandato católico de España, mantenido por la clase alta. El templo suele levantarse inmediatamente delante de las callejas atiborradas de mancebías o plagas de harpías, como escribe el cura rector de la Parroquia del Salvador, don Vicente Martín y Manero, en su *Historia Eclesiástica de Valparaíso* (1891). El primer templo de los jesuitas se estableció entre 1836 y 1837 en el estero, cerca de donde está ahora la Avenida Argentina, que fue Avenida

de Las Delicias. Es un barrio tétrico, mal afamado, con miserables fondas y cafetines de carreteros (...)

"Unas mancebías o cosa por el estilo, apostadas por ahí, sacan hasta las puertas al oscurecer sus huéspedes pintarrajeadas y sus percales policromos. El público llama a esa toltería "Los cuartos del diablo". Plaga de harpías, que desde un principio fue la desgracia de este puerto", dice el R.P. Martín y Manero." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

Hasta hace pocas décadas existían en la subida La Palma una serie de pequeños burdeles, que llamaban "los Cuartos Diablos". Como era peligroso ir, más valía hacerlo en grupo.

La famosa subida La Palma cambió de nombre por un edicto municipal, y pasó a denominarse Eloy Alfaro. Nunca he sabido por qué lleva el nombre de ese ilustre presidente ecuatoriano, que realizó una política muy progresista en sus dos períodos presidenciales a fines del siglo pasado y principios de éste.

CAFÉS

"En Valparaíso hubo un lugar que se llamó el Café del Comercio, donde se presentaban espectáculos teatrales; era, además, salón de refrescos. Se inauguró en 1831. Tres músicos de la corbeta norteamericana *Falmouth* fueron contratados, pero luego "desertaron". Ellos nos evocan el Café "Ramis Clar", donde hasta unos años se podían escuchar los violines de una orquesta, ejecutando vals de Strauss a la hora del te". (SARA VIAL).

UN PROFESOR Y SUS CANAS AL AIRE

Era costumbre, en el Liceo de Hombres de Valparaíso, que los sextos años, al finalizar los exámenes de fin de año, realizaran un viaje llamado "de estudios". Generalmente viajaban a Buenos

Aires, para lo cual empezaban a juntar plata desde el mes de marzo, mediante cuotas, rifas, actos culturales, etc.

Los alumnos del Sexto año B decidimos viajar hasta Río de Janeiro. Iniciamos nuestras actividades financieras con entusiasmo, pero por allí por el mes de junio, un balance nos dijo que no podríamos llegar a al capital del Brasil. Redujimos nuestras aspiraciones hasta Buenos Aires. En agosto lo acortamos a Mendoza. En noviembre nos dimos cuenta que no podríamos ir a ninguna parte. En diciembre, en una agitada asamblea se decidió qué hacer con el dinero. En estas circunstancias intervino el Rector, don Emilio Muñoz Mena, quien nos instó a que realizáramos una noble acción que serviría de ejemplo para las generaciones venideras. Cabe advertir que don Emilio era un gran orador. Pese a su elocuencia, no cedimos y tomamos la resolución de darnos una gran comida en el mejor restorán posible. Elegimos el Norero, que por entonces gozaba de la fama de ser lo supremo en comidas en Valparaíso. Cada cual pidió lo que quiso, eso sí que todos tenían una botella de vino al frente. Allí empezó el desastre, muchos no tenían la costumbre de beber, menos vino, cuando más llegaban a una malta Toro, que era muy oscura y medio dulzona. Se marearon rápidamente, pero seguíamos a pie firme, mejor dicho sentados muy firmes. Algunos se paraban e iban al baño, volvían pálidos y con los ojos lacrimosos. Llegó la hora de los postres. Se hizo un ligero arqueo, nos sobraba mucho dinero. Entonces pedimos puros. Algunos no fumaban ni cigarrillos. Para abreviar, los baños se hicieron estrechos para tantos vomitantes. Algunos se fueron para sus casas, pero seguía sobrando dinero y los más valientes —o los que nos hacíamos los más valientes— aprobamos por unanimidad la propuesta de uno que dijo: "Vamos a putas". ¿Pero dónde? Algunos propusieron el puerto. Yo sugerí un prostíbulo de la calle San Ignacio, donde había una joven que se paraba en la puerta y cuando pasaban estudiantes se abría brevemente la bata y se mostraba totalmente desnuda. Era una visión muy fugaz pero atormentadora. Aceptaron. Entramos caminando por un estrecho corredor en semi penumbra, que daba a una puerta que, al abrirse, hizo aparecer ante nosotros un amplio salón muy bien iluminado. Por los costados había mesas para

cuatro personas, algunas ocupadas por parejas que bebían; al centro estaba la pista de baile. Paseándose, también en bata, andaba nuestro profesor de biología, el señor Yáñez, quien al vernos vino a darnos cariñosos abrazos. "¿Qué se sirven muchachos? —dijo—, yo los invito". Así fue, pero también nosotros lo invitamos a él, y a las prostitutas que se acercaron. Todas pedían un vasito de menta. Con el tiempo supimos que ese líquido verde no era menta, sino un brebaje sin alcohol. Era ganancia redonda para la regenta, vulgo cabrona, pues cobraba como licor ese líquido verde; además la pupila se llevaba un pequeño porcentaje por cada copa que bebía el cliente.

¿Qué pasó después? Mejor es olvidarlo.

YANQUIS MALOS

Las riñas de marineros borrachos, en Valparaíso, más de una vez pasaron a mayores, como ocurrió en el caso del inglés Fullerton, en 1827, hecho que fue la noticia principal del primer número de *El Mercurio*, y que más adelante se relata. Pero el incidente más grave fue el del *Baltimore*, que ocurrió poco después del término de la Guerra Civil de 1891, y que produjo incluso un conflicto internacional de proporciones, que estuvo a punto de llevarnos a la guerra con los Estados Unidos.

"Desgraciadamente en Valparaíso se escribió una página triste de las relaciones entre Chile y Estados Unidos. Un barco norteamericano, el *Baltimore*, estaba en la bahía y los hombres con licencia, bajaron a tierra y se enredaron en luchas callejeras con jóvenes chilenos. Sin duda la responsabilidad era compartida. Después de una investigación acuciosa y honrada, el tribunal recomendó la prisión de un norteamericano y tres chilenos. Por desgracia, nuestro ministro, Patrick Egan, un irlandés de flamígero patriotismo, dio cuenta del incidente a Washington, sin ningún espíritu judicial. James G. Blaines, Secretario de Estado, aceptó su versión y la transmitió al presidente Harrison, que envió al Congreso un mensaje en el que solicitaba autorización para emplear

la fuerza. Al final Chile pagó 75 mil dólares a Estados Unidos, a título de indemnización.

“Ha pasado mucho tiempo pero el resentimiento no ha muerto enteramente y nuestros enemigos usan toda la historia del *Baltimore* para crear prejuicios contra nosotros.” (CLAUDE G. BOWERS).

UN YANQUI BUENO

El yanqui William Wheelwright realizó muchas obras que requerían gran impulso y tesón para llevarlas a cabo. Construyó “el primer ferrocarril de Chile, que creo que también fue el primero en Sudamérica, aunque se realizó con dinero inglés. Wheelwright poseía genio para las empresas comerciales y era un hombre atrevido y visionario. El organizó la Pacific Steam Navigation Company, que ha operado durante más de un siglo entre los puertos chilenos y los europeos. Cuyos terminales eran Valparaíso y Liverpool.” (CLAUDE G. BOWERS).

VALPARAÍSO SEGÚN CAMILO MORI

“Nos llega el rumor de la ciudad, vemos los humos negros, blancos y grises de las fábricas y barcos; el tren que sale y el que llega, el ir y venir de lanchas, botes y barcos, hay pitazos y sirenas, o aquel vapor que entra por el norte, aquel zarpa hacia el sur, perdiéndose tras los cerros de Playa Ancha. Allá el gasómetro oscuro y solemne; aquí tranquilo, como cetáceo varado, el dique, allá abajo los vehículos y los hombres. El cementerio tan blanco junto a la cárcel gris y opaca; ¡todo reunido bajo la mirada nuestra! ¡No es lo mismo vivir teniendo una muralla en frente!”

PROCESIÓN DE SAN PEDRO

No transcribimos el hermoso poema de Diego Dublé Urrutia sobre "La procesión de San Pedro en Talcahuano", porque ocurre precisamente en ese puerto. Pero copiaremos la descripción de este evento en Valparaíso visto por un anglicano, el oficial de la marina inglesa Ricardo Longeville Vowell:

"En el día de San Pedro, que es el patrón de los pescadores, se juntan en Valparaíso todos los botes y canoas, adornadas con banderas, cintas y chales de mujer de todos colores. Se preparaba una lancha grande y muy decorada para recibir al Santo, que es sacado de la iglesia principal en brazos de un Padre, en medio de los repiques de campana de todas las iglesias. Al frente de la imagen y a su alrededor van bailando los catimbados (individuos que se visten con trajes como de una mascarada fantástica) hasta la orilla, a menudo dando vueltas en contorno y haciendo reverencia delante de ella; el sacerdote se embarca en seguida en la lancha, en medio de las aclamaciones del gentío que se junta para seguir la procesión, y del disparo de voladores y otras piezas de artificio. La lancha atraviesa la bahía, acompañada de la alegre flotilla de canoas y botes, en dirección a la Caleta, pequeña aldea situada sobre unos peñascos en la costa, habitada especialmente por pescadores, donde se levanta un altar en la playa para la recepción del Santo. Aquí la confusión es grande para alcanzar el honor de desembarcar la imagen, echándose todo el mundo al agua para recibirla, empresa en la que triunfan de ordinario los huasos, que se lanzan en sus caballos y llegan a la lancha antes de que toque la orilla. En conjunto es un espectáculo pintoresco, pero la fiesta, como la mayor parte de las que se verifican en el mar, rara vez termina sin que se vuelquen algunas de las canoas, ya por demasiado cargadas, ya por el aturdimiento de los espectadores en su alegría, persuadidos como se hallan de que los que participan en esta ceremonia con devoción y entusiasmo tienen asegurada una pesca abundante."

UNA CIUDAD EN INCENDIO PERMANENTE

En la primera parte de este libro se hizo una detallada cronología de los grandes incendios que han destruido parte de Valparaíso. Ya hacia 1829, don Ignacio Domeyko anotaba: "Los frecuentes incendios, sobre todo desde la creación de los cuerpos de bomberos, hacen que la ciudad esté constantemente construyéndose y destruyéndose, quemándose y reedificándose."

La frecuencia de estos grandes incendios hizo surgir tempranamente las compañías de bomberos. Desde entonces los bomberos, sus desfiles y ceremonias, han pasado a ser parte del paisaje humano de la ciudad.



Plaza de los Bomberos

BOMBEROS I

"El Cuerpo de Bomberos es una institución cívica espontánea que no tiene igual en el mundo entero. Los bomberos son voluntarios; cada colonia extranjera forma su bomba que compite con las otras de una manera entusiasta. Casi todos los jóvenes elegantes son bomberos. A lo mejor cuando está uno conversando con un grupo de amigos, suena el lento llamado a incendios. Los jóvenes se levantan a un tiempo, se despiden rápidamente, corren (...) Los clubes, los paseos se vacían en un minuto, y pasan los bomberos por las calles centrales con ruido ensordecedor de bocinas, sirenas; en los coches vense bomberos conocidos vestidos a la carrera, con una toalla enrollada al cuello. En Chile hay literatos bomberos, cosa que sería inconcebible en Europa, aun tratándose del movimiento Dadá." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO)

BOMBEROS II

"Al fin de año, época de balance, hay incendios todas las semanas, con gran regocijo de los sportsmen. Me dicen que en el patio de una casa incendiada encontraron los tarros de parafina que provocaron la catástrofe. La justicia es inerte en materia de incendios y quiebras. Valparaíso es una ciudad de comercio y tiene la manga muy ancha.... Probablemente en ninguna parte del mundo dejarían practicar las estratagemas comerciales fraudulentas que allá parecen naturales. Hay gente que cae, quiebra, va presa, hace un viaje al Norte, al Sur, regresa rica otra vez, vuelve a entrar en sociedad, vuelve a meterse en negocios arriesgados, quiebra otra vez; vende los chalets que, seguramente, construía en Viña y vuelve a empezar de peón. Ninguna sociedad es más elástica y más conforme con las alzas y las bajas de la vida." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

BOMBEROS III

Continúa Edwards Bello: "El incendio es un buen negocio. Parece que la cantidad de bombas y el entusiasmo bomberil de Valparaíso no fuese hecho sino con el fin de incrementar los incendios. Recuerdo haber comido en un restaurant de allá entre dos flamantes incendiarios, que después de prestar las declaraciones de fórmula al juez, volvían a ingresar a la vida social."

BOMBEROS IV

"La afición delirante de Valparaíso, desde el más acaudalado banquero o comerciante al más modesto cargador del muelle, son las bombas de incendio. Allí es bombero todo bicho viviente, y es tal la chifladura, que se gastan cantidades enormes en este género de distracción. El lujo de los uniformes y materiales es enorme. Carrozas verdaderamente regias y tiros de caballos valiosísimos. Útiles del más seguro y modesto éxito. Lucha desenfrenada por salir victoriosos los unos de los otros y ser el primero en llegar al sitio del siniestro; ejercicios casi diarios donde se derrocha el oro a manos llenas. Edificios ad hoc para cada sociedad de esas con sus clubes o sus casinos de ingleses, franceses, italianos, españoles y chilenos."

BOMBEROS V

"...había anunciada la prueba de una bomba recién llegada de Estados Unidos, de gran potencia, desfilaron por delante de los balcones del hotel donde yo me hospedaba, todas las sociedades de bomberos con todo su séquito de carrozas y vistosísimos caballos, con sus banderas y útiles de todo género, tardando en pasar más de tres horas aquel ejército con sus correspondientes bandas de

música. Deliciosísimo golpe de vista, sobre todo para aquel que, como yo, no conocía esa clase de sociedades en tan gran escala."

VISIÓN NEGATIVA

"...mi estada en Valparaíso no fue muy larga, pues a pesar del extravagante nombre ostentado por la ciudad, estoy convencido que éste sólo puede haber sido dado por personas que todavía sufrían los devastadores efectos de las arenas de Atacama. Sólo a los ojos de moribundos, el roquerío y las tierras erosionadas en que esta horrible ciudad está construida, pueden parecer el Valle del Paraíso." (PLATÓN ALEXANDROVICH CHIKACHEV).

VISIÓN POSITIVA

"¿Son las algas y las conchas? ¿Serán acaso las corrientes o las brisas? Sea como quiera, huele el mar de Valparaíso como ningún otro de los siete y de los siete veces siete del mundo." (AUGUSTO D'HALMAR).

EL MAR SE SECA

"Es digno de atención, como en toda la costa del Pacífico y también aquí, el continente va emergiendo lentamente sobre el nivel del mar y algunas veces, después de grandes temblores de tierra, surgen del agua con carácter permanente los negros promontorios de roca de granito o pórfido, en tanto que las costas arenosas y más bajas se van ensanchando cada vez más. La plebe sostiene que el mar se está secando retirándose del continente; los geólogos dicen que la corteza terrestre se eleva en estos lugares. En realidad, viene a ser lo mismo; aumenta el continente. Sólo en

Valparaíso, desde los comienzos de este siglo, cuando la ciudad contaba apenas quince mil habitantes y les venía estrecha en la costa, treinta años más tarde fue tanto lo que se ensanchó la parte baja de la arenosa costa, sobre todo en el Almendral, que ya hubo donde construir nuevas casas y nuevas calles y se produjo un curioso pleito entre el gobierno de la república y la ciudad, entre la municipalidad y los nuevos colonos por la propiedad de los terrenos recién creados; es decir, para establecer a quién pertenece el continente que surge del mar. La disputa no fue resuelta. El proceso se prolongaba y mientras tanto cada quisque construía casas; los más pudientes, ayudando a las fuerzas subterráneas, no escatimaban capitales en partir las rocas, con cuyos fragmentos reforzaban y elevaban los nuevos terrenos costeros. En él fueron erigidos palacios y comercios. Veinte años más tarde, cuando visité de nuevo esta villa, ya había allí casi 50.000 habitantes." (IGNACIO DOMEYKO).

ABASTECIMIENTO

"El mercado, en la Recova, está de ordinario bien provisto de carne, pescado, legumbres y frutas; pero como su abasto depende por completo de las aldeas y granjas situadas a distancias considerables del puerto, cualquier mal tiempo acarrea una escasez momentánea. A veces sucede también que los carniceros que proveen el mercado, que son todos propietarios de pequeños huertos y como no están atendidos para su subsistencia a la venta de la carne, se confabulan para no suplir al puerto hasta que no se derogue alguna impopular alcabala o contribución del mercado que consideran indebida." (RICARDO LONGEVILLE VOWELL).

FEA CIUDAD

En 1825, un viajero, G. F. Mathison, escribe un trabajo titulado *Santiago y Valparaíso*, en que dice: "...en vista de que la ciudad de Valparaíso era triste y falta de comodidades, alquilé un peón para guía en una excursión al valle de Quillota."

Pero no sólo fue este viajero a quien desagradó Valparaíso. A Eduardo Poeppig, que escribió *Un testigo en la alborada de Chile. 1826-1829*, también le disgustó bastante:

"Entre los numerosos forasteros que tocan anualmente Valparaíso, no habrá uno solo, sin embargo, que olvide más adelante, por mucho que se acostumbre a los alrededores del puerto, la impresión desfavorable que recibió de ellos al contemplarlos por primera vez. La sensación de la esperanza amargamente engañada que tuvo en aquel momento, no la volvería a olvidar más. Por otra parte, es difícil que ello no ocurra así. Mucho antes de alcanzar las tempestuosas latitudes del Cabo de Hornos, el viajero habrá tratado de abreviar el lento pasar de los días en los viajes de los mares tropicales leyendo los libros que existen sobre Chile. Casi en todos aquel país aparece retratado como el jardín siempre verde de las Américas, como una segunda Sicilia, en los cobres más brillantes (...) surgiendo con juvenil y amable frescura del seno del mar.

Luego Poeppig se encarniza: "De ninguna manera Valparaíso corresponde a las expectativas que podrían cifrar en atención a lo que parece prometer su bello nombre. El sitio mismo es el menos adecuado para construir una ciudad destinada a concentrar el comercio marítimo de un gran país. Ha comenzado a crecer en años muy recientes, pues todavía Vancouver encontró en el lugar una población insignificante. Donde ahora el espíritu activo de la industria europea y las bendiciones del comercio libre han reunido a miles de personas en una actividad útil, donde hay a menudo flotas de 80 o más veleros al ancla, el holandés Van Noort encontró en 1599, sólo una bodega, quejándose de no haber sabido qué hacer en un lugar tan solitario."

Más aún:

"Valparaíso, que no fue en otros tiempos el domicilio de fa-

milias muy nobles o ricas de Chile, se caracteriza muy en especial por su pobreza en atracciones, a la que se agregaban antiguamente su desaseo y miseria. Las autoridades no disponen de algún edificio público que sea más que un simple galpón, y ni siquiera las iglesias merecen el elogio de ser decentes. La llamada catedral es una construcción de dos pisos que semeja a una bodega, pequeña, irregular y construida de barro, y lo mismo puede decirse de todas las demás iglesias. La elegancia, la abundancia de ornamentos y el exceso de adornos, que dan su nota llamativa a las iglesias católicas en otros países, faltan en Chile.”

UNA VISIÓN RUSA

“Cuando la corbeta rusa *Senyavin* ancló en la rada de Valparaíso, el 20 de marzo de 1827, llegando allí desde Tomé, se encontró con una ciudad de 30.000 habitantes, la décima parte construida por extranjeros. El grueso de los vivientes se aglomeraban en los terrenos bajos y planos al sur poniente de la bahía. Algunos comerciantes británicos, franceses y alemanes habían construido pequeñas casas de campo sobre el cerro Alegre.

(...)Al mando de la corbeta *Senyavin* venía el capitán Luetke, quien acordó permanecer en Valparaíso un tiempo más largo, para alegría de los oficiales y naturalistas que venían en el barco.

“Arrendó una amplia casa donde instaló laboratorios para los naturalistas, un observatorio y algo típicamente ruso: una carpa para tomar baños de vapor.” (CARLOS TELLER)

INUNDACIONES

C. E. Bladh, marino sueco, que estuvo en Valparaíso en la década tercera del siglo pasado, relata las inundaciones en dicho puerto:

“Llovió a cántaros continuamente catorce días. El agua corría por los cerros cercanos, por sus cavidades (quebradas), aumen-

tando progresivamente la intensidad en tal grado que se percibían cataratas, allí donde antes se deslizaban arroyuelos tranquilos. En esta época estuve cuidando la casa de un compatriota, señor Olaf Liljevalch, que estaba de viaje; y por la lluvia y mal estado de los caminos fui obligado a permanecer en casa. Un día se sintió un ruido violento. Miré para afuera hacia la calle, y noté al instante que estaba llena de agua a una altura de dos pies. Fragmentos de edificios, utensilios de menajes, muebles, mulas, gallinas, ovejas y otros animales domésticos rodaban revueltos en la corriente furiosa. Como yo era el único hombre en casa y había una sola criada, (...) mi situación fue sumamente crítica, cuando el agua del patio, convertido en lago, se precipitó al vestíbulo. (...) La inundación duró, con pocas interrupciones, 14 días, durante los cuales un gran número de casas de lujo y modestas se desplomaron y, junto con árboles y plantaciones, fueron arrastradas por la tromba (...) La estupefacción y miseria era indescriptible. Muchas familias habían perdido no solamente sus casas, sino también por largo tiempo su subsistencia. (...) Los que no tenían casa fueron alojados, alimentados, en las de los más afortunados, en los edificios que se habían podido salvar, y muchos propietarios mantuvieron por varias semanas, de veinte a treinta personas de su propio peculio."

"EL MERCURIO"

Cuando apareció el 12 de septiembre de 1827 *El Mercurio* de Valparaíso, este puerto, se decía, no es una ciudad que podía proporcionar muchas noticias sensacionales. Bajo las tejas rosadas de sus casas de adobe, ocurrían pocas cosas extraordinarias. Porque la vida era monótona y porque el caserío era bastante reducido. Las casas se alzaban en las quebradas, en donde vivía la mayor parte de la población, que no contaba más de 15.000 habitantes.

Pero el primer número de este diario, desmentía tal aseveración con una noticia policial-diplomática de trascendencia internacional: "Juan Fullerton, oficial de la marina de S.M.B., de la

fragata *Doris*, llegó al teatro en estado de ebriedad, cuando la función se hallaba cerca del final. Quiso proporcionarse una localidad y ordenó a un vecino que se levantase de su asiento para ocuparlo él. Como es natural el aludido se negó a levantarse. Al verse desobedecido, el oficial dio algunas bofetadas al espectador. Se produjo un desorden que es fácil calcular. Algunos testigos del asalto trataron de intervenir, y el oficial británico sacó su revólver." El desorden tomó grandes proporciones. El mayor de la plaza, don Pedro Lasalle, ordenó la prisión del alborotador. A ejecutar esta orden se acercó el sargento José María Muñoz, y el oficial Juan Fullerton le disparó un tiro en el pecho, matándolo instantáneamente. Se produjo en el teatro una gran confusión que el oficial asesino aprovechó para escapar. Buscando al hechor, se detuvo a otros oficiales ingleses, y en esas circunstancias la fragata *Doris* desembarcó tropas para defender a los suyos.

"La noticia del desembarco inflamó al vecindario de Valparaíso. Cada uno corrió a su casa y a la guarnición en busca de armas. De ésta se logró sacar una batería de cañones.

"A las doce de la noche el combate parecía inminente. Autoridades porteñas en conversaciones con el cónsul inglés y los jefes de la fragata, acordaron se reembarcara la tropa inglesa y el Gobernador de Valparaíso ordenó retirar la artillería."

EL VIGÍA Y LA BOLSA

Poco menos de un año después, el 3 de junio de 1828, apareció en Valparaíso el semanario *El Vigía*, que se publicó durante siete semanas. Su director fue Diego Portales.

Más tarde, en mayo de 1840, surgió el primer diario comercial y noticioso, bajo el nombre de *La Bolsa*. Su editor fue don Rafael Bilbao. No fue efímero, salieron 229 números, lo que es índice de la actividad económica y comercial del Valparaíso de entonces.

OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

En Valparaíso se construyó el primer observatorio astronómico hecho en el país. Allá por el año de 1827 vivía en el puerto un relojero llamado Juan Mouat, que era apasionado por la astronomía.

En el primer número de *El Mercurio* publicó algunos datos meteorológicos. Luego construyó el observatorio de que hablamos. En ese tiempo Valparaíso era una aldea que sólo tenía una calle empedrada, la actual calle Serrano, que entonces se llamaba La Planchada.

A las doce exactas del medio día, se disparaba una bala de cañón que indicaba la hora oficial a los habitantes del puerto y a los capitanes de los barcos surtos en el puerto.

Esta costumbre se conserva hasta nuestros días. Un cañón del cuartel Silva Palma, en Playa Ancha, realiza este disparo con exactitud cronométrica, y como si fuera un rito religioso, los porteños consultan sus relojes, algunos los rectifican, otros esbozan una leve sonrisa de satisfacción y otros aceleran el paso.

TEATRO EN VALPARAÍSO

Casi todos los edificios de Valparaíso habían sido totalmente destruidos por el fortísimo terremoto de 1822, pero seis años después estaban reconstruidos en su mayor parte. Un viajero sueco, C. E. Bladh, señala que el viejo monasterio de San Agustín quedó totalmente en el suelo y luego fue reconstruido, pero ahora como teatro, lo que desagradó mucho a las familias más pudientes cuyos difuntos parientes estaban enterrados en dicho templo.

Dice Bladh que los "espectáculos eran mediocres; pero las funciones eran muy concurridas, principalmente por todos los extranjeros de paso a Lima."

GRAN PUERTO - 1828

"Valparaíso es hoy día no sólo el primer puerto de la República de Chile, sino que también lo es de la Oceanía entera pues sirve de recalada a todos los navíos que doblan el Cabo de Hornos.

"La primera impresión que produce es desfavorable, por sus montañas estériles y por sus pobres casas pajizas que afecta la sensibilidad del viajero que viene de Europa. (...) Pronto se descubre un tipo de vida agradable y placentero en el cerro Alegre, entre los chalets elegantes construidos por los ingleses", escribe en 1828 el viajero Jacques Antoine Moerenhout. Agrega: "Todo es allí nuevo, (...) pues el terremoto de 1822 destruyó la ciudad desde los cimientos (...) sin dejar casa en pie y aplastando en sus ruinas centenares de personas." (...) Lo que presta singularidad al paisaje, son las quebradas, de donde emergen a medida que se penetra en ellas, casas y cabañas que no alcanzan a divisarse desde la bahía. Allí se apiña una población numerosa, sorpresa que resuelve la incógnita de cómo una ciudad con una sola calle tenga una población de 25.000 habitantes."

LA REPÚBLICA DE VALPARAÍSO

"Valparaíso es, en verdad, dentro de la gran república chilena, una pequeña república donde cada cual vive como quiere; sin contradicciones, de una manera más libre que en cualquier país del mundo. Nunca se oye hablar de vejaciones, jamás se toman medidas arbitrarias o injustas, sobre todo en lo que se refiere a los extranjeros. Todo hombre se siente verdaderamente libre al pisar tierra chilena y de inmediato se advierte la dulce influencia de la libertad. No hay registros, vistas humillantes a la aduana, apenas si se abren los equipajes personales, jamás un empleado se atrevería a colocar su mano sobre una persona decente." (JACQUES ANTOINE MOERENHOUT).

UN BARCO SUECO

En la tercera década del siglo pasado entró en Valparaíso un barco sueco, después de 106 días de navegación. Una multitud de personas curiosas subieron inmediatamente a bordo, para admirar de cerca un barco cuya bandera solamente una vez antes se había visto ondear en estas aguas. Los chilenos exclamaban con cierto asombro: "¡Cómo un barco sueco ha podido encontrar la ruta hacia acá!

VIDA SOCIAL DE LOS PORTEÑOS

En este barco venía el marino sueco C. E. Bladh, quien dejó un testimonio sobre lo ceremonioso que eran los habitantes de Valparaíso: "La conversación entre las clases altas es aquí en general vivaz y fina, y la vida social fácil y natural. Sin embargo, las costumbres extranjeras habían reemplazado en parte la hospitalidad y cordialidad tradicional que se conserva en las ciudades y regiones de Chile que han tenido menos contacto con el extranjero. Aquí las visitas son más formales, la recepción y la vida social más reservadas. Los habitantes del puerto habían aceptado de manera general las maneras y modas extranjeras, por lo cual ellos eran considerados por los demás chilenos con una especie de desconfianza, y titulados con el sobrenombre de "porteños", a lo cual se agregaba a menudo el epíteto de "pintor" para denotar superficialidad. En este sentido se puede citar la tolerancia en materia religiosa que aquí es notable, en comparación con las regiones interiores del país."

También escribió algo acerca de la topografía urbana: "La ciudad, o el Puerto, como se le llama generalmente, tiene una sola calle que la atraviesa por lo largo; pero hay un buen número de caminos y senderos, que serpentean en muchas direcciones por todos los cerros y escarpados precipicios (...) Aquí se encuentra una región romántica, donde casas y jardines alternan desde el valle profundo hasta el cerro más alto, con una hermosa vista so-

bre el puerto y el mar. Muchos edificios elegantes han sido contruidos últimamente al lado del mar (...), entre los cuales se destaca la casa de un comerciante inglés (el señor Waddington), por la razón de que todas sus terminaciones de madera, como los crucesos, crestas, techos, suelos, ventanas, puertas, paneles, etc., fueron fabricados en Estados Unidos."

Donde estuvo la residencia de Waddington, hoy existe un jardín-plaza, que lleva su nombre, ubicado en Playa Ancha.

MIRANDO EL PUERTO

"Cualquier hombre del pueblo me comprendería si yo pudiera expresar el deleite de mis ojos ante los barcos anclados en el puerto de Valparaíso y la suavidad del ánimo endulzado por media botella de vino." (Luis Oyarzún).

TRÁFAGO PORTEÑO EN 1831

"...figuraos una muchedumbre llena de animación, compuesta de los diversos tipos que han tratado de bosquejar, pasando en direcciones contrarias por una calle angosta. El aguador que atraviesa por entre recuas de mulas y carretas; los comerciantes que discuten el precio y la calidad de la mercadería; sus dependientes que a toda prisa van y vuelven de la Aduana; el huaso de sombrero, poncho, botas, espuelas, sentado sobre su cómoda montura, apoyando los pies en los huecos y grandes estribos de madera y guiando a su dócil bestia; damas en traje de calle con su quitasol, seguidas por sus chinas araucanas; el dulcero pregonando sus dulces; un mercachifle, con grandes cantidades de cintas y fruslerías, y que alaba en voz estentórea la baratura de su mercadería; marineros montados a caballo, lanzándose hacia adelante a pesar de todo el obstáculo. Imaginaos todo esto y tendréis una buena

idea de lo que es Valparaíso cerca del desembarcadero, en día de trabajo por la mañana".

"A las cuatro de la tarde las calles están casi desiertas. A esa hora terminan los negocios; los chilenos duermen la siesta y los extranjeros se recogen a sus casas, siendo aquélla la hora de la comida. Al ponerse el sol despierta todo el mundo y de nuevo se animan las calles. Aparece el velero con su carga de inmundas velas de cebo atadas a una vara que lleva al hombro gritando: "¡Velas de cebo!"; y luego se oye otra voz que dice: "¡El hojalatero, bacinicas de hojalata muy baratas!" A esta hora salen los caballeros y las damas a dar un paseo; es también la hora de la oración —toca la queda—, cada uno se persigna y enseguida le desea a su vecino las buenas noches."

"Por las noches las tiendas están bien alumbradas y las calles animadas por grupos de señoras que salen a realizar sus compras." (WILLIAM RUSCHENBERGER).

Cuando yo era un joven de 20 años y trabajaba en la Municipalidad de Valparaíso, invitaba de vez en cuando a mi noviecita al Ramis Clar. Ella quedaba deslumbrada porque era una cerruca del Barón, igual que yo. Para deslumbrarla aún más le pedía al garzón un chocolate bien caliente a la española. Ella no se achicaba: "A mí, lo mismo", pedía ella también.

MUELLE

"Hasta 1830 los buques descargaban mediante lanchas las mercaderías. En dicho año se construyó un muelle de buenas proporciones."

"A menos de un año de haberse concluido el trabajo, aquellas estacas del muelle que no estaban forradas en cobre, habían sido completamente carcomidas por un animalito bastante curioso que se llama gusano barro por la semejanza de su cabeza a un barro común." (WILLIAM RUSCHENBERGER).

PORTALES CORRIGE A BELLO

Cuando Diego Portales colaboraba en *El Mercurio* de Valparaíso, allá por 1832, le escribió a don Antonio Garfias, que residía en Santiago, que le solicitara a don Andrés Bello un artículo en homenaje al ex Vicepresidente de la República, don José Tomás Ovalle, con motivo de cumplirse el primer aniversario de su muerte. Don Andrés lo hizo.

Portales volvió a escribirle a Garfias: "Recibí la "cosa" de don Andrés, (...) sólo el cariño que profeso a este hombre y el conocimiento que tengo de él, me hacen disculparle. Yo esperaba una gran cosa y cuando vi esa gran tontera, lo sentí, especialmente porque ya no había tiempo para hacer alguna otra cosilla; así es que tomé la pluma y puse cuatro porquerías (...) Sentiré que don Andrés se sienta desairado, porque quité tanta parte de lo que él escribió. Sólo por considerarle puse alguna cosa, aunque lo que yo escribí fuese peor."

FLORA TRISTÁN

Flora Tristán, viajera, escritora, revolucionaria, socialista, luchadora por los derechos femeninos y abuela de Paul Gauguin, en uno de sus viajes visitó Valparaíso y escribió: "... las alturas que circundan el mar están cubiertas de casas. La población se eleva a 30 mil almas. La ciudad presenta tres partes bien distintas: el barrio del Puerto o de la Aduana, formado por una sola calle, que se prolonga sobre las orillas del mar, por espacio de una legua. No está todavía pavimentada, y en tiempo de lluvia es una cloaca. La Aduana está situada frente al muelle: es un vasto edificio cómodo para su destino, pero sin ninguna decoración arquitectural. En ese barrio están las grandes casas de comercio de diversas nacionalidades, los almacenes, los depósitos y las hermosas tiendas de objetos de lujo. Allí la vida es activa, el movimiento continuo. Alejándose de ese centro, se llega al barrio del Almendral, único paseo de los habitantes. Es en esta parte

de la ciudad en donde están situados los retiros, las casas de recreo con hermosos jardines. (.....) El carácter de los chilenos me ha parecido frío. Sus maneras, duras y altaneras. Las mujeres son tiesas, hablan poco, ostentan un gran lujo en la toilette, pero su manera de vestir carece de gusto. (.....) Se dice que son excelentes mujeres de hogar, laboriosas y sedentarias. Lo que parecía probarlo, es que todos los europeos llegando a Chile se casan allí, lo que sucede con menos frecuencia en Perú.”
(FLORA TRISTÁN)

LOS CAUCES

Las anchas calles y avenidas que van desde los cerros al mar, por debajo de su pavimento extienden un cauce que tiene más o menos su misma anchura y extensión.

Conocí y exploré en mi infancia los cauces de la Avenida Argentina, Uruguay y Francia. El más ancho y más amplio es el primero. Durante el invierno arrastran las aguas de varias quebradas que convergen a ellos. Si cae una lluvia muy copiosa se transforman en verdaderos ríos subterráneos, que hacen saltar las tapas que existen más o menos en cada cuadra. Por estas tapas bajan los obreros a extraer arena para “limpiar” el cauce. Cuando están abiertas sirven para que los “lanzas” después de hurtar una cartera, salten a su interior. Los policías no se atreven a seguirlos a ese submundo donde ellos son los reyes.

En uno de estos cauces, cuya tapa estaba abierta, cayó una mujer, y sólo pudo ser rescatada en la desembocadura junto al mar ¡con vida!

UN TRANVÍA LLAMADO DESEO

Por la calle Castillo, hoy Tocornal, en el cerro Barón corría un tranvía. Su partida estaba en el comienzo de la avenida Portales, con-

tiguo a la estación superior del ascensor eléctrico. Corría por esta avenida y luego doblaba para entrar a Tocornal, hasta casi el final, porque cuando esta arteria empezaba a descender a la quebrada Cabritería, el tranvía se detenía, hasta allí llegaba la línea, además tenía unos topes de fierro, como barrera final.

Yo era un muchachito de seis años, miraba con ojos largos pasar al tranvía frente a mi casa, sabía que costaba diez centavos el viaje, pero yo no los tenía. Era a mediados de la década del veinte del siglo. Mi mayor deseo era hacer ese viaje en tranvía. Por fin tuve la moneda. La cobradora, con su gorra tipo militar y una placa de bronce que llevaba un número, me ayudó a subir. Llegamos al final del recorrido, todos descendieron, menos yo. "¿Y usted, niño, no se va a bajar?" Yo la miré asustado. ¿Bajarme en ese mundo extraño? Negué con la cabeza. Empezó a subir gente, ella iba cortando los boletos en la estrecha puerta de entrada, tocó una campanilla y partió el tranvía. Se acercó a mí: "Tienes que pagar de nuevo", dijo. Debo haber puesto cara de espanto. Ella sonrió y volvió a su puesto. Esa cobradora era un ángel. Un ángel que decía palabras sucias cuando los obreros o los "tiznados" de la Maestranza ferroviaria le decían gruesos piropos.

UNA SILLA EXTRAÑA

"Un cerro que demora (sic) hacia el norte del pequeño puerto de Quintero, con dos mogotes en su cumbre, llamado "La Silla del Gobernador" se puede distinguir con toda claridad antes que venga el temporal, aunque es raras veces visible en otros días. (.....) Se altera primeramente el mar, y luego se presenta el viento, que continúa de ordinario soplando con gran fuerza por dos o tres días. Durante ese tiempo es casi imposible desembarcar o subir a bordo, a no ser quizás durante una calma en bote ballenero del arsenal; en consecuencia, las naves que no se hallan suficientemente provistas de agua o comestibles, pueden verse en situación bastante mala. Raras veces pasa algún invierno sin que naufraguen varios veleros, y como la costa es rocosa en una extensión considerable, preci-

samente en la parte donde naufragan, se pierde de ordinario buque y carga por completo, y con frecuencia las vidas de todos los tripulantes." (RICARDO LONGEVILLE VOWELL).

EL BARRIO CHINO

"Junto a la plaza Echaurren está el "Barrio Chino" del puerto, con sus cabarets, como el "Zeppelin", llenos de color. En ningún punto de la costa del Pacífico, seguramente, alternan, en menos espacio gentes más pintorescas, sin que nada disuene ni desentone nadie. Es el gran salón donde, especialmente la noche del sábado, recibe el pueblo y muestra su distinción innata y su camaradería bien avenida. Marineros chilenos o de dondequiera, "cosacos" ⁶, paisanos proletarios o sin prole, artistas, turistas forasteros, alternan sin confundirse. Podría dárseles como ejemplo de cultura y en vez de pretender clausurar eso que los que no lo conocen llaman "antros", podría difundirse tan honesto solaz y esparcimiento para los humildes. Desafío que en los centros más aristocráticos, haya menos procacidad y más alegría." (AUGUSTO D'HALMAR).

VALPARAÍSO CAPITAL

"He de confesar que antes de ponerle título a esta crónica, busqué uno que completara la palabra Valparaíso, pero he de añadir que no hallé ninguno, como si esa palabra no necesitase adjetivo o, mejor, como si fuese un sustantivo adjetivado y quisiera ya decir ella sola: puerto y puerta, ciudad mágica, nombre único (...) Significa simplemente, y simplificado su acepción, uno de los siete

6. Cosacos: les llaman popularmente los porteños, a los miembros del Cuerpo de Artillería de Costa, por su extraordinaria rudeza con que tratan a los marineros cuando se los llevan detenidos, generalmente por ebrios.

puertos del orbe, en los siete mares; una de las puertas y de las llaves del mundo (...) Tiene esta ciudad maestra, esta ciudad nuestra, tanto abolengo cual ninguna otra chilena. Acaso podrían crearla en el extranjero la capital de Chile, si no ocurriese, insisto, que nadie sabe que Chile existe, mientras todos saben que existe Valparaíso. Yo lo siento mucho, patriotas y compatriotas, pero es así." (AUGUSTO D'HALMAR).

CIELO DE VALPARAÍSO

"El marinero anciano sentado en un banco de piedra contemplaba desde el cerro Mariposa la bahía de Valparaíso y sus ojos iban hacia el tiempo.

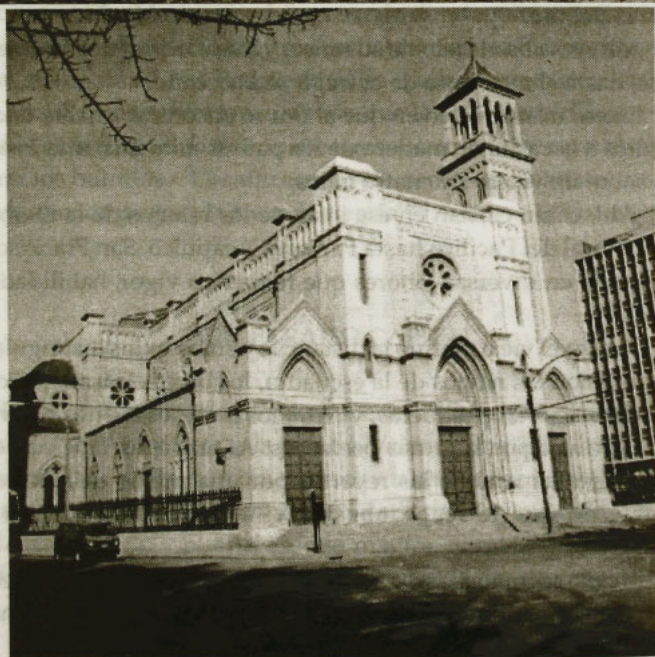
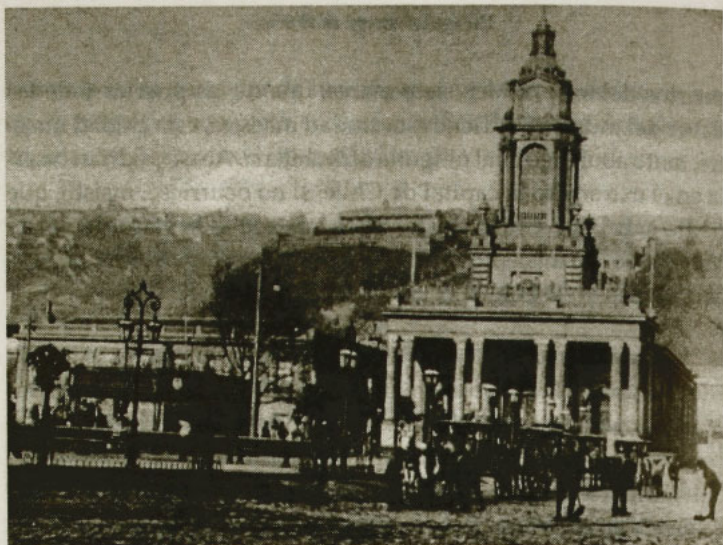
"Allí evocaba el cielo de su niñez, y más tarde el de la adolescencia hasta el momento de entregarse al océano.

"En ese mismo cerro en que ahora se encontraba había dado un adiós a la casita de madera de los padres para iniciar la aventura sobre un velero de cuatro palos.

"¡Ah!, cómo crecían en ese instante los retoños de la memoria. El litoral del Pacífico hasta Panamá, Acapulco, San Francisco, trabajando en diversas labores que requerían vigor, habilidad y silencio.

"Miraba el viejo marino la distancia, y sus pupilas distinguían con precisión los navíos de la escuadra, los barcos trasatlánticos, las embarcaciones pesqueras, y entre los mástiles lejanos revivía su peregrinaje por las rutas oceánicas. Añoraba las tabernas de las soñolientas noches, las reyertas por una mujer, después de beber vino que le recordaba los viñedos de Aconcagua y O'Higgins.

"El cielo se combaba en el horizonte y el humo de las chimeneas trepaba en el aire durmiéndose. La emoción vagaba por sus venas frente al océano y los cerros." (ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA).



Templos de ayer y de hoy:

Arriba: Iglesia del Espíritu Santo, a comienzos del siglo XX.

Abajo: La Catedral de Valparaíso a fines del mismo siglo.

PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

El alcalde de Valparaíso, Hernán Pinto, entregó en septiembre de 1998 unas voluminosas carpetas a la Cancillería, con el fin de que el Gobierno tramite ante la UNESCO la petición de que Valparaíso sea declarado Patrimonio de la Humanidad.

En América latina gozan de esa condición La Habana Vieja, Quito, Lima y Brasilia. En Chile el único lugar considerado como Patrimonio de la Humanidad es la Isla de Pascua.

Que una ciudad obtenga esta distinción le trae una serie de beneficios, entre otros, lograr créditos, en muy buenas condiciones, para mantener y restaurar edificios y lugares históricos, recibir donaciones de países y entidades particulares.

Así mismo implica un incremento en el turismo, especialmente internacional.

Algunos sectores más modestos en sus peticiones, solicitan que se declare Patrimonio de la Humanidad a los ascensores que trepan a los cerros, subiendo y bajando al pueblo. A ciertas horas destacan los obreros, los estudiantes y empleados. A otras, son gordas señoras que bajan y suben sus bolsas enormes, son las lavanderas que vienen al plan a buscar y entregar ropa. Esa ropa que hace flamear banderas inusitadas en la cresta de los cerros. Ellas reniegan de las lavadoras eléctricas, que les han venido a quitar trabajo. Todas concluyen que ninguna máquina deja la ropa tan blanca como ellas.

La postulación de Valparaíso para que se le reconozca como Patrimonio de la Humanidad, presentada por el alcalde Pinto, comprende la zona entre las plazas de la Aduana y la de Aníbal Pinto, incluyendo parte de los cerros Alegre, Concepción, San Juan de Dios y Santo Domingo.

Los monumentos históricos ubicados en esta área son:

Iglesia La Matriz / Castillo San José, actual Museo del Mar / Edificio ex Intendencia / Palacio Baburizza / Iglesia Anglicana San Pablo / Edificio Optica Hammersley / Edificio Blanco Encalada.

Los edificios afectos a protección por su carácter monumental y espacialidad interior relevante son:

Edificios manzanas ubicadas entre las calles Valdivia, Márquez, Bustamante y Cochrane / Mercado puerto / Entre las calles San Martín, Clave, Blanco y Cochrane / Entre las calles Almirante Pérez, Almirante Goñi y Cochrane / Edificios manzanas (cabezal) de calles Clave, San Martín y Almirante Riveros / Tribunales de Justicia.

Edificios de:

Correos de Chile / Torre Estación Puerto en Plaza Sotomayor / Torre Armada de Chile en Plaza Sotomayor / Banco de Chile de calle Prat / Banco del Estado de Chile de calle Prat / Tesorería Provincial / Bolsa de Valores / En calle Prat al lado del edificio Turri / Reloj Turri / Banco de Santiago en calle Prat / Del Registro Civil / Ex Banco Central Plazuela Turri con Almirante Gómez Carreño / Diario "El Mercurio" / Financiera Condell.

Ascensores

El Peral, plaza de Justicia / Concepción, plazuela Turri / Cordillera, en calle Serrano. / Reina Victoria, en Avenida Elías.

Paseos Miradores

Mirador plaza Eleuterio Ramírez del cerro Cordillera / Mirador Museo Lord Cochrane / Paseo Yugoslavo / Paseo Gervasoni / Paseo Atkinson.

Zonas Típicas

Entorno Iglesia La Matriz / Entorno Plaza Sotomayor / Cerros Alegre y Concepción / Entorno Plaza Aníbal Pinto.

Zonas de conservación histórica

Echaurren-Matriz / Calle Serrano / Sotomayor - Justicia / Calle Prat-Esmeralda / Cerro Cordillera / Cerros Alegre y Concepción.

LAS GUERRILLAS

En otro tiempo, de las guerrillas sólo se conocían las que había organizado Manuel Rodríguez, durante las luchas por nuestra Independencia. Y las que armábamos nosotros, los muchachos peleando de un cerro a otro, a peñascazo limpio a través de la

quebrada. ¿Por qué motivo? Simplemente porque eran de otro cerro, como quien dice de otro país. O en todo caso diferentes, como afirman Joaquín Edwards Bello, Augusto D'Halmar y algunos más. Las piedras llegaban al otro lado, cayendo en su parábola. Aprendí a pelotearlas en el aire. Lo que no se debía hacer era atajar con la mano los guijarros lanzados con hondas, incluso había que tener la vista aguzada para esquivarlos.

Eramos guerrilleros prudentes, ninguno cruzaba la quebrada y trepaba al cerro enemigo. Tal vez presentíamos esa sentencia: "Soldado que huye sirve para otra batalla."

Pero después hubo guerrillas dentro del mismo cerro, que se había dividido en patotas. Allí sí que hubo magullados y confusos. Eran luchas frontales, o no tanto, pero en todo caso a no más de cincuenta metros. Allí fue herido de un peñascazo Víctor, el menor de nuestra patota. El piedrazo le tocó un tobillo, se le inflamó, creo que para siempre. No lo lamento, porque cuando entró a la Escuela Naval y los fines de semana venía a su casa, vestido con su elegante uniforme marino, no saludaba a sus antiguos amigos de la patota.

METAMORFOSIS DE VALPARAÍSO EN "VALPARALUCES"

"El escritor Laurencio Gallardo, deslumbrado por la grandiosidad del Valparaíso nocturno, exclamó lanzando una afortunada frase: "¡Pero esto no debía llamarse Valparaíso, sino Valparaluces!". Hay que hacerle justicia a lo inobjetable de su pasmo. Porque el que no ha visto Valparaíso de noche, no ha visto fastuosidad feérica ni boato luminiscente que se le asemeje. Si la arribada lo hace desde el alta mar, su admiración abarcará los límites del estupor. Verá una colmena de luciérnagas ascendiendo desde la penumbra y mil collares que se entrelazan y se distienden como para cubrir una tiara gigantesca. A menudo, se le confundiría la iluminación del puerto con el desparramamiento de estrellas que engarza de banda a banda el cielo de morada lechosidad.

"¿Desde qué costado o esquina empezar a describir el sortile-

gio de los ámbitos porteños? Entremos en barco por el sur y después de Curaumilla captaremos un dilatado campo de cruces blancas y de vetustos mausoleos. Es el cementerio marino de Playa Ancha, el "Lofoten" nuestro, en cuyo seno duermen el liviano sueño de la muerte, marinos y marineros, calafates y comerciantes, sacerdotes y menesterosos. Allí el despiadado viento sacude con sadismo árboles y ornamentos funerarios, entretanto los cañonazos del oleaje atruenan al azotarse contra los acantilados. En el frontis de las sepulturas de los estibadores, o de los tripulantes, o de los donkeros, los constructores de tumbas han puesto eslabones de hierro a manera de guirnaldas y el viento castigador se complace en estremecerlos, entrechocarlos sobre el mármol de las lápidas, sinfonía macabra que introduce y perdura en los tímpanos para siempre.

"Y si entramos procedentes del norte, divisaremos una torre que se yergue en el cerro Barón y que todos los navegantes chilenos saludan alborozados, porque ello significa el puerto de arribo del vapor: es la torre del templo de San Francisco, fábrica de ladrillos semiinclinados bajo la gravidez de los años, de los temblores y del trallazo de los ventarrones. Por extensión, pues, los marinos denominan "Pancho" a Valparaíso (sabido como es que entre nosotros a los Franciscos se les llama "Panchos"). Con el pie aún sin tocar tierra, descubrimos unos bizarros rectángulos, apenas perceptibles, que suben y bajan de las pajareras de los cerros. No tardarían en explicarnos que esos rectangulitos son los "ascensores" o funiculares construidos para comunicar la parte plana de Valparaíso con la población encumbrada que habita las alturas, con la población que ha ido a buscar asilo por su pobreza o para sus ansias de evasión en la cima de los cerros. Sin los "ascensores", ¿qué habrían podido hacer? ¿Y sabrán esos habitantes del equilibrio (sólo un milagro de estabilidad permite mantener indemnes sus casas, al borde de las laderas y de los barrancos, unas encima de otras) que fue un escritor, Liborio Brieba, el inventor de tan pintoresco sistema de transporte urbano? Lo cual nos viene a probar que los artistas también suelen acometer empresas de orden práctico, en beneficio directo de la colectividad.

"Las calles de Valparaíso son a menudo muestrario de hom-

bres heterogéneos: usted encuentra por la calle Blanco o la calle Condell, el turbante del timonel hindú, la gorra del marinero de Marsella, el jersey del piloto escandinavo, la casaca del contraamaestre canadiense. Olor y color a países ultramarinos. La lengua de cien idiomas extranjeros mariposea en el oído del transeúnte. E intempestivamente pasa una mujer alta, de cabellera cobriza o áurea, y nos mira y nos entrega el mensaje enigmático y nostálgico de alguna isla perdida en los heteróclitos confines del septentrión.

“Según los barrios es el alma de las calles. El sector de la Aduana a la Intendencia posee una tristeza punzante, motivada, incuestionablemente, porque en sus aledaños se ha establecido el comercio del amor que aguarda la noche para revolotear hacia el corazón de los hombres. Puertas y ventanas furtivas. Faroles celestinescos. Pantallas al rojo. Motes que nos hablan de viejas trayectorias por los páramos de la ilusión y del vicio. Individuos de equívocas cataduras. Muchachas que exteriorizan, impudicamente, la línea nefasta que han escogido para encauzar sus existencias. Hay, además, los sarmentosos callejones que se cuelan por los paupérrimos hacinamientos de las viviendas humildes, habitáculos perennes de la miseria, de la delincuencia, del dolor y del desengaño. Siempre en actitud de trepar, de elevarse, de trazar un río de chozas en la cumbre del cerro. Quizás si en una intención involuntaria de solevantar la cabeza entre los astros, aunque las plantas permanezcan encadenadas en el fango...

“El sector comercial recibe al forastero con un rostro menos acerbo. Es como si las firmas comerciales de centenarios renombres, los bancos de llamativos letreros, las severas tiendas de artículos para damas, prestaran un timbre especial a las personas y las cosas. Aquí, la gente que mora en los cerros vecinos tiene una carátula distinta y sus habitantes se distribuyeron entre el bungalow de corte inglés y la casa de tipo funcional. Visten más cuidadosamente y se nota la influencia sajona en muchos de sus modales y costumbres.

“No se puede mencionar nada de Valparaíso que no lleve, como un sello heráldico, el colorido perpetuo de sus cerros. Jorge Castillo los ha sabido cantar con sencilla emoción en uno de sus “corridos”:

*En los cerros de Valparaíso,
siempre hay algo que invita a soñar:
unos ojos, unos labios, un hechizo
o la brisa que viene del mar...*

“La canción continúa enumerando estos bastiones que el porteo del solar natal añorará con una nostalgia inmarcesible: Playa Ancha, Cerro Alegre, Cerro Polanco, Barón, Los Placeres, Yungay, Ramaditas, La Cruz, Castillo, Cordillera, Toro, Concepción, El Litre, Molino, Las Monjas, El Arrayán, Recreo, La Loma, Las Perdices, La Cárcel, Larraín, Bellavista, Lecheros, Florida, Mariposa, Santo Domingo, La Virgen. Un rosario de nombres llenos de evocaciones: rotundas las unas, las otras suaves y persistentes como un aroma familiar.

(...)

“Hubo un Valparaíso que ha ido desapareciendo y que tenía los relieves de un aguafuerte de Toulouse-Lautrec: el Valparaíso de los bares alemanes, donde las más singulares marinerías arreciaban con alcohol el volcán interior de las pasiones y de las reminiscencias. Generalmente una *frau* atendía a los parroquianos, y en un rincón empavesado de humo, alguien tocaba la armónica, o el acordeón o la cítara. Había canciones procedentes de Hamburgo, de Bremen, de Heidelberg... Escritores, pintores y músicos se refugiaban en estas simpáticas galeras de la algarabía y esperaban, entre proyectos fantásticos y desmesurados, el resplandor de una gloria que no quería acudir a la cita o a la realización de un viaje dulcemente acariciado por las manos febriles de la juventud...

“Tampoco hay muchacho de Valparaíso que no conozca el nombre de los barcos que entran y zarpan de la rada. Como no hay mujer recién salida de la adolescencia que no se queme a diario las pupilas en la interrogación infatigable del horizonte, aguardando el arribo del managuá que anda embarcado en el *Latorre*, o en alguno de los veloces destructores. Así se desliza la vida en el puerto de nuestro origen. Apacible y violenta, amarga y meliflua, pero incansablemente pródiga en cordialidad y poesía.” (JACOBO DANKE).



Vista de la plaza Echaurren a comienzos del siglo XX

LA PLAZA ECHAURREN

“Otros aspectos, por así decir, terrestre, tiene Valparaíso, como ser su irremplazable plaza Echaurren, donde se congregan todos los días, al caer la tarde y finalizarse faenas y labores, como en el foro por excelencia porteño, los que huelgan y los que descansan y en torno a un charlatán cualquiera, oyen la Biblia, sin perífrasis, pues hay “canutos” que la comentan, o disquisiciones más o menos socializantes, o teorías de cualquier credo político, religioso o meramente mercantil.” (AUGUSTO D’HALMAR).

Olvidó mencionar D’Halmar, los vagos, borrachos, prostitutas y “vaporinos” que ocupan sus bancos o cruzan en distintos rumbos hacia la corona de bares que la circundan.

En esta plaza fue la primera vez que vi un negro. Debe haber sido un marinero de algún buque mercante.

EL BURRO DE JAIME

"Si vas a casarte, no llesves ni el genio ni los problemas de tu madre", se aconsejaba en el pasado en Valparaíso, agregando "no seas como el burro de Jaime."

Se trataba de un burro cargado de sal que trató de cruzar el estero de la "Quebrada de Jaime"; el pobre se ahogó porque la sal absorbió agua, se hizo más pesada y dio con el asno en el fondo.

Antes que esta quebrada fuera abovedada y transformada en un "cauce", los vecinos construyeron un puente, el "Puente de Jaime".

UN VIEJO BARCO LLAMADO VALPARAÍSO

"Todos los caminos de la nostalgia se cruzan en Valparaíso y siempre se le recuerda en una visión de daguerrotipo de la que surge el viento que ondula por sus cerros y aparece por sus esquinas lilas, sus sonidos que se orquestan allá en el fondo de un caracol pulido por el oleaje; el hechizo de sus muelles en los que desembarcan ávidos de emociones pasajeros transoceánicos; la subrepticia reminiscencia de un amor que nos hizo trizas el alma, un día escrito con afiebrada letra en la bitácora de este viejo barco llamado Valparaíso." (EUGENIO GARCÍA-DÍAZ).

LA CASA DESHABITADA

En la Avenida Argentina, donde empieza la subida José Santos Ossa, antes llamada subida Las Zorras, existió una casa que estuvo siempre deshabitada.

Era una casa grande, rodeada de jardines protegidos por elevada reja de fierro. La leyenda dice que hace muchos años, unos enamorados decidieron alhajar la casa antes de casarse, con los mejores muebles y menajes posibles. Por fin llegó el día de la boda.

La iglesia se repletó desde temprano, estaba resplandeciente de luces y flores. Todo estaba listo, el sacerdote, los padrinos, los invitados, los curiosos, pero el novio no apareció por parte alguna y nunca más se supo de él. La novia no quiso ocupar jamás la casa. (ALFONSO LARRAHONA).

BESOS QUE ARDIERON

"Valparaíso del amor, Valparaíso del recuerdo, Valparaíso de los tangos azules, Valparaíso de los temporales, Valparaíso de las noches y su niebla, Valparaíso de los naufragios, Valparaíso de las ilusiones perdidas y las confidencias, Valparaíso de aquellos besos que ardiéron para siempre." (EUGENIO GARCÍA-DÍAZ).

CREPÚSCULO PORTEÑO

"Valparaíso aguarda la noche. Ya los empleados y obreros han subido en lenta caravana y han encontrado su refugio cotidiano. Ya los "winches" y las grúas han inmovilizado su pescante. Ya llegó la última lancha con los "vaporinos" y los "picasales" ya abandonaron su endiablado golpear sobre las boyas y sus moluscos. A destellos Valparaíso se ilumina; llega de abajo un rumor en sordina (...) El cerro se duerme. El ascensor se detiene. Aquí o allá una lámpara encendida." (CAMILO MORI).

Una observación: el golpetear de los "picasales" no es contra las boyas sino contra los cascos de los buques que se están carenando en el dique.

LAS VIEJAS ALABAOS

“Las viejas Alabaos”, alguna vez debieron ser jóvenes y fueron reconocidas como las señoritas Vásquez; pero con el andar del tiempo y el batir de la lengua, fueron famosas por sus chismes y dichos: “Un pajarito me dijo que la señora del Gobernador, en el último sarao, le guiñó el ojo a un caballero marino inglés, colorín y buenmozo, ¿qué me dices?”

—¡Alabao sea el Señor!, —respondía la otra santiguándose—
¡Las cosas que una ha de ver y oír antes de morirse!

Tardaron en morirse y dieron el bautizo a la “Quebrada de Las Alabaos.” (CLAUDIO SOLAR).

EL CIRCO MÁS CHICO DEL MUNDO

En los sitios eriazos, ya sea en el plan o en los cerros, llegaban a ubicarse los circos, que aparecían por el puerto en septiembre, una vez pasado el invierno y aprovechando las Fiestas Patrias, para tener más público. En el fondo pasaban a formar parte del programa de los festejos. Debían competir con los gitanos por los lugares de ubicación.

Ostentaban grandes nombres internacionales: “Circo Barnum”; circo “Las Aguilas Humanas”; “Circo de Moscú”; pero siempre mostraban la hilacha: aparecía un Tony “Chicharrita” o un Tony “Caluga”.

Recuerdo que al final de la calle Castro, casi al llegar a la Avenida Las Quintas (hoy Julio Verne), en el cerro Barón, existía un pedazo pequeño de tierra, y allí se instaló un circo, con su carpa, no más grande que las que se usan para salir de excursión, con la diferencia que ésta lucía una colección de parches y remiendos. Constaba de una mujer, un hombre y un perro. A mí, siempre los circos me han dado pena. Pero éste era para llorar a torrentes.

Por esos años, el cineasta holandés Joris Ivens estaba filmando un documental sobre Valparaíso, contratado por la Universidad de Chile, gracias a las gestiones del secretario general de esa

institución, Alvaro Bunster, que a su vez me contrató a mí, para que le sirviera de cicerone al cineasta. Al encontrarnos con este mini-circo, Ivens se fascinó, y le dedicó muchos metros de celuloide. Me confidenció que pensaba realizar un corto documental, especial sobre él. No sé si lo hizo. Tampoco nunca he podido ver la película sobre Valparaíso. Es posible que haya quedado alguna copia guardada en alguna filmoteca en Chile. Sé que existe una en el Museo Pompidou en París.

JORIS IVENS

Alvaro Bunster era un gran admirador del cine y de la TV, que por esos años aún no existía en Chile. A través de su cargo de Secretario General de la Universidad de Chile quiso que esta institución filmara documentales sobre nuestro país y se fundara la estación televisiva.

Como ya lo hemos dicho, contrató a Joris Ivens. Aquí en Chile se entendía en francés. ¿Quién podría saber holandés en nuestro país en esos años?

Le dije a Ivens: después de París, a usted le puede parecer Valparaíso una ciudad pueblerina.

—Al contrario —me contestó con vivacidad—, Valparaíso tiene miles de callejas, escaleras, callejones, ascensores, rincones inencontrables en París.

"VALPARAÍSO"

"Cada cerro porteño tiene su carácter propio, y si vamos desde el Alegre a Los Placeres, o mejor desde éste a Playa Ancha, habremos visto mucha extensión del mundo y habremos admirado, desde el empaque británico hasta lo más típico de la vida popular chilena. Pero de lo que podemos estar seguros es de que no encontraremos palacios de cemento ni imitaciones de rascacielos,

pues los cerros han sacudido el lomo y han dejado caer al plan toda la vida ostentosa. Los cerros son la tentación de los pintores y la amargura de los urbanistas. Hasta ahora, el progreso municipal ha hecho pocas incursiones en el dédalo de sus callejuelas y todavía en ciertas esquinas achatadas y pintorescas se ve el viejo, el viejo brazo de hierro sosteniendo el chonchón de parafina.

“El cerro Alegre es elegante, con una elegancia sin pretensiones; más que elegancia es una corrección: un sentido del confort por sobre todo lo demás. Los gringos que construyeron la mayor parte de los edificios les dieron un carácter modesto y simpático, alegre y fresco. En gran parte de Playa Ancha se advierte este mismo sello. Playa Ancha tiene además sus zonas populares y sus quebradas amplias que se tragan grandes bocanadas de viento salino.

“Abundan las casas de madera tinglada, casa típica del puerto, tras de cuyos visillo se advierten interiores apacibles. En las mamparas se ven planchas de bronce con nombres ingleses y alemanes, medio borrados por el cotidiano frotar de algún marinero que sigue en tierra la escrupulosa disciplina del barco. Son casas de antiguos navegantes que echaron el ancla definitiva en ese cerro curioso de mar.

“En los cerros pobres se apretuja una humanidad que vive a la diabla. Callejones miserables, pululan chiquillos sucios y casuchas raquíticas se mantienen a bordo de la quebrada por un milagro de acrobacia.

“Valparaíso, como todos los puertos del mundo, sabe que hay que hacer algunas concesiones a las fórmulas sociales. Por eso alarga paralelamente varias calles con altos edificios y mucha elegancia. Pero tras esas calles aparece la verdadera cara de la ciudad, cara un poco cínica y un poco ingenua, con los ojos entristecidos a veces por la música de viejos pianos eléctricos, con labios que conocen los gestos de la embriaguez, de la oración y de la blasfemia.

“Muchos se engañan con Valparaíso. Recorriendo la calle Condell de los grandes comercios; la calle Prat de la Bolsa y los Bancos; la avenida Pedro Montt de los cines y los cafés; la avenida Brasil de las casas importadoras y exportadoras, creen que



Vista de la subida Carampangue

nuestro puerto tiene un alma simple a salvo de las grandes contaminaciones del viaje y del mar. ¡Engaño! Hay que seguir por las calles del Puerto, por éstas en cuyo espeso tejido se nos enredan los pies a cada momento; hay que recorrer las callejuelas que arrancan de la Plaza Echaurren y que se van estrechando poco a poco hasta clavarse en veinte encrucijadas... ¡Qué fermento de humanidad hay allí, qué inquietud del instinto, qué violencia de la vida!

“Hay casas en zigzag, con sus espinazos arqueados y sus paredes desconchadas, tan incrustadas unas en otras, tan trepadas unas sobre otras, que se necesitan grandes esfuerzos para adjudicarle a cada una el techo y la pared que le corresponde.

“En la puerta se balancean faroles que prometen: hotel “Tipperary”, “Bar La Estrella Chilena”, “Cocinería El Ancla”, “Casa de Cena Liverpool”, y entre estos faroles extendiéndose sobre fachadas enteras, otros letreros: “Agencia El Roto Chileno”, “Agencia El Loco Marino”, etc.

“En las calles del Puerto bulle una muchedumbre apresurada. Los vendedores de frutas gritan sus mercancías, las orquestas de ciegos reúnen grupos de mujeres, de marineros y de vagabundos. Circulan criadas con canastos, burgueses, tipos con el jockey y calado hasta los ojos, la colilla del cigarrillo casi quemándole los labios.

“Este es el Valparaíso del Puerto. Basta un poco de deseo para que sobre las callejuelas que trepan a los cerros como culebras, aparezca cabalgando jocunda e impúdica, una mujer gorda con el rostro lleno de colorete.

“De noche, las radios y los acordeones calafatean perfectamente todas las junturas del gran barco de sombras, del cual los solitarios y los calaveras que se aventuran por el Puerto desembarcan las más tiernas memorias. Con esto la noche se hace más pesada y se tiende sobre los malecones y sobre las calles, desde la avenida Errázuriz hasta Clave y aquellas que circundan la iglesia de la Matriz. Porque también en Valparaíso lo divino y lo demasiado humano se mezclan en una confusión sin sospecha y sin recelo. En los bodegones de los muelles frente al mar, se respira un ambiente salino y agrio. Cerca de los techos se tienden hileras de banderitas de papel. Hay grandes fritangas que atraen a los marineros y a los cargadores. El pasto aprensado que se arruma en los muelles echa hacia adentro un perfume de campo en conserva...

“¿Y la tradición heroica? Un puerto de historia debe tener también su página guerrera. Valparaíso la tiene. Las viejas piedras de sus calles sienten en las noches de tormenta el paso recio de los grandes capitanes. Lord Cochrane y Blanco Encalada partieron desde aquí a cumplir sus epopeyas, a dibujar en esta parte del Pacífico el tatuaje dramático de los abordajes y de las batallas. También los barcos corsarios conocieron las aguas de este Puerto y en las calles de la ciudad vieja más de alguna novela de aventu-

ras se epilogó con un desfalco o con el rapto de una mujer hermosa.

"De noche, Valparaíso es un anfiteatro de luces parpadeantes. Bello escenario para un adiós sin regreso, para abandonar algo que se amó por encima de todo. Escenario fantástico que el viajero recordará cada vez con más simpatía. Porque Valparaíso es una palabra que puede escribirse con orgullo en la geografía sentimental". (SALVADOR REYES).

VALPARAÍSO, EL VIENTO, EL VIENTO VALPARAÍSO

"...Desde comienzos de septiembre hasta fines de abril, el viento sopla aquí continuamente del Sur... en las tardes, el viento que aún no se ha dejado sentir en la bahía, aunque ha estado soplando fuerte afuera, parece al fin haberse acumulado a la espalda de la península que forma el puerto y se deja caer sobre él, corriendo con violencia sobre la bahía. Continúa por algunas horas entre las quebradas, con tal violencia no mermada, que obliga con frecuencia a las naves a garrar de sus fondeaderos; sobre todo si se hallan ancladas frente al Almendral, donde, por causa de la mayor exposición al viento en que se hallan, sufren su mayor furia. Resulta bastante desagradable andar por las calles a tales horas y, a veces, hasta difícil estar de pie ante sus violentas rachas. Las arenas sueltas saltan a la cara con tal fuerza, que suelen lastimar, y el polvo menudo y tierra que vuela de los cerros son levantados en columnas a tanta altura, que van a caer dentro de la bahía, entre los buques. Las calles quedan desiertas del todo, y los vecinos dentro de sus casas se ven obligados a encender velas, mientras persiste el viento, porque el polvo penetra aún en los baúles y escritorios y cubre el mobiliario entero de las habitaciones." (RICARDO LONGEVILLE VOWELL).

EL VIENTO DE VALPARAÍSO

“Los vientos de Valparaíso soplan en verano y durante tres días cabales, revelando con este límite su carácter de cosa viva e inteligente. El viento sur se adueña de la ciudad de manera súbita deshilachando las nubes, expulsándolas. Despejaba el cielo y los lomos de los cerros; pasaba con mil ruidos disímiles que nuestros oídos filtraban y aglomeraban en concierto. En el mar rizado, de color verde claro, la vieja Boya de Buey ululaba; en los lomos redondos y rojizos de los cerros las basuras bailaban en tirabuzones diabólicos; las casas se estremecían en sordo ruido de latones y planchas de cinc en la parte baja; al encajonarse, producía otro ruido de alas inmensas y de seres triturados; de cabalgatas triunfales, de escuadrones invisibles. En los alambres arañaba, arrancando notas peculiares. Ese gran viento del sur me hacía soñar. En pleno día la ciudad quedaba solitaria con un aspecto insólito, de abandono; solamente el viento la habitaba con un acompañamiento de arenas y microscópicos gérmenes.” (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

¡EL VIENTO, EL VIENTO SUR!

“Todos necesitamos de fuerzas naturales para poder vivir. En mi niñez una de las fuerzas plasmadoras fue el viento de las vacaciones. Venía de distancias enormes a decirnos historias tan vagas y turbadoras como espejismos. ¿De dónde venía el Dios Aire? Del sur, del sur y de todas partes, aún más allá de la tierra. Puertas y ventanas sonaban con chasquidos como balas, los sombreros huían, las faldas de las mujeres se apretujaban a sus formas; los papeles danzaban zarabandas, y al fin, en las calles sólo quedaba el viento -amo y señor- susurrando en las avenidas, estallando en las encrucijadas, lamiendo las crestas de los cerros a grandes aletazos. A mí me agradaba encarar esa tempestad seca. Misteriosa energía era comunicada a mi cuerpo por el viajero presente y ausente. Muchas veces subí a los cerros llevándole la contraria; riéndome de sus esfuerzos para detenerme, y en cualquier ba-

laustrada rústica, en cualquier balcón de cerro barrido y reque-
mado, me detenía sujetándome a dos manos el sombrero para
mirar a la ciudad desposada con el viento. Ya todo Valparaíso era
viento y concertábamos los ruidos próximos y distantes en la for-
ma más sugerente que escuché. El viento era el huésped intangi-
ble, enorme y múltiple. Oteaba los barrancos, las torrenteras, las
quebradas, las lejanas gratas para cimarrear, los precipicios, con
casuchas y conventillos apuntalados, y todo eso vibraba y todo
eso cantaba la enorme y delirante sinfonía. El mar era una masa
viva de color de cosmos, ese mar de Valparaíso que apagó cráte-
res de pesadilla tenía un color verde claro, y ahí, al cabo de tres
días para beber y saciar su sed el viento sur, el padre viento, nues-
tra deidad de porteños". (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

EL BOTE SALVAVIDAS

"En el muelle Prat, cerca del embarcadero y al borde mismo del
agua, se levanta una pequeña construcción de madera que puede
ser confundida con una garita de la Aduana. Es el "Bote Salvavi-
das". (...) uno de los sitios mágicos del mundo en que se concen-
tra la poesía de los puertos.

"En un principio este local no fue sino el cuartel del "Cuerpo
de Voluntarios del Bote Salvavidas".

"Cuando sopla el temporal; cuando las olas muestran sus
negros colmillos de espuma, y los clavan en las bordas de las bar-
cas pesqueras; cuando sus mandíbulas formidables cercenan las
amarras de los navíos; cuando, a través de la oscuridad y de la
confusión, los reflectores lanzan sus señales angustiosas, el "Bote
Salvavidas" va al encuentro del desastre, tripulado por unos cuan-
tos hombres resueltos a no tolerarle al mar sus malas jugadas.

"Los miembros de este organismo son voluntarios. Como los
bomberos, no reciben remuneración alguna, al contrario, deben
sacar de su peculio personal dinero para diferentes cosas, entre
otras sus uniformes.

"Estos hombres "salvan naufragios, restablecen espías, afe-

rran cadenas y, después de horas de lucha y peligro, vuelven a su cuartel. Si la guardia los releva o el temporal amaina, cada cual va a sus ocupaciones..."

"La guardia dispone de cabinas con literas y ojos de buey, como a bordo. Existe también una gran sala donde el directorio de la institución celebra sus sesiones (...) Esta sala está adornada con trofeos de batallas contra la tempestad, con recuerdos del viejo Valparaíso y de amigos que han pasado en vapores modernos o en navíos que ahora se pudren en el rincón de un puerto lejano.

"En un principio eso era todo; pero como los voluntarios y ciertos amigos se complacían en aquel sitio, nació la idea de crear un restaurante. Se instaló éste en una pequeña sala con galería de cristales sobre el mar. La clientela afluyó, atraída por lo pintoresco del sitio y por la excelencia de la comida." (SALVADOR REYES).

OTRA VISIÓN DEL BOTE SALVAVIDAS

"Un grito en la bahía: una sirena intermitente de barco a la deriva hiere el ámbito. Miles de ojos y corazones angustiados interrogan la lejanía. Allá, ¡aquel buque!... Pero allá va también al impulso de sus remos (así yo lo recuerdo) el bote salvavidas; minúsculo, blanco de cuerpo, cuajado de remos, apareciendo a ratos sobre las olas, perdiéndose por tiempo angustioso en las profundidades. Pero a poco llega, la "espía" salvadora se amarra a la boya. Estoy cierto que en ese momento desde el anfiteatro de esa gran arena que es el puerto estalla una ovación, que se pierde junto al alarido del viento." (CAMILO MORI).

PINTORES

"Valparaíso fue a comienzos del siglo XIX múltiple centro, el de la aventura de las perlas en los mares del Sur; en la propagación de la fe religiosa en las islas paradisíacas del Pacífico, y esta incor-

poración cosmopolita, lo transforma en uno de los temas predilectos de la pintura, el grabado y la novel litografía.

“Es éste el Valparaíso de María Graham, la triste viuda que encontró consuelo y tranquilidad de espíritu, entre las flores y los arbustos silvestres de los cerros, y en la alegría espontánea de las fiestas vernáculas.” (EUGENIO PEREIRA SALAS).

René Quevedo es otro gran pintor que ha sabido, con mucho talento, adentrarse en el alma de Valparaíso como ciudad-puerto, en visiones panorámicas de sus cerros, su bahía y sus barcos, o en estampas de sus callejas, cuestras, escaleras donde transcurre la vida humana.

UN ARTISTA REBELDE

“Carlos Wood, nacido en las vecindades de Liverpool, artífice en uno de los reputados talleres de porcelana inglesa, marino y dibujante, tuvo que abandonar su tierra por la rebeldía de sus ideas radicales. Establecido en Boston, se enroló en la marina norteamericana, y en calidad de cartógrafo vino a Chile, a bordo del navío *Macedonian*.

“Cumplido su contrato, se puso a las órdenes del Ejército Libertador de O'Higgins y San Martín, ganando fama por sus construcciones defensivas en el conflicto bélico. Fue profesor de pintura en el Instituto, y autor del Escudo Nacional que desde 1826 personifica la Patria. (...) Podríamos decir que Carlos Wood fue el pintor por antonomasia de todos estos decenios. (...)

“Son muchos los temas porteños de Carlos Wood, singularmente su tela “Valparaíso después del temporal”, en que se eterniza esa desolación sobrecogedora que provocan los vientos, con su triste estela de naufragios.” (EUGENIO PEREIRA SALAS).

WHISTLER

Nació en Estados Unidos, pasa su adolescencia en Rusia, luego regresa y abraza la carrera militar, ingresando a la Academia de Guerra de West Point. Pereira Salas nos cuenta de él:

“Su viaje a Chile es una aventura que se explica por su espíritu inquieto y libertario. A la hora en que la libertad estaba amenazada en Chile por el peligro de la invasión española de la escuadra del almirante Pinzón, Whistler sentó plaza de soldado chileno y como voluntario llegó a Valparaíso en los días del bombardeo. Dejó eternamente presente en la pintura contemporánea la visión modernista de Valparaíso.”

MÁS PINTORES

Cuando aún los veleros daban la vuelta por el Cabo de Hornos, llevando salitre, llega en uno de estos barcos, trabajando como marinero, Desiré Trubert, quien pinta *Vista de la Caleta del Membri- llo*, el *Muelle Prat*, entre otras obras.

El inglés Guillermo Walton pinta: *Quebrada de Viña del Mar*. Alfredo Valenzuela Puelma se inspira en diversas calles y calle- juelas del puerto. El alemán Theodor Ohlsen, formado en las aca- demias de Munich y Berlín, pinta varios cuadros de Valparaíso. Dos de sus marinas se encuentran en el Club de Viña del Mar. J.C. Puttner pinta el puerto en pleno apogeo de veleros que convier- ten la rada en un “jardín de mástiles”. José Selleny, austriaco, di- buja cerros, calles, barcos, para la expedición científica ordenada por el Archiduque Fernando Maximiliano, en 1859. Además pin- ta una acuarela panorámica de Valparaíso. Juan Francisco González, “El Maestro”, como le llaman los artistas plásticos, pasó su juventud en Valparaíso, pintó paisajes, cerros, mar, gentes de todos los oficios, mujeres, niños. Thomas Somerscales se retiró de la marina británica, por haber contraído el paludismo en Pana- má, y se estableció en Valparaíso, dedicándose a la pintura que llevaba como una vocación soterrada. Introdujo en la pintura chi-

lena la pasión por el mar, sus barcos y sus hombres, así como las glorias navales de Chile. Uno de sus famosos cuadros, "Off Valparaíso", se encuentra en la Tate Galery de Londres. Hermosas marinas salidas de su pincel adornan los salones del Club Naval de Valparaíso.

EL GRABADOR CARLOS HERMOSILLA

Así como Juan Francisco González fue llamado "El Maestro", a Carlos Hermosilla Álvarez se le llamó "El padre del grabado en Chile"

Don Juan Francisco viajó de Valparaíso a Santiago, Hermosilla lo hizo a la inversa, terminó sus estudios en la Escuela de Artes Aplicadas en la capital e inmediatamente se trasladó a su puerto natal.

Hermosilla se caracteriza por dos aspectos fundamentales: grabados en que muestra una verdadera galería de personas sufrientes (los humillados y ofendidos de nuestro país) y la otra: escenas de Valparaíso, sus cerros, la ropa tendida en la cumbre, sus pescadores, sus ascensores, sus conventillos suspendidos en el aire, sus escaleras que trepan bordeando casas hasta pequeñas explanadas.

Hermosilla, cuando joven, empezó a sufrir tuberculosis a los huesos. Cada cierto tiempo tenía que concurrir a los hospitales donde lo operaban. Esta cirugía consistía en la amputación de un trozo de hueso del miembro afectado. Soportó innumerables operaciones, que terminaron con una pierna hasta más arriba de la rodilla y con un brazo hasta más arriba del codo. Era el "chongo", como decía, que le servía para sujetar la plancha metálica ya sea de zinc o de cobre y con la otra realizaba las incisiones, con su única mano, cuyos dedos eran un tanto deformes, debido a esa misma enfermedad. Por suerte ésta se detuvo y el artista pudo realizar una vida normal, junto a la última enfermera que tuvo, Marina. Austero y generoso, tenía una modesta jubilación de la Municipalidad de Viña del Mar, decía que para él y su mujer era

suficiente. Una vez que le llegó un cheque desde Polonia por cien dólares, decidió enviarlo a la Sociedad de Escritores, en Santiago.

Cuando yo estaba exiliado en Costa Rica, me envió un cartapacio que contenía muchos de sus grabados, para que hiciera una exposición. Supuse que debía estar apurado de dinero, lo que era cierto. En la muestra sólo vendí un grabado, pero los restantes fueron saliendo después.

Era alegre, optimista y sentimental. Le gustaba tocar la música de boca y cantaba afinadamente, con voz ronca y profundamente emotiva, si así se pudiera decir. No recuerdo el nombre de su canción preferida, pero sí alguno de sus versos, que él terminaba de cantar anegado en lágrimas:

*Desde mi montaña
he bajado al valle
con una canción,
para pedirle a Dios,
Nieve, viento y sol:
Nieve para las penas,
viento para la sombra
y sol para la sombra
de mi corazón.*

Fue militante comunista convencido e inalterable. Pintó retratos monumentales para los desfiles que se hacían en Valparaíso: Recabarren, Lafertte, Contreras Labarca, Allende.

La última vez que lo visité, en el barrio Miraflores de Viña del Mar, estaba en la ventana del segundo piso de su casa, me vio, me hizo una seña y desapareció, y luego surgió con una armónica que empezó a tocar en señal de bienvenida.

Hermosilla entregó todo lo que sabía a sus alumnos en la Escuela de Artes Plásticas de Viña del Mar. De allí surgieron estu-
pendos grabadores. Es por eso que ese grupo se llamó la Escuela de Grabadores de Viña del Mar, conocida más allá del ámbito de nuestras fronteras.

HUELGA

"Recuerdo una huelga de la levantisca gente de mar. Fue sangrienta e incendiaria. Durante dos días los huelguistas dominaron al Intendente, por las noches sentíase el granizo seco de las ametralladoras. La Compañía Sud Americana de Vapores fue incendiada. Entonces vi yo el primer muerto a bala; era un muchachón de esos que llamamos con justicia rotos, porque van hechos una compasión mostrando las carnes por cualquier parte del cuerpo; habría bajado al río revuelto desde su cerro; no tenía nada que perder..." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

CRÍMENES

Prosigue el cronista: "En Valparaíso se han cometido terribles crímenes que producen en mi ánimo una impresión de horror especial. ¿Por qué, pregunto, estos crímenes de Valparaíso causan en mí mayor impresión de horror que los crímenes de otras partes? Yo no encuentro más que una respuesta. Es la obscuridad, la terrible obscuridad de Valparaíso. La noche pavorosa. Yo recuerdo con horror esas noches de Valparaíso viejo. Cuando se narra un crimen, uno reconstruye inmediatamente la escena en la imaginación (...) Cuando recordamos a Dubois, es toda la sicología del puerto que revive; (...) las callejuelas propicias al golpe de mano, el aburrimiento sin fin de la noche porteña. La obscuridad hizo germinar en ese cerebro protervo, degenerado la idea del crimen monstruoso. Dubois, bestia humana de Zola, monstruo lombrosiano, mataba por el placer de matar; francés de la clase Landrú, genio del degüello, tenía una larga lista de clientes propicios al knock-out por el laque. Asistió al entierro de sus víctimas." (JOAQUÍN EDWARDS BELLO).

LA PIEDRA FELIZ

¿Una feroz ironía o una creencia entre folklórica y religiosa ha hecho que los porteños llamen "Piedra Feliz" a una alta roca que se alza a un costado de la popular playa de Las Torpederas, donde hasta su cima ascendían personas solas o parejas de enamorados que por diversas adversidades se lanzaban desde lo alto al mar, estrellándose contra otras rocas que se encontraban a flor de agua?

Para evitar tanta tragedia, la Municipalidad de Valparaíso decidió, a dinamitazo limpio, rebajarle la altura, más o menos hasta la mitad. No obstante la tradición amorosa pudo más y los suicidios continúan.

EL AIRE

"Cuando Valparaíso era un Emporio, era una ciudad de olores. El perfume de los chocolates, de las galletas, cubría manzanas enteras. Los olores aterciopelados y misteriosos de las especias acumuladas en las bodegas; las ácidas tufadas del humo de los vapores y de los trenes; el olor de las jarcias, de la lona, de la brea... de los callejones sombríos. Hoy nos queda solamente alguna bocanada de anhídrido carbónico." (Lukas)

LO "REAL MARAVILLOSO"

"No hay que sorprenderse si vemos anclado un bote en lo alto de un cerro, al pie de un eucalipto, o si caminando por la antigua calle de la Tubildad, nos sale al paso una osamenta de toro (...)

"En Valparaíso todo está envuelto en poesía, pero desde luego, los ascensores constituyen lo más enigmático y asombroso del

puerto. Benjamín Subercaseaux decía: "No he visto nada más absurdo y atrayente." (MANUEL PEÑA MUÑOZ).

LA BOYA DEL BUEY

"Pero también hay un día en que allá, en Las Torpederas, la boya del buey muge al soplo del viento norte. Vienen la lluvia y el frío. El gris despinta las fachadas de las casas y los cerros se arrebuja de bruma. Los niños callan y se encierran, y no hay más voces que las de la lluvia y el viento silbando entre las calaminas. Con las aguas bajan los varones enfundados y oscuros a trabajar (...) en tanto los hombres de mar, impacientes y aburridos, escudriñan el mar renegrido, hosco y desatado, mientras el cabecear de los barcos va indicando la marcha del viento, de norweste, que hizo subir hasta el tope la señal de "temporal de tercer grado" de la Capitanía del Puerto". (CAMILO MORI).

Esta señal consiste en tres luces verticales, colocadas debajo del edificio del Depósito de Marineros, a un costado del cerro de Playa Ancha. Si las tres están verdes es muy buen tiempo. Dos verdes y una roja, regular. Dos rojas y una verde, malo. Tres rojas, pésimo. Ningún barco puede entrar a la bahía.

PORTEÑOS HOLANDESES

Los porteños lograron hacer retroceder las olas hasta la actual avenida Costanera en una labor parecida a la realizada por los holandeses, evidentemente en menor proporción. El recordado Lukas comentaba: "En las épocas en que a Valparaíso le ha ido bien, se le ha ganado terreno al mar. Y cuando le va mal, se encarama a los cerros".

ANCLAS DE SEÑALES

Sobre los muros de los edificios céntricos de Valparaíso se colocaban pequeñas anclas de fierro que señalaban qué nivel existía con respecto a altas y bajas mareas.

Era una medida importante para fijar la pendiente de los desagües y evitar que, en vez de salir los desperdicios por los lavaplatos y tazas de inodoros hacia la casa misma por la alta marea, fluyeran siempre al mar.

EL TIEMPO EN VALPARAÍSO

“No olvido (...) la excentricidad de aquel oficial de marina que jugó su carrera en la absurda apuesta de que adelantaría el cañonazo de las doce. Y lo adelantó en un cuarto de hora. Tuvo el gusto de ver cómo las tiendas se cerraban precipitadamente y corrían desaladas y perdían el tren, porque partían a los trenes antes de la hora. Lo pagó con su destitución inmediata. Yo lo conozco, trincamos juntos alguna vez en el Bar de lo Imprevisto, y me habló melancólicamente de ese momento impagable de su destino, sin remordimiento ni arrepentimiento”. (AUGUSTO D'HALMAR).

PUERTO SUCIO

“Valparaíso es un puerto desaseado, formado por pequeñas casas de barro, raras veces de más de un piso, y situado en las laderas de un cerro que baja en declive al mar. El paisaje de los alrededores es árido, o al menos cubierto de muy escasa vegetación, y ya sea que se mire cerca o lejos, el paisaje del lugar carece siempre de atractivos. Cómo un nombre, que traducido literalmente significa “Valle del Paraíso”, puede aplicársele”. (G.F. MATHISON).

MISERIA

“Sin embargo la mayoría de la población actual vive mal; y a pesar de sus adelantos numéricos, la disminución operada por la muerte es espantosa. A nuestras poblaciones pobres podría aplicarse el terrible y elocuente dicho de Rossi: “Son poblaciones que parecen nacer únicamente para morir, conscientes que apenas viven una batalla y luego caen, ejército en que no hay veteranos.” (JUAN BAUTISTA ALBERDI).

EMPORIO DEL PACÍFICO

Alberdi agrega: “Valparaíso ha sido siempre y continúa siendo hasta el presente, el emporio mercantil del Pacífico. En sus almacenes vienen a surtirse las plazas de Tacna, Moquegua y Puno (en el sur del Perú, por Arica); Potosí, Cochabamba y La Paz (en Bolivia, por los puertos de Cobija y Arica); San Juan y Mendoza (de la República Argentina) por la cordillera; Salta por el despoblado de Cobija.

“El consumo de todas estas plazas es considerable y basta por sí solo para mantener un comercio activísimo.”

ÚLTIMO REDUCTO

“A la parte de la playa y al pie del morro del Barón quedaba la caleta, último refugio de los primitivos pobladores del valle de Quintil, que la invasora civilización había ido empujando hacia las colinas y que allí vivían en la paz de su miseria y del trabajo, pescando congrios y secándolos al sol.” (BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA).

CORRIDA DE TOROS

“Allá por la jura de un rey, o la notificación oficial de quedar encinta una princesa, solía también correrse toros en la plazuela de San Francisco, (...) sirviendo de anfiteatro para los espectadores la explanada del cerro, que todavía se ve a trechos descubierta. Mas a juzgar por lo que refiere un crítico francés, más que bestias bravas, parecían aquellos los bueyes que llegaban cansados por el camino de carretas, porque los chulos voluntarios, aun jineteando sobre su lomo con las espuelas, apenas llegaban a excitarlos.” (BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA).

UN CARRETÓN ESPECIAL

En Valparaíso, como en otras ciudades del país, existía una institución que duró hasta principios del siglo XX: la de ir recogiendo a todos los borrachos que dormían la mona en la vía pública en días festivos, y subiéndolos a una especie de carreta que pertenecía a la policía. Este vehículo se hizo muy conocido y popular y se llamó “El Carretón de los Borrachos.”

TRISTE PRIVILEGIO

Durante casi dos siglos Valparaíso tuvo la exclusividad en Chile de ser un mercado en compra y venta de esclavos.

Los españoles durante las prolongadas batallas con los araucanos, tomaban prisioneros y los vendían en Santiago; los traficantes capitalinos, a su vez, los trasladaban a Valparaíso, que tenía, por autorización del Rey de España, el privilegio de ser un mercado de compra y venta de esclavos.

Estos eran vendidos a los mineros de Copiapó y sus regiones aledañas, pues los aborígenes de la zona ya habían sido diezmados por el trabajo brutal y extenuante y por el hambre, puesto

que el mismo indio debía procurarse su alimento, y era su mujer la que se las ingeniaba para alimentar a su compañero y a ella misma. Esto podía suceder algún tiempo, después simplemente morían de hambre. Para los empresarios mineros era más económico dejar de alimentarlos y luego sustituirlos por otros.

LOS DESVELOS DE UN OBISPO

“En la ciudad de Santiago de Chile, en siete días del mes de Marzo de 1757 años: el Ilmo. señor Dr. Manuel Alday, obispo de esta iglesia catedral del Consejo de S.M., dijo: que por cuanto en el tiempo de su gobierno ha experimentado que muchas personas de su propia autoridad remiten sus esclavos o esclavas a puertos de intermedios, o a la ciudad de los Reyes para venderlos, aunque sean casados en ésta y dejan en ella al otro cónyuge, separando de esta suerte al matrimonio, por cuyo motivo se le han repetido muchas quejas por los que separados, llegando varias veces a tiempo que ya se ha remitido al consorte, porque aun cuando hubiera causas legítimas para esta separación y vender en tanta distancia al esclavo o esclava casados, debe conocer de ellas el juez eclesiástico, sin cuya licencia no es facultativa la remisa a ningún particular: por tanto, mandaba y mando que el cura y el vicario del puerto de Valparaíso notifique a los maestros de los navíos no lleven en ellos esclavos alguno casado que vaya sin su consorte pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda*, y de doscientos pesos aplicados por mitad de obras pías y a la santa cruzada, si no es que se le entregue licencia nuestra o de nuestro provisor vicario general para el despacho del esclavo, y así mismo que dicho cura y vicario lo embarcase valiéndose de este remedio de censuras y del auxilio de la real justicia cuando tuviese noticias de que está para embarcarse algún esclavo o esclava casados y no se le manifestare la expresada licencia”.

ALGUNOS CASOS DIFÍCILES

“No siempre pasaba por cosa fácil vender un negro cuando éste no era robusto o no ocultaba sus resabios. Ocurrió un ejemplo de ello en Valparaíso con un esclavo del general Cortés y Cartavia, que valiendo poca plata su persona, costaba su alimento cuatro reales diarios en el hospital, cuando estaba enfermo, y real y medio en los castillos con buena salud, siendo en ambos casos su salario nulo, porque de manera alguna quería trabajar”. “La venta de dicho negro, escribía al general su comitente don Santiago José de Moya, que después fue alcalde de Valparaíso, el 7 de diciembre de 1791, la veo muy difícil de conseguirla, porque además de demostrar ser una pieza inútil, él mismo confiesa que todos los años se huye y que de continuo padece del pecho, como de facto lo he tenido en este hospital de San Juan de Dios siete días bien enfermo”. (BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA).

Los negros, al ser transportados de África a América, eran muy mal alimentados con una mazamorra llamada “macondia”.

El presidente Muñoz de Guzmán mandó construir en febrero de 1805, en Valparaíso, un galpón o lazareto, donde acampasen los negros, mientras se alistaba el buque que los conduciría al Callao.

INSURRECCIÓN

El 20 de diciembre de 1804, un tratante llamado Alejandro de Aranda, embarcaba en Valparaíso, a bordo del buque *Prueba*, una partida de 72 negros senegaleses.

El 27 del mismo mes, los esclavos atacaron a la tripulación dormida, lanzando apuñalados y aún vivos, a 18 marineros al mar.

Dirigieron el buque hacia el Perú, y después al sur hasta la isla Santa María, a la que llegaron el 6 de febrero de 1805. Allí encontraron un buque desconocido, al que se aproximaron para obtener víveres. Se trataba de la fragata ballenera *Perseverancia*,

que había salido de Boston en 1802, al mando del capitán Amasa Délano, quien les prometió agua y víveres, y efectivamente, a las cuatro de la tarde llevó a bordo de la *Prueba* un bote lleno de provisiones. Notó algo extraño en el capitán español Carreño, junto a quien se encontraba el marinero insurrecto, Mure, con un cuchillo escondido bajo la ropa. Carreño dio un grito: "¡Todos a los palos!" y saltó al agua. Fue recogido por el bote de Délano y explicó la situación del motín de su navío.

El capitán norteamericano atacó con dos botes armados al buque negrero. En la cubierta se entabló el combate, que duró más de dos horas. Al atardecer, la *Prueba* ya estaba en manos de los norteamericanos. El capitán Délano entregó el buque en Talcahuano a don Juan Martínez de Rosas. Al mes fueron ejecutados en la plaza de Concepción ocho negros sobrevivientes del motín. Mure, el jefe de los insurrectos, habló en español, alegando que lo sucedido era el resultado de la crueldad de sus captores, que sin ningún derecho robaban hombres libres en su propia tierra.

UN EMBAJADOR ESPECIAL

El embajador Claude G. Bowers tuvo larga permanencia en Chile, mucho más de lo normal en el servicio diplomático.

Después de su fallecimiento, un día aparecieron sus ternos en la sede de la embajada, que por entonces estaba ubicada frente al Parque Forestal. Fueron enviados a Estados Unidos. Poco tiempo después volvió a suceder lo mismo, nuevamente se enviaron sus trajes a Estados Unidos y otra vez aparecieron nuevas prendas en la embajada, sin que nadie supiera cómo ni cuándo llegaban. Los porteros y vigilantes decían que no habían visto a nadie ingresar con algún bulto o paquete, porque inmediatamente tendrían que haberlo examinado conforme a las normas de seguridad. El misterio fue aclarado.

"Valparaíso, mucho antes de que existieran los puertos de Boston o de Nueva York, ya era conocido en el mundo y había entrado en la historia."

“Para ver Valparaíso en su momento más pintoresco, es necesario contemplar su panorama de noche. Entonces con los cerros detrás, chispeantes de luces movedizas contra la oscuridad, la escena es de extraordinario encanto y colorido. En los empinados cerros, en casas construidas sobre rellenos o terrazas, viven muchos de los habitantes de clase media. Pero también allí se encuentran muchos de los tugurios de los pobres. Si uno fuera lo bastante aventurado para subir a pie la aguda pendiente, trepando por los estrechos senderos pavimentados con trozos de piedra color rosa, se confundiría en el laberinto de las callejuelas. Es preferible usar los ascensores, pequeños carros que suben perpendicularmente por medio de cadenas.” (CLAUDE G. BOWERS)

FAROLÉS

Un cronista, Hernán Navarrete Rojas, cuenta: “Por los años de 1880, el servicio de seguridad de Valparaíso lo hacían los famosos “celadores” o “cataneros”, como los llamaba el vulgo, por el enorme sable que llevaban. Este servicio era gratuito y formado por los vecinos de buena voluntad. Existían “retenes” en cada cerro que servían para el arresto de los delincuentes.

“El alumbrado era servicio particular hasta que llegó el gas, con sus “faroleros” que encendían los faroles de la vía pública. El alumbrado consistía en faroles portátiles de esos que todavía usan los “tortilleros”, “pequeneros” o vendedores de “mote mey” (grano de maíz cocido). Se colgaban en el marco de las puertas de calle; era obligatorio, bajo pena de multa si no se hacía, el tenerlos encendidos durante la noche, y ¡hay! del propietario con puerta a la calle que no obedeciera la orden terminante del “catanero” que decía: “¡Farolito a la puerta!”

“El aseo de las calles era obligatorio para los vecinos, efectuarlo antes de las ocho de la mañana. La higiene tanto individual como colectiva, estaba en pañales (...)

“Existían las “fosas portátiles”, enormes barriles en forma de

conos, que un empresario, "el "pavero", se encargaba de sacar con su personal, de cada domicilio, en las últimas horas de la noche o al amanecer, de tiempo en tiempo, las heces de sus pobladores mediante un pago por sus servicios.

"El pan lo expendían en los despachos o los "petaqueros" que lo traían de las panaderías hasta los cerros en capachos de cuero curtido.

"Las verduras y frutas eran patrimonio de los "argueneros", llamados así por los dos grandes capachos sueltos, de cuero teñido que estaban a ambos costados del caballo y su mula.

Corriendo, de noche y de amanecida,

en un bullicioso silencio,

escuchaba esta melodía.

¡Farolito a la puerta!

Mote mey, pequeños y tortillas;

el eco repetía,

en la ciudad adormecida.

CHAMPAÑA

En 1918 se fundó en Valparaíso la Cámara Chileno-Norteamericana de Comercio, AMCHAM. *El Mercurio* de ese día destacó que había llegado a Chile la primera partida de champaña Bollinger y que los descendientes de ingleses, para celebrarlo, habían dado un fastuoso banquete en el Club Hípico del puerto.

Desgraciadamente, la información tiene un grave error: en Valparaíso jamás ha habido un "Club Hípico", ni un hipódromo. El que existió y existe está en Viña del Mar. Es el Sporting Club de esa ciudad, donde se corren tradicionales carreras de la hípica nacional.

CONSTELACIÓN DE CIUDADES

"Otra cosa que no entendería sino un verdadero viajero, no un viajante, es que esa sociedad florentina es, con cinco o seis más, dispersas a los cuatro vientos, uno de los pocos baluartes donde puede posarse el espíritu sobre la tierra. La misma Roma no ha conseguido suplantar a la Atenas (...) Como París no ha suplantado a Marsella, para el agrado cotidiano de la vida. Como Barcelona no ha reemplazado a Sevilla. Lisboa a Nápoles. Constantinopla sería el complemento y, en último término, séptima perla de la corona hermética del orbe; nuestro Valle del Paraíso o Valparaíso chileno, pertenece a la misma esotérica constelación." (AUGUSTO D'HALMAR)

LOS MÁS CURIOSOS PUERTOS DEL MUNDO

En 1940 D'Halmar escribió: "¿Cuántos y cuáles vendrían a ser los más curiosos puertos del mundo? Desde luego Constantinopla, con su Cuerno de Oro, con Estambul europeo y Scútari asiático, mirándose cara a cara, separados por un brazo del Bósforo fosforescente; a su saga Nápoles, en el florido Mar Tirreno, con su volcánico fanal del Vesubio; luego Amsterdam y sus setenta islas entre sí, religadas por ciento cuarenta puentes; después Lisboa con las "varinas" de la Pecadería, tan lisboeta desde la Torre de Belem, pasando por Santo Amaro y Santa Apolonia, hasta la Alfandega; La Habana con sus defensas de castillos y torreones y sus barrios modernos del Capitolio; finalmente Río de Janeiro, el otro gran puerto de la marítima raza lusitana, con sus 365 islotes fluminenses, uno por cada día del año, y su avenida de Botafogo que, por las noches, realmente echa fuego, y Valparaíso, que con las constelaciones de su firmamento austral, entre las cuales la Cruz del Sur, con la red de luminarias de sus cerros y de su bahía, es el más sorprendente de todos los puertos, de noche. Siete puertos como siete mares".

EL MONUMENTO

En la conjunción de las avenidas Matta y Los Placeres, en el cerro Los Placeres, se levanta un obelisco, no tan grande como el de París, pero fue construido por porteños, en el sitio exacto donde fue fusilado Diego Portales, mientras que el parisino fue robado por Napoleón a los egipcios.

UNA SANTA

“Ha llegado ya el instante oportuno de introducir al conocimiento de esta pecadora ciudad de Valparaíso, la memoria de una santa(...)

“Fue aquélla, (...) la esposa del gobernador Vásquez de Acuña, doña Catalina de Iturgoyen y Lisperguer.

“Como todas las santas, doña Catalina fue santita desde pequeña, y procedió en las manifestaciones de su virtud por medio de una serie de martirios y contradicciones de la carne. (...) Lo primero que hizo cuando cumplió la edad de la razón (...) fue arrancarse las pestañas, a fin de desfigurarse el rostro, que era hermoso”. (...) Gustaba de los dulces en almíbar, y para mortificarse confitaba guindas agrias con acíbar y así se las comía; le gustaban las legumbres, entonces comía garbanzos con cenizas. (...) En la fiesta de la Santísima Virgen, se untaba con miel las manos y la cara, y se retiraba a lo más excusado de la casa a buscar, puesta al sol, enjambres de moscas que la picasen, permaneciendo en este tormento mucho tiempo”. En el vestir usaba prendas despreciables para una pobre, no usaba medias ni calcetas. “De su saya decíase graciosamente que la quería por pobre y puerca. Siendo así que era naturalmente limpia y aseada”. (BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

SERENOS

Guardias caminaban en la noche por las calles de Valparaíso. Eran llamados serenos por estar expuestos al aire de la noche, tenían por misión cuidar la ciudad y decir en alta voz el estado del tiempo y la hora, lo cual debían realizar cada media hora. De cuando en cuando hacían sonar un pito. Algunos de ellos perdieron la vida en manos de bandoleros amparados en las sombras de la noche.

SÍFILIS

Recuerdo, siendo un niño recién llegado a Valparaíso, hará setenta años, me llamó la atención, entre muchas otras cosas, la gran cantidad de mujeres y hombres contrahechos, especialmente curcos, a veces con jorobas en la espalda y en el pecho. Yo pensé que era culpa de los cerros, que al caminar por ellos, se caían y quedaban defectuosos. Pronto me explicaron que eran sifilíticos. Y niños y niñas de calcetines luciendo piernas tableadas y curvas como cerchas, son hijos de sifilíticos. Paul Treutler, dice: "Una plaga terrible que hace muchas víctimas, era la sífilis, muy propagada. Parecía incomprensible que una administración que había promulgado tantas leyes sabias y creado tantas instituciones benéficas, no procurara poner atajo a la prostitución por comisiones sanitarias y supervigilancia policial, como ocurre en otros puertos del mundo."

INDIFERENCIA POLÍTICA

Es increíble la indiferencia que los habitantes de Valparaíso manifiestan por las actividades políticas de Chile y de los demás países, escribió en el siglo pasado Jacques Antoine Moerenhout. "La atención de ellos se concentra únicamente en todo aquello

que se refiera al comercio y se preocupan de política sólo en los aspectos que estimulen o contraríen estas operaciones. Cuando termina el trabajo no piensan sino en divertirse, por lo cual Valparaíso más parece una factoría extranjera que una ciudad chilena, es una especie de zona neutral, torre de Babel, donde en la misma casa se escucha a veces, conversar en diez lenguas diversas, aunque el español y el inglés sean los idiomas más usuales." (JACQUES ANTOINE MOERENHOUT).

HOSPITALIDAD

"En la ciudad de Valparaíso, como no hay ninguna posada donde recibir a los extranjeros, era preciso aprovechar la hospitalidad de los excelentes habitantes todas las veces que íbamos a tierra. Nos recibían de una manera tan obsequiosa que no pensábamos ser carga pesada; el placer que cada uno nos atestiguaban, alejaba de nosotros todo sentimiento que no fuera de reconocimiento." (RICARDO LONGEVILLE VOWELL)

VAYA A COMER A UN MUSEO

Han surgido en Valparaíso dos o tres restaurantes, que tienen algo de museo; ofrecen comida, pero además, exhiben una especie de cachureo, sin ninguna clasificación, ni ordenación.

Cerca del monumento a Lord Cochrane está el Hamburgo. Su propietario es un ex marinero alemán que no oculta sus simpatías nacistas. En las murallas tiene pegadas fotos, afiches, mapas, y dos fotos juntas de Hitler y Pinochet.

Casi frente al Hotel Prat hay un callejón donde se encuentra, al final, un restaurant. Para llegar a él hay que soportar el olor a orines. Allí todo es museo: salvavidas con los nombres de los barcos a que pertenecieron, banderas con los colores de países donde se inscribieron, remos, botes, brújulas, *stand bye*, correderas,

hélices, timones, redes, boyas, anclas, cadenas, por entre los cuales avanza el plato de la casa: un azafate con papas fritas y un buen bistec encima.

AVENIDA LAS QUINTAS

Esta avenida bordea por el costado del cerro Barón, la quebrada Cabritería. Era de tierra, hacia un costado el cerro, al otro el precipicio de la quebrada con su fondo lleno de rocas y serpenteando un hilillo de agua.

El nombre le venía bien. Por el lado de los cerros, todas eran quintas, llenas de árboles frutales, flores y césped, y más arriba las casas, bonitas, no lujosas, pero más presentables que las habituales del cerro o de esta parte del cerro.

En las noches se paseaban, a la escasa luz de los faroles que estaban muy distantes unos con otros, parejas de enamorados. Algunas desaparecían en algún rincón oscuro. No sé si la población del cerro aumentó con estos ocultamientos, pero también sucedían cosas insólitas a plena luz del sol.

Un día, era verano, yo había robado unos duraznos y me los venía comiendo, cuando me llamó una mujer que debe haber tenido poco más de treinta años, y que por supuesto a mí, como muchacho, me pareció vieja. Me acerqué, estaba arrodillada, junto a un pequeño pretil: "Mira", me dijo, mientras yo me agachaba. En el fondo de la quebrada, que allí caía casi perpendicularmente, a plena luz del día había un hombre fornicándose a otro. Yo me quedé absolutamente desconcertado. Ella siguió observando fijamente, mientras con una mano empezó a desabrocharme el marrueco, y luego procedió a masturbarme: "Mira, mira, lo que hacen esos cochinos".

Después la avenida Las Quintas se llamó Julio Verne, por decisión municipal. Tal vez estuvo bien: existe un gran chalet de cinco pisos que se levanta desde el fondo de la quebrada hasta llegar al nivel del camino al cual se une por un pequeño puente. Para visitar a la familia del primer piso hay que penetrar por el

último. Cuando usted se va, la familia lo sale a despedir cortésmente a la puerta, entonces usted inicia la penosa ascensión por unas destartaladas escaleras de madera. Aunque haga frío, usted termina la escalera transpirando y resoplando.

"EL SERENATA"

Existía hace años un cabo de Carabineros que hacía sus rondas por el cerro Barón, nunca supe cómo se llamaba, sólo su sobrenombre, "El Serenata de Schubert" posteriormente "El Serenata".

Era realmente la antinomia de "un paco". Nunca llevó preso a nadie, salvo cuando a algún borrachito amigo suyo le ofrecía detenerlo como una manera de ayudarlo. Es por eso que nunca ascendió, jamás llegó ni a sargento segundo. Cuando ya estaba un poco bebido, tras las latas de algún clandestino, empezaba a silbar una melodía y luego a entonarla: "Es la Serenata de Schubert", explicaba a sus contertulios, que por lo demás ya se la sabían de memoria de tanto escuchársela.

A veces aparecía en los clandestinos "la Comisión". Eran carabineros vestidos de civil, muy rara vez pasaban un parte, el cantinero, buen amigo, les ofrecía trago a discreción. Por su parte "El Serenata" echaba su ayudita: que el cantinero era buena persona, que tenía mucha familia, hijos educándose, etc.

Un día apareció "El Serenata" ahorcado, colgando del puente que unía el chalet con la avenida Las Quintas.

Después vinieron los comentarios: que en los últimos días lo habían notado decaído o triste. El cantinero contó que le había dicho que "la vida no es una serenata."

LA ROSITA PRIETO

Caminando un día hacia La Poza de don Pedro, por la avenida Las Quintas, a la hora en que hoy hago la siesta, vi venir un vesti-

do rosado primoroso, ya más cerca, una cara preciosa, unos zapatos de charol negro, calcetines blancos adornando unas piernas amorosamente torneadas.

Nunca antes la había visto. Pasé a su lado, bajando la vista. Debe ser hija de un gringo rico, pensé. En ese tiempo aún no tenía conciencia astronómica como para pensar que era de otro planeta. Dedicué muchas horas diarias a caminar por la avenida, algunas veces tenía la suerte de encontrarla, imbécil de mí, siempre bajé la vista.

Ella pasaba a mi lado, sin mirarme, sin altanería, caminando sencillamente. Era admirada por toda la patota. Tiempo después, meses o años, no sé, la vi caminar echada hacia atrás para compensar la barriga de su embarazo. Yo ya había pasado por la triste experiencia de la Clelia Stefans, que se me ofreció una noche en la Puntilla del cerro Barón y no supe cómo poseerla, provocando su risa, que hasta hoy me avergüenza.

Cada vez que recuerdo la avenida Las Quintas, con sus flores, con sus frutas, con el polvo que veces se alzaba en pequeños remolinos, aparece Rosita Prieto, sonrosada y celeste, como una visión que continúa así, inalcanzable, irremediabilmente, para siempre.

LOS BURROS

En los altos basurales de Valparaíso, siempre se encuentran cuatro tipos de mamíferos (sin contar a los infaltables ratones, que han acompañado al hombre a todos los confines del planeta): ellos son los cerdos, los burros, los perros y los humanos que conviven en perfecta armonía, hasta que un representante de esta última especie, decide sacrificar un marrano para elaborar succulentos arrollados, o un pollino con el fin de producir la popular mortadela.

Hasta no hace muchos años no se podía concebir Valparaíso sin asnos. Ellos han cumplido un papel histórico en el puerto: cuando las subidas cuestas, callejones, quebradas, eran de tierra: polvo en el verano, barro en el invierno, no existía otro medio de transporte que el paciente burro y sus primos los machos y las mulas, que estaban provistos de grandes depósitos metálicos en

sus costados. Subían llenos de desperdicios para vaciarlos en los basurales. Otros recorrían restaurantes, bares, hoteles y hospitales recolectando sobrantes de comidas que eran devorados por los chanchos. Los dueños de los burros cargaban sus bestias con rodela de leña para las cocinas porteñas, que fueron desapareciendo a causa de los balones de gas licuado.

Además han aportado incansable fuerza a la construcción y población de Valparaíso: acarrearón calaminas, tablas, tejas, ladrillos, listones, cemento, arena, vidrios, pilares, travesaños, construyendo Valparaíso. Mesas, sillas, cocinas, platos, vasos, cucharas, palmatorias, frazadas, sábanas, colchones. A veces un somier atravesado en sus lomos y sobre él bultos y atados de ropa; apenas se les veía la cabeza, la cola y sus pequeñas patas de increíble resistencia. Estaban poblando Valparaíso.

Se acostumbra decirle burro a la persona porfiada o testaruda, pero también a las muy trabajadoras.

Es famosa la fortaleza de sus extremidades. Cuando un golpe es muy fuerte, se afirma que es como patada de burro y el que la recibe llega a ver burros negros. En sus épocas de apogeo, viejos porteños estiman que existían, por lo menos, cien burros por cerro, lo que arroja un total de cuatro mil doscientos asnos. En el día de hoy no son más de cien.

Los asnos han figurado en la literatura universal desde hace muchos siglos; cruzan las páginas del Antiguo testamento y desde luego en el Nuevo testamento, resaltando en primer plano el nacimiento de Jesús, y en la huida a Egipto llevando en sus lomos al Niño, y caminando a su lado la Virgen María y San José.

En la literatura latina cuando Lucio Apuleyo escribe el *Asno de Oro* y descarnadamente cuenta que una dama demasiado ligera de cascos, insaciable en las lides del amor, es condenada a ser poseída por un burro en plena plaza pública de Roma.

El Rucio que transporta la pesada humanidad de Sancho Panza, hasta nuestro siglo que ya se nos va, con el dulce y angelical Platero de Juan Ramón Jiménez, si es que un burro puede ser angelical.

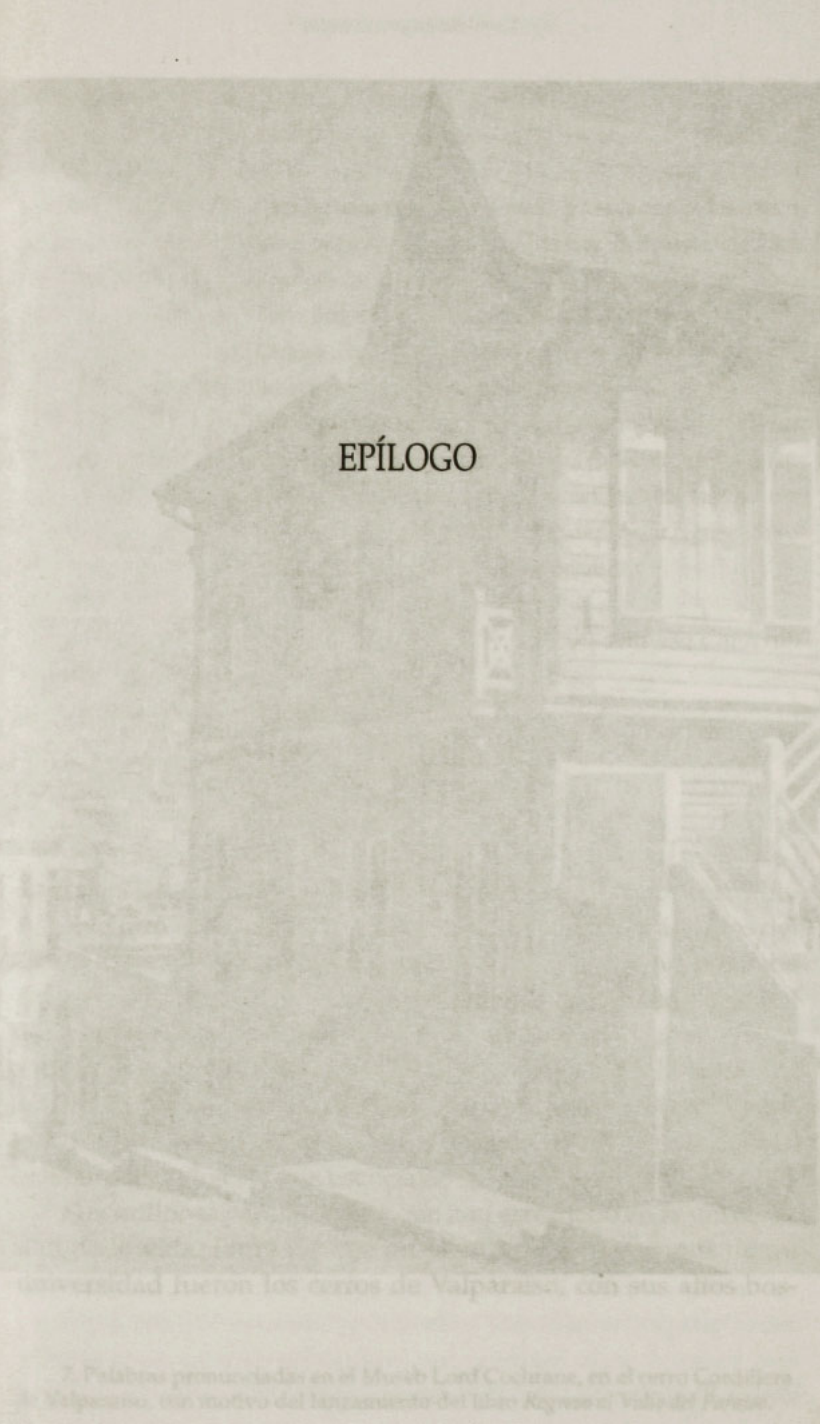
Los muchachos admiran a este rijoso animal, cuando empieza a desenvainar su enorme sexo. Se ríen y gritan: "¡Mira, tiene

cinco patas!". Las colegialas observan de cuando en cuando con el rabillo del ojo; se denuncian solas por el rosado vergonzoso de sus mejillas.

En Valparaíso todo se va, sus empresas, sus direcciones provinciales. Se fue su rutilante actividad a la orilla del más grande océano del planeta.

Es la ciudad del viento que todo se lleva. Se vuelan los papeles viejos entrelazados con las hojas otoñales. Se vuelan las campanas al vuelo, el grito de sus vendedores ambulantes, el resonar de los pasos solitarios en lo más silencioso de la noche, las sirenas de los barcos liberándose de la bruma y las olas. Se van las prostitutas empobrecidas, envejecidas; los ladrones y los pacos, las costumbres y las iglesias.

Todo se va, menos la nostalgia que surge y crece a medida que crecen los años, nostalgia que se embellece en cada aniversario.



EPÍLOGO

universidad fueron los cerros de Valparaíso, con sus años bos-

7. Páginas premuestradas en el Museo Lord Cochrane, en el cerro Cordillera
8. Valparaíso, con motivo del lanzamiento del libro *Regreso al Valle del Fiestero*.



"A mi extensa familia de Valparaíso, a cada uno de los antepasados que llegaron de Italia. A los Napoli, Squadritto, Bassili, Roncagliolo, D'Amico, Piraino, Baldassare, Romano, Natoli, Botto, Etal, y, por cierto, a mis padres y hermanos. Y también a Carlos León y a Lukas, a Allan Browne y a esas mujeres maravillosas que, en los bares de los bajos, próximos a la estación Bellavista, llevaban los vasos de vino con elegancia popular, evitando a los borrachos de todas las nacionalidades, aspirantes a "propasarse" en medio del humo, las fritangas y los primeros puñetazos, los cuales habrían de permitir la gresca colectiva. Y a todos cuantos amen a Valparaíso."

Alfonso Calderón

QUIERO SER PORTEÑO⁷

La confesión de Máximo Gorki de que solamente había estudiado en la universidad de la vida, ha cruzado todos los ámbitos del planeta y se ha tornado un lugar común. El campus que ocupaba su universidad era sin duda, las amplias estepas cruzadas por el Volga, las embarcaciones fluviales, los pueblos y aldeas ribereños donde reverberaba la vida, dura, despiadada, cruel y libre para el que sabía liberarse como lo hizo Gorki, al que jamás debemos olvidar, sobre todo hoy en que la sociedad antropófaga mercantil echa al olvido los valores esenciales del ser humano.

Son millones y millones los que han estudiado en la universidad de la vida. Entre los que me cuento, pero el campus de mi universidad fueron los cerros de Valparaíso, con sus altos bos-

7. Palabras pronunciadas en el Museo Lord Cochrane, en el cerro Cordillera de Valparaíso, con motivo del lanzamiento del libro *Regreso al Valle del Paraíso*.

ques de eucaliptus tremolando en las cumbres, los vientos, las playas, el océano que introduce en el alma la angustia de la eternidad y de lo infinito, mejor que cualquier clase de filosofía.

Tenía seis años, era un niño de origen campesino. Venía en tren con mi padre. Había sido un gran salto, de la carreta chancha al vagón del ferrocarril. Repentinamente mi padre me dijo:

—Mira el mar.

No me impresionó. Me parecía un gran latón plano no muy brillante que tenía manchas oscuras de diversos tamaños.

—¿Esos son bueyes? —le pregunté a mi papá.

Se rió.

—Son botes.

—¿Y éstos más grandes?

—Remolcadores.

—¿Y los de allá?

—Buques.

Nos instalamos en una casa del Cerro Plan Las Loceras —contradictorio nombre— que creo ahora no existe. Carlos, mi hermano mayor, me llevó al muelle Prat y pude ver las entrañas de los botes que se parecen a la pieza de una casa. La gente se sienta adentro, conversan, abren paquetes, comen sándwiches, empujan botellas y luego reman. Eso sí que lo encontré hermoso: remar, deslizarse por el agua, no por donde el agua lo quiere llevar como los troncos en los ríos, sino por donde uno quiera ir. ¿Cuándo remaré yo? Miraba el cabrilleo de las aguas y otros botes de diferentes dimensiones y formas, con distintas gentes. “Tenemos que ir a almorzar”. Me resistí, pero al final obedecí o traté de obedecer porque la tierra se movía hacia adelante, hacia atrás, subía y bajaba. Mi hermano vino a darse cuenta cuando yo había dado con mi cuerpo en el duro cemento del muelle.

—Te mareaste en tierra —se rió.

Así iniciaba mis estudios universitarios.

Recuerdo otra vez en que mi hermano Carlos me llevó nuevamente al muelle Prat. Venía de visita a Chile el príncipe de Gales, el que posteriormente sería el Rey Eduardo VIII del entonces aún vasto imperio inglés y que prefirió las caricias de la esbelta Wallis Simpson a la pesada corona imperial.

Mi hermano me subió en sus hombros y pude mirar de igual a igual al príncipe, cuando pasó a mi lado.

Después me independicé de mis hermanos y exploré la ciudad por mi cuenta, y así conocí el Paseo 21 de Mayo, el ascensor subterráneo del cerro Polanco, la Costanera, el Molo de Abrigo que fue un hermoso paseo público y, según tengo entendido, ahora está cerrado.

Desde lo alto del camino Cintura, entonces de tierra, se me abrió una ciudad maravillosa y maravillada.

Y en lo bajo, lo oscuro, lo misterioso, los submundos de los cauces de la Avenida Francia, de la Avenida Uruguay, de la Avenida Argentina.

Solían juntarse tres grupos: los areneros, encargados por la municipalidad de limpiar los cauces antes de que comenzaran las lluvias, nosotros los estudiantes y otros que al principio no nos miraban con buenos ojos, pero luego les fuimos útiles, nos enviaban a comprar el pan, queso, mortadela, cebolla, vino, porque a ellos no les gustaba asomarse de día a la superficie.

Nuevas enseñanzas, un poco esotéricas, de esta universidad litoral.

La Quebrada Cabritería separa el cerro Barón del Placeres. Sus aguas, mediante un túnel, desembocan en el mar. Cruzar por ese túnel hasta llegar al océano era una hazaña que no todos se atrevían a realizar. A medida que se penetraba, la oscuridad se tornaba más espesa, hasta llegar el momento en que no se veían ni las manos, sólo un leve portillo de luz al final. El agua se hacía más profunda, decidimos sacarnos los pantalones, seguía profundizándose, eran pozas cuya hondura no podíamos calcular, nos quitamos toda la ropa y la llevábamos sobre nuestras cabezas. Más de alguno rezaba en voz alta. Desde entonces hubo dos categorías: los que habíamos cruzado el túnel y los que no se atrevían.

Primeras diferencias que nos enseñaba la universidad de la vida.

Pero la quebrada Cabritería no sólo tenía pozas en el subte-

rráneo, también en la superficie, pequeñas, medianas y grandes. Allí nos bañábamos y aprendíamos a nadar y a lanzarnos piqueros desde los peñascos. Pero don Pedro cercó la poza más grande y puso un grueso alambre de acero a lo largo para que se colgaran los que no sabían nadar, y como en un verdadero balneario que se respeta, cobró una chaucha por la entrada, pronto la subió a dos chauchas, cuarenta centavos. Entonces nosotros, los de la patota de la terraza Barros Borgoño, una de las tantas patotas del cerro Barón, decidimos ampliar una poza que existía más abajo. En una semana ya podíamos nadar en ella, incluso tirarnos unos piqueros. Un día el Lucho y yo nos clavamos desde nuestro peñasco, y nos clavamos de verdad, porque don Pedro había llenado nuestra poza con matas de zarzamora que no sobresalían a la superficie. Tratando de salir, más nos heríamos. En la casa nos golpearon sobre las heridas y luego nos colocaron ungüentos.

La universidad de la vida nos había enseñado que el libre mercado no era tan libre.

La Quebrada Cabritería estaba contorneada por la parte del cerro Barón por la Avenida Las Quintas, nombre muy apropiado porque desde las cercas de tablas, latas o adobes surgían ramas con flores, con nísperos, con guindas, con damascos, con duraznos. Luego le cambiaron el nombre y le pusieron Julio Verne, tal vez los regidores averiguaron que este fabuloso novelista era muy aficionado a la fruta.

Bajo los árboles y junto al perfume de las flores, tuve un amor, la Rosita Prieto. Me sonreía de lejos, me lanzaba besos con los dedos, nunca nos hablamos, después supe que era el amor de un muchacho conocido. De la Rosita Prieto, tan acinturadita, tan limpiecita, tan rosadita, al poco tiempo, nunca más se supo.

Seguramente ella también estudiaba en la universidad de la vida.

El cerro Barón está compuesto de muchos barrios, en cada uno de ellos había una patota. Se hacían la guerrilla entre ellas. A veces se formaban alianzas. Recuerdo una vez que se creó una coalición entre las patotas de calle Setimio con la de Terraza Barros Borgoño y la de la calle Castro contra los de la población Piedra Buena. Al anochecer nos juntábamos en la Terraza, con los

bolsillos llenos de piedras, algunos con hondas y otros confiados en la puntería de sus manos. Había que cruzar un trozo de cerro, lo hicimos en pequeños grupos, ya sabíamos de estrategias y tácticas. Llegamos a la población Piedra Buena. Alguien les había avisado. Ninguno de nuestros enemigos estaba a la vista, pero ocultos desde sus casas repentinamente nos lanzaron una granizada de piedras. Respondimos disparando a la bandada, los vidrios de las casas volaban. Iniciamos el retroceso por los gritos y las amenazas de las dueñas de casa y el temor de que llegaran los carabineros. Pero algunos de los nuestros se habían entusiasmado y seguían lanzando piedras a diestro y siniestro mientras regresábamos a nuestro barrio. Pasábamos frente a la botica Soto Rojas y el Rabanito, el más pequeño de nuestra banda, se encargó de no dejar ni un solo vidrio bueno de las ventanas y vitrinas de la farmacia. Todos arrancamos a perdernos. Me escondí y estuve dos días sin salir de casa pretextando un dolor de estómago.

Como se puede apreciar, mis universidades avanzaban.

Pronto ascendí a un curso superior.

El 31 de diciembre Valparaíso florece en guirnaldas de luces, cohetes, campanas, pitazos, bocinas, gritos, música a todo volumen, risas y justo a las 12 de la noche todo estalla, es el frenesí, la locura. Los muchachos abrazan a sus familiares y salen corriendo desde sus casas, corren por las veredas y por las calles abrazando a cuanto ser humano encuentran, calle arriba, calle abajo. Pero también salen corriendo las muchachas. Una de vestido colorado me abrazó y la abracé. Nos reconocimos y nos dimos un nuevo abrazo más largo. Esos abrazos duraron más de un año. ¿Después qué pasó? Fue doloroso aquel tramo de mis estudios universitarios.

Mi hermano Carlos me inculcaba el gusto por la lectura, me prestaba libros de los más diversos autores y sobre los más variados temas: Panait Istrati, Dostoiewski, Gorki, Baldomero Lillo, Blest Gana, Teodoro Dreisser, Jack London. Sería muy largo enumerarlos a todos. Se hablaba de injusticias, de hombres que luchaban por vivir mejor, hombres solidarios, generosos, valientes, egoístas, cobardes, traidores.

De toda esta feria o mercado de cosas, quedaba flotando como

una atmósfera, como una niebla sutil, como un deseo de ser mejor, de no ser de los malos, de que era necesario también luchar, si llegaba el caso, por la justicia y la felicidad del hombre.

Paralelamente, en el liceo Eduardo de la Barra, que entonces se llamaba Liceo N°1 de Hombres de Valparaíso, el profesor don Rafael Coronel, mal poeta pero extraordinario maestro, nos hacía llevar todos los lunes una composición sobre cualquier tema. Yo las hacía con gusto, así como con gusto aceptaba las ideas libertarias e igualitarias. Ingresé a las Juventudes Comunistas. Don Rafael me instaba a que escribiera siempre. Había compañeros que no podían escribir la composición del día lunes, y yo se las hacía, previo pago de una chaucha, veinte centavos, mis primeros derechos de autor.

Salí del liceo e ingresé a la Escuela de Leyes. Allí fui compañero de Felisa, que era visitadora social de la Ilustre Municipalidad de Valparaíso. Pronto me llevó como su secretario al Departamento de Bienestar Social de la Municipalidad. En las mañanas estudiábamos, o mejor dicho, concurríamos a la Escuela de Leyes y en las tardes trabajábamos. Me enamoré de mi jefa. Ninguno de los dos logró salir del primer año.

Así íbamos avanzando, peldaño a peldaño, en la gran universidad de Valparaíso.

Peldaño a peldaño, porque nuevamente me enamoré, bajo la mirada complaciente y cómplice de Carlos Hermosilla Álvarez, y me casé con Norita y aquí nacieron mis dos hijas.

Luego me fui a Santiago en busca de mejores oportunidades, a esa capital que tantas cosas le ha robado al puerto. Pero jamás dejé de venir cada mes a ver a mis padres y hermanos; al mar y los cerros; las callejas estrechas; las luces que se encienden en las tardes junto con las estrellas; las largas escaleras y los ascensores que rechinan y suben a tirones hacia cielos más limpios.

Llevábamos algunos meses en el campo de concentración de Chacabuco, cuando arribaron 200 nuevos prisioneros procedentes de Valparaíso. Los periodistas allí "retenidos", como gustaban llamarnos nuestros carceleros, confeccionábamos quince-

nalmente un diario mural; hicimos una edición especial dedicada a los recién llegados, con un editorial que terminaba citando estos versos de Neruda:

*...y el viento que derriba
la última ola de Valparaíso
me golpea en el pecho
con un ruido quebrado
como si allí tuviera
mi corazón una ventana rota.*

Durante mis quince años de exilio en Costa Rica, recibí muchas postales enviadas por mi hermana Esther y también por mi compadre Micha, con hermosas vistas de la bahía y los cerros de Valparaíso, enmarañados de casas volatineras, con ventanas inverosímiles, apretujadas de tarros con flores y ropa tendida como banderas que despiden a los barcos que se van; entonces mi alma se humedecía de salobres vientos oceánicos.

Aquí aprendí a nadar, aquí aprendí a trepar los cerros en burro, aquí aprendí a remar, a pescar, a quebrar las ampolletas de los faroles; a realizar pequeños perros muertos en las cafeterías; aquí aprendí la humillación de concurrir con paquetes envueltos en papel de diario a empeñar, y regatear con el español un par de pesos más. Aquí aprendí a encumbrar volantines y a curar el hilo con vidrio molido. Aquí, gran universidad portuaria, me embozqué por primera vez en mi vida, con malta Toro.

Aquí aprendí a transitar por callejuelas de rimmel y rouge.

Aquí aprendí la lealtad con los amigos, la lealtad con las ideas, la generosidad, la solidaridad.

Aquí aprendí la permanente, la incansable marcha tras la utopía que no cesa sino con la muerte.

Por eso, Universidad Madre, vengo a tus mares, a tus olas, a tus vientos, a tus cerros, por donde bulle y transcurre la vida, con sus innumerables afanes, a presentarte mi memoria, mi tesis: "Regreso al Valle del Paraíso", a ver si me gradúo de porteño.

PRINCIPALES FUENTES CONSULTADAS

- Alberdi, Juan Bautista, *Política Comercial*, en diario *El Comercio* de Valparaíso, mayo de 1848.
- Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*. Ed. Nascimento, Santiago, 1930-1934.
- Bower, Claude, *Misión en Chile, 1939-1953*. Traducción de Guillermo Blanco. Editorial del Pacífico. Santiago, 1958.
- Byron, John, *Viaje del comandante Byron alrededor del mundo...* Imprenta Real de la Gazeta, Madrid, 1769.
- Relato del honorable John Byron que contiene una exposición de las grandes penurias sufridas por él y sus compañeros en las costas de la Patagonia*. Traducción de José Valenzuela. Editorial Cervantes, Santiago, 1901.
- Calderón, Alfonso, *Valparaíso. En los 450 años de su descubrimiento*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1986.
- Cruchaga Santa María, Angel, *Rostro de Chile*, Santiago, 1960.
- Danke, Jacobo, *Metamorfosis de Valparaíso en Valparaluces*.
- D'Halmar, Augusto, prólogo a *Ruta de Sangre*, de Salvador Reyes. Ed. Zigzag, 1964.
- Darwin, Charles, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Traducción de J.Hubert. Librería El Ateneo, Buenos Aires, 1942.
- Díaz Meza, Aurelio, *Leyendas y episodios nacionales*, prólogo de Alfonso Calderón. Ed. Nascimento, Santiago, 1975

- Domeyko, Ignacio, *Mis Viajes. Memorias de un exiliado*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1977
- Edwards Bello, Joaquín, *Valparaíso y otros lugares*. Selección y notas de Luis Alberto Lagos. Prólogo de Alfonso Calderón. Ilustraciones de Lukas. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1974.
- El bombardeo de Valparaíso y su época*. Editorial Ercilla, Santiago, 1935.
- Valparaíso, la ciudad del viento*. Ed. Nascimento. Santiago, 1931
- Encina, Francisco Antonio *Historia de Chile*. Ed. Nascimento. Santiago, 1949.
- Gana, Federico, *Obras Completas*, Editorial Nascimento, Santiago, 1965.
- García Díaz, Eugenio, *Rapsodia de Valparaíso*, 1986
- Graham, María, *Diario de mi residencia en Chile*. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1972.
- Haigh, Samuel, *Viaje a Chile durante la época de la Independencia*. Ediciones Universidad de Chile, Santiago, 1917.
- Hernández, Roberto, *Valparaíso en 1827, con un apéndice sobre la época*. Imprenta Victoria, Valparaíso, 1927.
- Johnston, Samuel, *Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la Guerra de Independencia*. Introducción de Armando Donoso. Editorial América, Madrid, 1919.
- Cartas escritas durante una residencia de 3 años en Chile...* Traducción de José Toribio Medina. Imprenta y Litografía Barcelona. Santiago, 1917.
- Longeville Vowell, Ricardo, *Campañas y cruceros en el Océano Pacífico*. Traducción, prólogo y notas de José Toribio Medina. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1968.
- Campañas y cruceros*. Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Caracas, 1973.

- Mathison, Gilbert Farquhar, *Narrative of a Visit to Brazil, Chili, Perou and the Sandwich Island During the Year 1825*. Printed for Charles Knight, London, 1825
- Mistral, Gabriela, "Valparaíso" en *Poema de Chile*, Pomaire, Barcelona, 1967
- Moerenhout, Jacques Antoine, *Visión de Valparaíso en 1828*.
- Mori, Camilo, "La palabra Valparaíso" en la *Gaceta de Chile*, n°2, Santiago, oct.1955
- Oyarzún, Luis, *Diario Intimo*. Edición y prólogo de Leonidas Morales. Literatura Americana Reunida, Santiago, 1990
- Pecchenino, Renzo, Lukas, *Apuntes porteños*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1971.
- Peña Muñoz, Manuel, "Centenario de los ascensores de Valparaíso", *El Mercurio*, Santiago, agosto de 1984.
- Pereira Salas, Eugenio, *Juegos y alegrías coloniales en Chile*. Editorial ZigZag, Santiago, 1947.
- "Valparaíso en pintura", en *Cuadernos de Historia*, Departamento de Ciencias Históricas. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile. N°2, julio de 1982.
- Pérez Rosales, Vicente. *Recuerdos del pasado*. Impresos La Época, Santiago, 1882
- Plath, Oreste, *Geografía del mito y la leyenda chilenos*. Editorial Grijalbo. Santiago, 1995.
- Quiñones, Guillermo, "La galleta marinera" Ed. Universidad de Valparaíso, Valparaíso 1955.
- Reyes, Salvador, *Valparaíso, puerto de nostalgia*. Editorial ZigZag, Santiago, 1985
- Solar, Claudio, *Valparaíso en la literatura*. Universidad de Chile, Instituto Pedagógico, Santiago, 1964

- Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*. Ediciones Ercilla, 1944
- Treutler, Paul, *Andanzas de un alemán en Chile*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1958.
- Tristán, Flora, *Peregrinaciones de una paria*. Editorial Monocla Campodónico. Lima, 1971
- Vial, Sara, *Neruda en Valparaíso*, Ediciones Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1983.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Crónicas de Valparaíso*, Imprenta Victoria, Valparaíso, 1931.
- De Valparaíso a Santiago a través de los Andes*. Universidad de Chile, Santiago, 1940.
- Valparaíso. Estampas*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1970
- Crónicas viñamarinas*, Santiago, 1931
- Historia de Valparaíso. Crónica política, comercial y pintoresca de su ciudad y su puerto, desde su descubrimiento hasta nuestros días, 1536 -1868*. Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1872.
- Walpole, Federico, *Four years in the Pacific*. S.N.London, 1849

INDICE

PRIMERA PARTE

11

El bautizo, 13 / Los dorados, 13 / Fundación, 14 / Inquina contra Valparaíso, 14 / La bahía de Quintil, 15 / La Reina Isabel prueba el vino chileno, 16 / Otros piratas nos visitan, 17 / Un siglo de existencia, 18 / La iglesia pone nombre a Valparaíso, 18 / La bendición de la guerra, 19 / Valparaíso en llamas, 20 / Fuego en el Siglo Veinte, 21 / Pesadilla en los años cincuenta, 23 / Un testimonio personal, 24 / Bosques quemados, 25 / 50 muertos en la escalera, 26 / Cerro Concepción, 27 / Los barcos también pueden ser excomulgados, 27 / La rutina sigue, 28 / Surge el turismo, 28 / Población y repoblación, 29 / No todo eran rezos, 30 / Nace una escuela, 30 / Panorámica según Vicuña Mackenna (1700-1730), 31 / El océano hace de las suyas, 32 / Municipalidad propia, 32 / Otra vez se mueven el mar y la tierra, 33 / Diversión y bodegas, 33 / Los cerdos del griego, 34 / Otras diversiones, tal vez más intensas, 35 / Navegación comercial, 36 / Milagro bajo amenaza, 36 / Los Jesuitas, 37 / Las noticias, 38 / Permiso para navegar, 38 / Don Ambrosio, 38 / Médicos y curas, 40 / Entretenimientos, 40 / Hace falta un muelle, 41 / El camino de las cuestas, 41 / Inquisición, 42 / Ampliación, 42 / Diversiones varias, 43 / Tributos y regalos, 43 / Piedra Bezoares, 44 / Tragedia del Oriflama, 44 / Bajo la mira inglesa, 45 / Precursores, 46 / Armas, 46 / No somos nada, 48 / La Independencia dormía, 48 / Valparaíso en 1812, 49 / Lección de derecho público, 50 / Puerto pestilente, 51 / Puerto y Almendral, 52 / Corsarios chilenos, 52 / Rápidos Cambios, 55 / Población, 55 / Bolsa de Comercio, 57 / Expedición Libertadora, 57 / A caballo y en carreta, 58 / El buen vestir, 59 / Nuevamente un terremoto, 59 / Aguas y aguateros, 63 / Agua, 64 / Perros que producen agua, 65 /

Pianos, 65 / Ingleses, 65 / Comercio y turismo, 66 / Primera navegación a vapor, 67 / Una casa de verdad, 67 / Quebradas, 68 / Visión de Darwin, 68 / Para no caerse al agua, 69 / Julio 6 de 1843, 69 / Daguerrotipos, 70 / Las sirenas, 70 / Ilustres argentinos fundan un periódico, 71 / Aportes de un bibliófilo, 71 / Mujer-hombre, 72 / Las naranjas juguetonas (1851), 72 / Asesinatos (1851), 73 / Los desconocidos de siempre, 73 / Y se hizo la luz, 74 / Mendigos, 74 / Subestimación, 74 / Chinganas, 75 / Agujero horrible, 75 / Capilla inglesa, 76 / A cuchillazo limpio, 76 / ¿Habremos cambiado mucho?, 77 / Generosidad, 78 / De dulce y de agraz, 78 / Retamos amarillos, 79 / Llueven ataúdes, 80 / El Mackay, 80 / Elogio al obrero, 81 / Carros de sangre, 81 / Cerro Alegre, 82 / "Mount Pleasant", 83 / La viruela, 84 / Valparaíso en 1866, 84 / Bombardeo, 84 / Guerra submarina, 85 / Los gallos dan dinero, 86 / La Matriz, 87 / Diversos oficios de la Plaza Victoria, 87 / Los Teatros Victoria, 89 / Hora de queda, 89 / Pobrezas, 90 / Un famoso escritor, 90 / Pifias para la eximia, 91 / Un parque ostentoso y misérrimo, 91 / Valparaíso en 1886, 92 / Catástrofe del Tranque Mena, 92 / El Café Riquet, 93 / Un buque del Brasil, 93 / Sarah y North, 94 / ¡Hermanitos!, 94 / Asociación de fútbol, 95 / Flores, 95 / Almacén de pescado frito, 96 / El temporal de 1901, 96 / Pioneros del cine, 97 / Se cierra la Cueva del Chivato, 97 / El Matasiete, 98 / El terremoto de 1906, 98 / Un municipio humanitario, 99 / "Cavalleria Rusticana", 99 / Los Juegos Florales, 100 / Bomba bencinera, 100 / Bahía mayor, 101 / Extranjeros, 101 / Las calles y sus nombres, 101 / Un error de Benjamín Subercaseaux, 102 / Acerca de los cerros, 103 / Cerros pobres y cerros ricos, 104 / Marineros y cerros, 105 / Catálogo de cerros, 105 / El pueblo, 106 / Cabarets, 107 / Fútbol y burros, 108 / Invierno en Valparaíso, 108 / Rapsodia de Valparaíso, 109 / Recorra Valparaíso, 109 / Ascensores y funiculares, 109 / El más exótico, 111 / Piezas y piezas, 112 / Diversos mundos, 113 / Edificios, 113 / Gran puerto, 113

Nuevamente las quebradas, 117 / La casa de Pezoa Véliz, 117 / La Calaguala, 118 / Otra cuesta peligrosa, 118 / Hermanos de la Costa, 119 / Castigo a los chuecos, 120 / Entradas por el Norte y el sur, 121 / El puerto puerto, 121 / Casas de Valparaíso, 122 / Año Nuevo, 122 / Cerro contra plan, 124 / La calle Francisco Vidal Gormaz, 124 / Los relojes, 125 / El Liceo, 126 / La cancha de cricket, 126 / Ciudad barco, 126 / Los gitanos, 128 / La falsa gitana, 128 / Una ciudad partida en dos, 129 / Rascacerros, 129 / A ojo de D'Halmar, 129 / Valparaíso y el Callao, 130 / Materialismo Histórico, 130 / ¿Playa o quebrada?, 130 / ¿Qué será de ese gran libro?, 132 / Una mujer desnuda, 132 / ¿A dónde volaría El Pajarito?, 133 / Cazuela de cordero, 134 / Retretas, 134 / Los trenes, 135 / Pensión La Rosa, 137 / Templos y prostíbulos, 137 / Cafés, 138 / Un profesor y sus canas al aire, 138 / Yanquis malos, 140 / Un yanqui bueno, 141 / Valparaíso según Camilo Mori, 141 / Procesión de San Pedro, 142 / Una ciudad en incendio permanente, 143 / Bomberos I, 144 / Bomberos II, 144 / Bomberos III, 145 / Bomberos IV, 145 / Bomberos V, 145 / Visión negativa, 146 / Visión positiva, 146 / El mar se seca, 146 / Abastecimiento, 147 / Fea ciudad, 148 / Una visión rusa, 149 / Inundaciones, 149 / "El Mercurio", 150 / El Vigía y la Bolsa, 151 / Observatorio Astronómico, 152 / Teatro en Valparaíso, 152 / Gran puerto - 1828, 153 / La República de Valparaíso, 153 / Un barco sueco, 154 / Vida social de los porteños, 154 / Mirando el puerto, 155 / Tránsito porteño en 1831, 155 / Muelle, 156 / Portales corrige a Bello, 157 / Flora Tristán, 157 / Los cauces, 158 / Un tranvía llamado Deseo, 158 / Una silla extraña, 159 / El Barrio Chino, 160 / Valparaíso capital, 160 / Cielo de Valparaíso, 161 / Patrimonio de la Humanidad, 163 / Las Guerrillas, 164 / Metamorfosis de Valparaíso en "Valparaluces", 165 / La plaza Echaurren, 169 / El burro de Jaime, 170 / Un viejo barco llamado Valparaíso, 170 / La casa deshabitada, 170 / Besos que ardieron, 171 / Crepúsculo porteño, 171 / Las viejas Alabaos, 172 / El circo más chico del mundo, 172 / Joris Ivens, 173 / "Valparaíso", 173 / Valparaíso, el viento,

el viento Valparaíso, 177 / El viento de Valparaíso, 178 /
 ¡El viento, el viento Sur!, 178 / El Bote Salvavidas, 179 /
 Otra visión del Bote Salvavidas, 180 / Pintores, 180 / Un
 artista rebelde, 181 / Whistler, 182 / Más pintores, 182 / El
 grabador Carlos Hermostilla, 183 / Huelga, 185 / Crímenes,
 185 / La Piedra Feliz, 186 / El aire, 186 / Lo “real
 maravilloso”, 186 / La boya del buey, 187 / Porteños
 Holandeses, 187 / Anclas de señales, 188 / El tiempo en
 Valparaíso, 188 / Puerto sucio, 188 / Miseria, 189 / Emporio
 del Pacífico, 189 / Último reducto, 189 / Corrida de toros,
 190 / Un carretón especial, 190 / Triste privilegio, 190 /
 Los desvelos de un obispo, 191 / Algunos casos difíciles,
 192 / Insurrección, 192 / Un embajador especial, 193 /
 Faroles, 194 / Champaña, 195 / Constelación de ciudades,
 196 / Los más curiosos puertos del mundo, 196 / El
 monumento, 197 / Una Santa, 197 / Serenos, 198 / Sífilis,
 198 / Indiferencia política, 198 / Hospitalidad, 199 / Vaya
 a comer a un museo, 199 / Avenida las Quintas, 200 / “El
 Serenata”, 201 / La Rosita Prieto, 201 / Los Burros, 202

EPÍLOGO 205

Quiero ser porteño, 207

PRINCIPALES FUENTES CONSULTADAS 215

VALPARAISO

navega en el tiempo

“Quisiera que me nombraran Cónsul de Chile en Valparaíso”, dice la célebre frase de Joaquín Edwards Bello, y es evidente que el autor de este libro querría él también serlo. O más que eso, embajador y heraldo. No es casual, como signo de su gran devoción, que un volumen de relatos suyos —que se cuentan entre lo mejor que se haya producido como narrativa inspirada en nuestro puerto mayor— lleve por título *Regreso al Valle del Paraíso*.

Este “gran arrecife de coral” —Valparaíso— tiene una larga y apasionante historia. Fragmentos de ella han sido recogidos en este multicolor caleidoscopio, muestrario elocuente de lo que ha sido y es la ciudad que representa el más verdadero y universal de los tesoros patrimoniales de Chile.